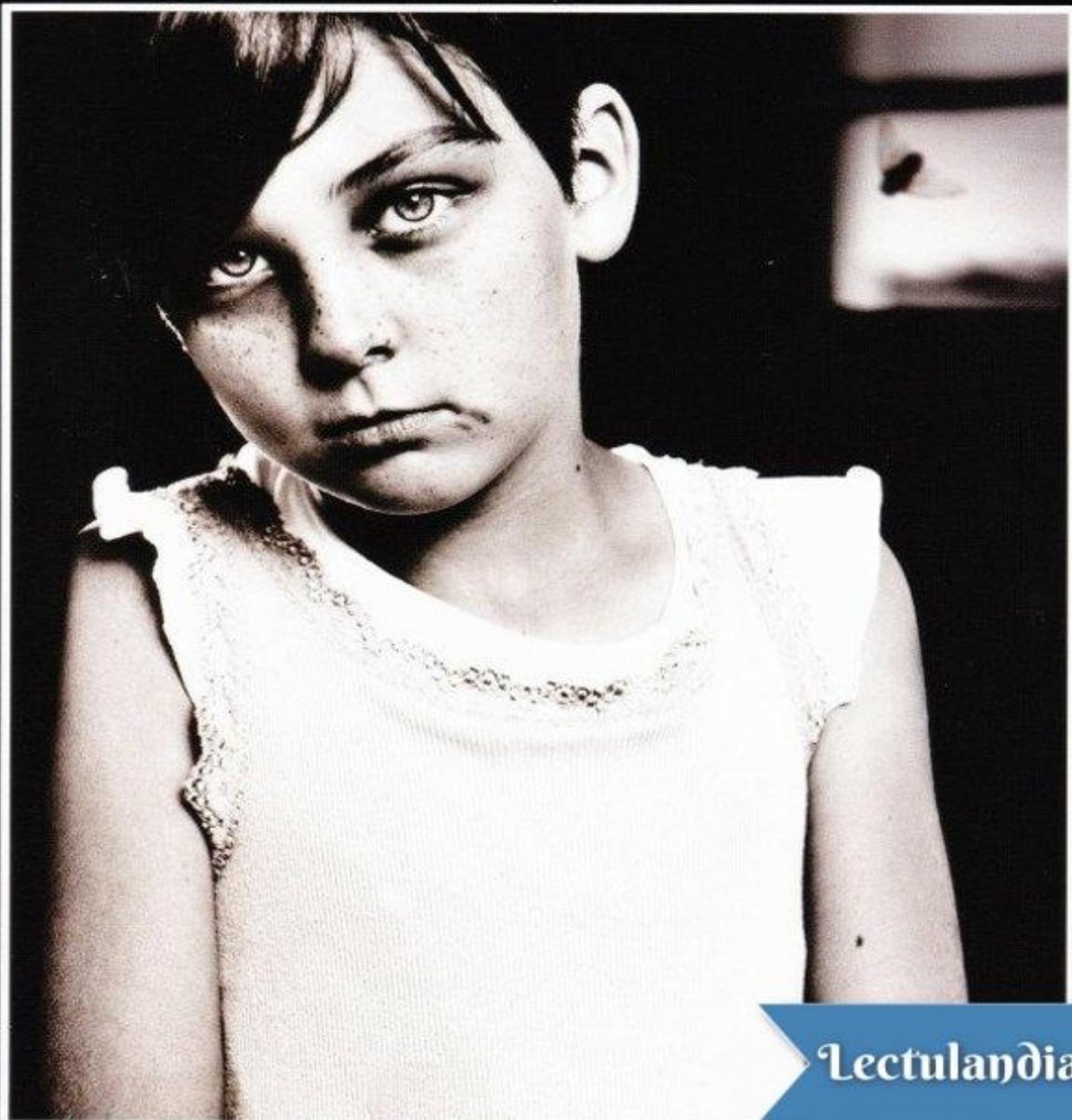


Liliana Blum

EL MONSTRUO
PENTÁPODO

se



Lectulandia

Raymundo Betancourt es el ciudadano modelo: profesionalista honesto y responsable, solidario y comprometido con el bienestar de su comunidad. Pero como la vida no sólo es trabajo, también se permite dos sencillos placeres cotidianos: los chicles de canela y las niñas que mantiene secuestradas en su sótano.

El monstruo pentápodo nos enfrenta sin ambages ni eufemismos con la mente oscura del asesino, del psicópata adorable y manipulador ante cuyos encantos sucumbió Aimeé —otra «pequeña», pero a su modo— hasta el punto de volverse cómplice a cambio de un poco de amor.

Liliana Blum es tan hábil como despiadada. No se toca el corazón para empujar al lector al foso donde habita esa bestia con piel de ángel que se esconde a plena luz y que podría ser tu vecino, o el mío, o el de cualquiera...

Lectulandia

Liliana Blum

El monstruo pentápodo

ePub r1.0

Titivillus 01.07.2018

Título original: *El monstruo pentápodo*
Liliana Blum, 2017
Fotografía de la autora: Cortesía de la autora
Ilustración de portada: Eric Vega - Getty Images

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Este libro,
como todo lo que hago,
es para Frida Sofía
y Luis Eduardo,
a quienes la literatura
siempre les ha robado
un poquito de mí.

Yo era un monstruo pentápodo, pero te quería.

Vladimir Nabokov, *Lolita*

La noche anterior había sido de esas en las que Raymundo miraba la televisión sin ver, con una botella de Wild Turkey a medias y la Glock sobre el buró. ¿Tenía caso seguir así? Puso el cañón contra su paladar, pero el roce del metal le provocó náuseas. ¿Cuántas veces a lo largo de los años había estado a punto? No podría contarlas. Recordó los días que le siguieron al incidente con aquella niña; habían sido especialmente difíciles. Sacó el arma de su boca y sirvió más whisky en el vaso de cristal. Notó que estaba mal lavado. El hielo empequeñecido, en proceso de derretirse, le pareció una metáfora de su vida. Pensó en llamarle a Julieta, pero abandonó la idea antes de siquiera mover un dedo. No se sentía capaz de escuchar sus discursos de autoayuda.

El sol de la mañana se coló denso y pesado por la ventana, como el concreto que bombeaba la Putzmeister a los edificios. La botella de bourbon descansaba vacía junto al cuerpo metálico de la pistola. Aún catorce balas de las quince del cargador. El único disparo en su vida, la oportunidad de realizar su *raison d'être*: tenía eso en común con Raymundo. Las ganas de morir seguían allí: la intoxicación era una realidad dolorosa. Sin calzones, su piel reseca como si estuviera cubierta por una capa de pegamento, y con una sed insoportable, hizo el esfuerzo de incorporarse. Al mover las sábanas, el hedor a vómito y sexo a solas se integró al de por sí viciado ambiente. Decidió tomarse el día. Para eso era su propio jefe.

Horas después, cuando volvió a ser funcional, Raymundo envolvió la Glock en el pañuelo bordado con las iniciales de su madre y la metió dentro de la caja metálica de galletas que guardaba al fondo del buró. Se preparó un consomé de pollo de lata: no le apetecía comer algo sustancioso. Tal vez luego. Se metió a bañar con agua casi hirviendo, se vistió y salió a caminar al centro. Era una tarde limpia y húmeda de primavera, el cielo cubierto por nubes de tormenta y atravesado por rayos de sol, mucho tráfico y gente arremolinándose en los cruces de las aceras. Aunque su cuerpo había regresado a la normalidad, su cerebro seguía empantanado. Pus mental. Se sentía con ánimos de matar a quien fuera, sólo porque sí. Ni siquiera habían pasado veinticuatro horas de que hubiera considerado el suicidio como una buena idea. ¿Qué diferencia haría si lo hubiera hecho? Un muerto más, un muerto menos. No iba a romperse ningún equilibrio ecológico: si algo sobraba en el planeta eran los seres humanos.

Se plantó frente a San Agustín y miró a su alrededor. A donde quiera que posara

sus ojos, Raymundo veía muerte. Las calles atestadas de cadáveres caminantes que bajaban a borbotones del transporte público y atravesaban de un lado a otro como vacas idiotas, sin considerar los cruces peatonales. ¿Cuál era el propósito de aquellas vidas? ¿Realizar las funciones fisiológicas, no más? En cien años no habría rastro de ninguno de ellos, si acaso las amalgamas de sus muelas, retazos de ropa, huesos por aquí y por allá.

¿Valía la pena? Raymundo pensó que necesitaba una señal. Era preciso que algo, alguien, le permitiera saber si debería intentarlo una vez más o si era mejor acabar con todo. Porque resignarse a vivir así, una existencia estéril, reprimirse hasta el día que muriera, no podía seguir siendo una opción.

Cerró sus ojos del mismo color que la banqueta y tras un momento los reabrió. Frente a él, una escuela de natación. Había caminado sin fijarse hasta que salió del centro y se encontró en una colonia más o menos vieja, otrora de alcurnia y, en la actualidad, devaluándose sin remedio. Tomó la decisión en automático y entró. La transición del brillo solar del exterior a la sombra del local cegó su visión por un instante.

Una infinidad de gorritos de caucho de diferentes colores se movían en el agua como una plaga de reptiles ovoides. La luz que se colaba sesgada por las ventanas altas y rectangulares parecía estar cubierta de polvo. El olor a cloro disfrazaba el sudor infantil y el perfume femenino. Raymundo se quedó inmóvil por un momento. Tragó saliva. No podía creerlo. ¿Quién diría que esa tarde, justamente tras lo de anoche, iba a tener esta visión?

Era ella.

El corazón de Raymundo golpeó sus costillas, como quien busca abrir una puerta por la fuerza. La sangre en sus arterias se aceleró y llegó hasta el último resquicio. Su cara se encendió con una fiebre instantánea. Un mareo leve lo recorrió con dulzura y no pudo sino cerrar los ojos: la visión permaneció intacta en su mente. La erección firme fue casi inmediata y su turgencia lo revitalizó. Al abrir los párpados, la encontró todavía más bella. Tanto, que por un segundo olvidó en dónde se encontraba. Era imposible pensar o hacer cualquier otra cosa: su cuerpo y mente convergían en

Ella.

Empujó con la lengua el chicle de canela que traía a un costado de su mejilla y miró con disimulo a su alrededor. Unas gotitas de sudor originadas atrás de sus orejas comenzaron a descender por su cuello. Está bien, no pasa nada. Sus manos descansaban inmóviles sobre sus piernas. Las madres estúpidas seguían conversando acerca de las estupideces que llenaban sus vidas y no se dieron cuenta de la revelación que él estaba experimentando frente a sus narices. Si murieran todas, el

mundo no se perdería de nada. Gallinas absurdas: su única razón para existir era procrear niñas. A veces como ella. Una en mil. O en cien mil. O en un millón. Porque esto no le pasaba con cualquiera, sólo con alguien como

Ella. Sin duda.

Raymundo inhaló lenta y profundamente. Imaginó el aroma de aquella piel: avena, canela, azúcar moreno, rodajas de manzana cocida. En su cabello los remanentes de un champú de frutas. Algo como para comerse. Si las personas que lo rodeaban pudieran leer sus pensamientos lo matarían allí mismo. Ella, el ser más perfecto. Su locura, su placer, su perdición. Imposible saber. Pero en ese momento él era un pez que mordía el anzuelo puntiagudo a sabiendas de que podría atravesar su carne y matarlo. Todo por culpa de

Ella,

que poseía un cuerpo diseñado para erizarle el deseo y plagar sus fantasías día y noche. Raymundo la miró emerger esbelta del agua con más agilidad que la de cualquier otro niño, apoyándose en la orilla con sus brazos de músculos apenas esbozados. Su piel de color oliva contrastaba de una manera deliciosa con el blanco de su traje de baño. Unos rizos oscuros y húmedos se asomaban por abajo de la gorra de silicón en forma de pez, a la altura de su nuca. Esa nuca breve que él podría besar, morder, hasta la eternidad. Necesitó concentrarse para no perder el equilibrio, para no abrir la boca y babear como un idiota. Para no salir corriendo hacia ella y llevársela consigo en ese instante. Era preciso mantener el control, a pesar de que apenas a unos metros más allá estaba

Ella.

Sería muy tonto intentar algo en ese momento. Los otros niños eran apenas sombras borrosas en el campo de su visión. El agua de la alberca se convirtió en un espejo cuya única función era reflejarla. El parloteo de las señoras a su alrededor se volvió ruido de fondo, junto con los chillidos de los hermanitos acompañantes y la ridícula música ambiental que emanaba de varias bocinas en las paredes. El mundo estaba de más. Todo existía sólo en función de ella. Si alguien le preguntara, él no diría que es supersticioso ni que cree en el destino, pero al verla no le quedaba duda de que el universo había arreglado este encuentro. Dos náufragos que terminan en la misma isla. ¿Por qué ella, por qué yo? Porque todo conspiró para que estuviéramos juntos,

Ella,

porque sí. No podría ser otra. No todas las niñas son iguales. Hay unas que tienen el mismo atractivo que una tabla de triplay. A esas, el cerebro de Raymundo ni siquiera

las registraba. Había otras que lo atraían porque eran lindas y ya, como un trozo de carne colgado que podría llamar la atención de cualquier perro hambriento. Por moda, a veces las madres visten a sus hijas de putillas, exponiendo pedazos de esa piel infantil a los ojos de cualquiera. Imposible no mirar. Ese tipo de niñas que atraían su mirada momentáneamente, pero no impedían que él regresara poco después a su vida sin volver a dedicarles un pensamiento. Luego estaban los seres como

Ella.

No era que abundaran, pero había que clasificarlas de alguna manera. Conformaban un grupo especial. Eran las que se convertían en ideas que sobrevolaban en círculos dentro de su cabeza. Ninguna otra ocupación por importante que pareciera podía distraerlo de niñas así. No eran comunes. Tampoco el equivalente a la aguja en el pajar. Más bien esporádicas. Improbables. Magnéticas. Tréboles de cuatro hojas. Aquellas que poseían la capacidad de transformarse en una fantasía recurrente que no se limitaba a las horas de sueño. Una fantasía de tiempo completo, un delirio.

Ella.

Su corazón, un motor sobrerrevolucionado. Sólo alguien como ella podría haber provocado tal descontrol. Ella, que irradiaba su encanto desde lejos, como la única farola en medio de una plaza oscura. Todo lo demás se tornó invisible. Oscuridad de fondo. Sin importancia. Las luces así suelen cautivar a bichos lóbregos como él. Gracias a ella, ahora tenía todas las intenciones de vivir.

Carta

16 de agosto, 2013

Amor,

Este lugar no está tan mal como imaginaba. Puedo tener a la beba conmigo y hasta tomar algunas clases. Sólo por tener algo que hacer me metí a las de cocina. Hay cosas que ya sé, pero seguro puedo aprender algo nuevo. Empezamos con platillos fáciles y luego seguiremos con algunos más complicados. La que nos da clase es una señora muy fina, un poco mayor. Siempre me imagino tantas cosas de la gente de aquí, pero pocas veces se sabe la verdad. Se ve que es buena persona y que es amable con todo mundo. Su familia le hace llegar los ingredientes y ella no nos cobra nada. Dice que lo hace para pasar el tiempo. Verás que me voy a convertir en una cocinera. Ya sé que tú te comías lo que yo preparaba, pero que te sabía a comida de hospital. Uno se queja de esas cosas y de pronto se da cuenta de que no son lo peor. Como la comida de las cárceles. Nadie sabe qué tiene hasta que lo ve perdido, decía mi madre.

Ella viene a visitarme a veces. Me trae pañales y leche para la beba. La carga y se maravilla de que sea normal. Dice que es una señal de que Dios nuestro señor me ha perdonado. Le saca fotos para enseñárselas a mi papá. Él no me quiere ver. Cree que yo también hice cosas, que soy igual que tú. Pero mi mamá dice que en cuanto salgamos y la tenga en sus brazos, tal vez me comprenda o, al menos, se olvide de esa parte de mi vida.

También estoy aprendiendo cerámica. Me gusta mucho. Ya hice varias macetas y unas palomas bien bonitas que pinté de colores. Ahora estoy trabajando en un gnomo de jardín, como el que tú tenías. Nadie sabe, pero lo moldeo pensando en aquel otro. Tiene su barba, cinturón grueso y gorrito picudo. Eso les causa mucha gracia a todas. Me sugieren que haga una enanita para que sea su esposa. Yo no me ofendo. Como si no estuviera acostumbrada. Cosas peores me han dicho y además ellas no lo hacen con mala intención.

Me alegro de que me acepten y me traten bien. Hay una que se llama Roxana que me pide permiso para cargar a la beba. Yo se la presto, pero cada vez que la toma en sus brazos se suelta a llorar. Es que se acuerda de sus hijos. Otras mujeres me dicen que no se la preste, que Roxana mató a uno de sus niños. Según ella fue un accidente, pero que nadie le cree. Yo la vigilo, nunca la dejo sola. Pero me da lástima verla llorar. Yo sí pienso que los hijos tienen el poder de hacernos mejores personas. ¿Y tú?

Uno de los requisitos que me pusieron para salir es ir con la trabajadora social,

que en realidad es una psicóloga. Me pregunta mucho por ti, por nuestra relación. Trata de no hacer comentarios ni de juzgarme, pero se le nota clarito que no entiende cómo pude estar contigo. Amarte. Pone una cara de sorpresa si le digo que todavía te amo, que eso nunca va a cambiar, que lo que hice fue porque también amo a mi hija, y por eso no me deja de doler. Es una culpa muy rara, lo sé. Como si me jalaran de los brazos hacia los dos lados. Yo espero que ella me ayude a salir de esto, porque hay días en que no puedo dejar de pensar y me pregunto si de verdad hice lo correcto. Sobre todo al escuchar cómo son las prisiones masculinas y lo que les hacen a los hombres como tú. Ella me presiona para que le explique, porque dice que no logra entender. Yo lo intento, pero ni siquiera yo misma lo comprendo.

Ayer le conté que ningún hombre en sus cinco sentidos saldría conmigo. Que cuando te conocí, yo tenía treinta y siete años y nunca había tenido novio, amante, pretendiente, ni siquiera un viejo verde que me gritara alguna vulgaridad. Nadie que me deseara, mucho menos que me amara. Soy un pequeño monstruo que tal vez pueda causar risas y simpatías, pero jamás amor o deseo. Por eso una parte de mí también dudaba de tus sentimientos. Esa parte que me ha ayudado a sobrevivir hasta ahora, la prudente, la desconfiada. Podría ser que yo te resultara atractiva de cierta manera. Quiero creer que por fin alguien se fijaba en mi personalidad y descubría que yo también tenía mi encanto. Yo misma no lo sabía, claro, porque nadie se había tomado el tiempo para conocerme y decírmelo, y actuaba como si no tuviera ninguna cualidad. Un círculo vicioso. Pero tú habías dado ese pequeño paso y, sin querer, encontraste algo que siempre estuvo allí. Eso me lo decía la otra parte, la que me llevaba a tomarme fotos en el baño, subida en un banquito, y a fantasear con que era linda. Es sólo que decidí escuchar a esta segunda voz, le dije a la psicóloga.

Ella me miró con una mezcla de pena y desprecio, pero intentó sonreír. Se había acabado la hora. Me dejé de tarea reflexionar sobre el momento exacto en que yo decidí dar ese paso contigo. Eso es casi imposible, le dije. Es como elegir un granito particular de arroz de toda una olla. ¿Cómo encontrar ese momento? ¿Sería el mismo en el que me enamoré de ti? Lo sigo meditando. Aquí lo que me sobra es tiempo para eso. Pero no puedo, no he podido aún.

Traté de explicárselo. Entonces se le ocurrió que podría escribir un diario. A lo mejor así tendré más confianza para expresarme y podré recordar más cosas. Según ella, la terapia presencial me pone muy nerviosa y eso no me deja pensar claramente. No parece mala idea. Se lo comenté a mi mamá en su visita y ella bien linda me llevó al día siguiente un cuaderno con una Mafalda en la portada. Me gustaba mucho esa tira cómica porque todos los niños eran muy pequeños y le llegaban a la rodilla a los adultos, como si fueran enanos. También me dejó una pluma con tinta morada, mi color favorito.

Me voy. Necesito amamantar a la beba y apurarme porque me tocan los trastes en la cocina. No es tan malo como suena: está calentita y huele rico. Casi no quiero preguntar cómo estás tú por allá. Sé que mis cartas te llegan. Me lo dijo una custodia

que es prima de uno de los custodios de allá. Lo que no sé es si tú no puedes escribirme de vuelta porque a lo mejor ni papel tienes. O quizá porque no quieres saber nada de mí. Me contento con saber que me lees y me gusta fantasear con que me piensas un poquito. Yo te amé como a nadie, de verdad. Te sigo amando. Eso nunca lo dudes. Es sólo que las cosas pasaron así. Era difícil que terminaran de otra manera.

Tuya siempre, Aimeé

Desearía que todas las niñas pequeñas pudieran ser así, dijo él. Que se quedaran así para siempre, que nunca crezcan y se vuelvan eso en que se convierten.

Elizabeth Scott, Niña muerta viva

Durango se convirtió en otra ciudad desde que Raymundo vio a la niña por primera vez. Un hombre diferente caminaba ahora por sus calles. Así es la vida: nunca se sabe cuándo será el día. Iba de la construcción en la que trabajaba a encontrarse para comer en el centro con un arquitecto que buscaba empleo. En cierto momento, sin saber por qué, decidió desviarse y pasar cerca de un colegio: el Teresa de Ávila, de monjas, sólo para señoritas. ¿Fue la intuición o un regalo del destino? Él conocía todas las escuelas públicas y privadas de la ciudad, con sus diferentes horarios de salida. A veces elegía una al azar y se estacionaba cerca de los patios donde los alumnos salían a recreo. Se bajaba de la camioneta, abría el cofre, hacía como que revisaba el motor y se rascaba la cabeza. Luego caminaba con preocupación sobre la banqueta unos metros hacia un lado y desandaba el camino mientras fingía hacer una llamada. Así podía ver a los niños sin peligro. Decir niños sería generalizar, porque sólo se fijaba en las niñas. Le gustaba ver cómo corrían persiguiéndose unas a otras, con las piernitas delgadas al aire, las faldas levantándose con la velocidad. Las más de las veces estaban sentadas en grupos pequeños, conspirando seguramente contra sus compañeras, con sus hermosas caritas malignas y sus risas crueles. Porque las niñas son crueles: te enamoran, saben lo que sientes, pero no les importa y se van. Después de un rato prudente, lo que seguía era subirse de nuevo a la camioneta e intentar encender el motor que, por supuesto, funcionaría a la perfección. El momento de irse. No estaba de más ser cuidadoso con estas cosas, como cambiar de escuela para no volverse una figura recurrente y llamar la atención de algún guardián de la moral, casi siempre alguna abuela malpensada o una señora entrometida. En otras ocasiones, en lugar de estacionarse a la hora del recreo, pasaba a la hora de la salida, manejando muy despacio, lo preciso para mirar como si buscara a su propio hijo en la escuela. El tráfico que enloquece a todos los padres que quieren salir pronto de allí, los claxonazos, el caos, eran sus aliados. Satisfecho, volvía al trabajo con suficientes imágenes de niñas que usaría en cuanto tuviera un momento de calma y soledad.

Pero ese día, Raymundo varió su método por primera vez en años. Se estacionó a unas cuatro cuerdas del colegio y caminó hasta allá como si nada. Ya muchas madres bloqueaban la calle estacionadas en doble fila, y una cantidad considerable de tutores autorizados para recoger a los niños (abuelos y choferes de transporte escolar compartido) se apiñaban contra la reja principal. La campana de la salida sonó al fin. Un minuto más tarde, las niñas comenzaron a brotar por las puertas de los salones, inundando los pasillos. Pensó en un programa de televisión en el que las termitas fluían iracundas al ver derribados sus termiteros. Las más pequeñas fueron las

primeras en llegar hasta los barrotos para formarse en grupos amorfos, buscando con la vista a quien venía por ellas. Raymundo esperó. No le gustaban demasiado jóvenes: aún eran cabezonas y de extremidades gruesas y suaves, como si no terminaran de superar la etapa de bebés. Larvas. No estaban listas todavía. Tampoco le apetecían las entradas en la pubertad. Les empezaba a cambiar el contorno del cuerpo y no existía nada más repugnante que esos pezones con forma de cono que se levantaban debajo de sus blusas. Su tipo eran las niñas delgadas, atléticas, de facciones finas, ni muy blancas ni muy morenas. Las prefería en el rango de los cinco a los nueve años: niñas auténticas, no bebés grandes ni mujercitas en proceso.

Si Durango le había regalado a los mortales a la mujer más bella del mundo, Dolores del Río, era lógico que de esta tierra salieran frutos similares. Iba a regresarse para no llegar tarde a la cita con el arquitecto, pero de pronto apareció aquella criatura hermosa. La que había visto en la escuela de natación. Ella, el oasis en su vida. Su nueva razón. ¿Era esto una casualidad? Que este colegio resultara justamente el suyo y que una intuición de Raymundo lo guiara a ese lugar no era fortuito. No podía serlo. Era más bien como si alguien lo hubiera conducido hasta ella. El destino. Porque resultaba tan apegada a sus gustos, como si la hubiese mandado pedir por catálogo. Había una compañía japonesa que fabricaba muñecas simulando nenas menores de cinco años, sobre pedido, para hombres como él. La idea era «evitar crímenes» reales apelando a un sustituto al cual no se le podía hacer daño, y en caso de que así fuera, bastaba con ordenar un reemplazo. Pero nunca sería lo mismo. Ella, en cambio, era de carne y hueso. ¿Cómo podía ser posible tanta belleza? Totalmente su tipo, con todas las especificaciones según su necesidad, igual que la maquinaria para construcción. La siguió con la mirada y luego con los pasos. No fue una decisión pensada: fue parecido a comprar algo en oferta por impulso. Se detuvo cuando una mujer con el cabello teñido de rojo la recibió en la puerta. Intercambiaron algunas palabras que él no pudo escuchar, cargó la mochila de la nena y tomándola de la mano la encaminó hasta un carro color plata que estaba estacionado bloqueando el paso a otros.

No supo cómo reaccionar. ¿Qué hace un oso que se topa con un salmón gigante? Cazarlo, claro. Salivar e intentar hacerlo suyo. Pero no estaba loco. Se obligó a regresar hasta donde había estacionado su camioneta: en lugar de caminar, sentía que flotaba sobre la banqueta. A pesar de que no podía hacer nada más, iba feliz. Se subió, prendió la radio y tarareó una de las canciones de moda, golpeteando el volante con los dedos. Se encaminó hasta el restaurante de la cita. Bajó la ventanilla, encendió un cigarro y se prometió seguir ese carro plateado al día siguiente.

Antes de que terminara la semana, ya sabía la dirección de la casa, había confirmado los horarios de la clase de natación y algunas actividades que todavía no estaba seguro si eran esporádicas o frecuentes. ¿A quién podía causarle molestia si se daba una vuelta únicamente para mirar?

23 de septiembre, 2013

Querido diario,

¿Tengo que escribir eso? No sé por qué tengo la idea de que todos los diarios empiezan así. Yo nunca había escrito uno. No se me ocurre más. ¿Qué digo? Necesito ordenar mis ideas. Cuando nos conocimos. Cómo empezó todo. En definitiva no fue amor a primera vista, claro que no. No creo en eso. Pero había algo en él, algo distinto a los demás. Yo estaba en la recepción, subida en una silla alta, recibiendo pagos de los padres de familia, armando horarios para los niños de nuevo ingreso, contestando el teléfono. También administraba la tiendita en donde se vendían lo mismo trajes de baño del equipo que gorros de silicón, goggles, papitas, chocolates, agua y jugos envasados. Mi jefe no se refería a mí como «la secretaria», sino «la asistente». Qué importaba que yo hubiera sido la mejor en mi generación de ingenieros industriales: no hay muchas oportunidades para la gente como yo. Todas las fábricas suponen un riesgo para mí, me dijo un capataz una vez. Alguien podría no verme por mi estatura; existía el peligro de caer a la línea de producción desde el banco donde tendría que subirme para hacer lo que sea que fuera a hacer. Ni siquiera el casco me quedaba bien, dijo aludiendo a mi cabezota. Por eso terminé de asistente en «Delfines: Academia de Natación para los Campeones del Mañana».

Raymundo tenía aplomo para encajar en el lugar como si de veras perteneciera allí. Un día entró y saludó como cualquiera de los padres que sufrían la espera mientras sus retoños nadaban. Tomó asiento cerca del vidrio, en donde varias mamás comentaban las maravillas de sus respectivos hijos. Yo no sé cómo no se marean de verlos dar vuelta tras vuelta tras vuelta. Tal vez la maternidad la convierte a una en más estúpida y ese tipo de cosas resultan interesantes. Espero que yo no sufra más adelante del síndrome de mamá cuerva también. Él miraba a los alumnos nadar, pero sin unirse a las carcajadas o a las conversaciones. Al terminar la clase, se fue a una de las esquinas para tomar una llamada mientras el resto de las mamás y papás recogían a sus hijos y se iban. Se despidió muy amable de mí, y salió como si nada. No era guapo guapo lo que se dice guapo, pero cuando sonreía algo se iluminaba en su cara. Qué diferencia con el resto de los padres que saludan con aspereza y evitan mirarme a la cara.

Claro que sé que en ese momento debí reportarlo con mi jefe. Era sospechoso que no saliera con ningún niño de la clase. Pero no lo hice. No sé por qué. Me intrigaba saber si se atrevería a regresar. Y así fue. Se repitió la escena del día anterior, con la

única diferencia de que llegó un poco antes y se acercó a mi escritorio. Le pregunté en qué podía ayudarlo; él puso un conejito de chocolate a un lado de mi computadora y me dijo la primera mentira de tantas. ¿Pero cómo saberlo? Uno tiende a confiar. Eran los chocolates favoritos de su hija, que había muerto hacía poco en un accidente junto a su madre. Él no podía evitar comprarlos en un impulso pensando que ella gritaría de felicidad cuando se los diera al llegar a casa. Una tonta fantasía; la realidad es que era diabético y no tenía familia, así que no le quedaba más que regalar los chocolates o acumularlos en su escritorio, hasta que se arranciaban o se derretían con el calor. Además de los conejos, lo que más le gustaba a mi Susy era nadar, me dijo. Por eso venía a la natación, para imaginar que alguna de las alumnas era su hija.

A lo mejor soy tonta, le dije a la psicóloga el otro día, pero en ese momento a mí me pareció una explicación lógica. Conmovedora, también. Platicamos un poco más hasta que él se fue a sentar en el mismo lugar del día anterior. Aquello se convirtió en una pequeña rutina, que no llegó a durar ni dos semanas. Todo por el «incidente». Ahora que lo pienso, tal vez fue allí que se enamoró de mí, al ver que yo era capaz de protegerlo. Lo cierto es que, para entonces, sus chocolates y su charla amable, aquella sonrisa, ya me tenían atrapada.

Recuerdo que una de las señoras había comenzado a preguntar desde un día antes que de quién era papá ese señor. Ninguna de las otras le pudo contestar. Desde mi escritorio alcanzaba a escuchar sólo partes de la conversación, porque ellas bajaban el tono de repente. En el momento en que él llegó, todas se le quedaron viendo. De seguro creían que eran discretos, pero era más que obvio. No sé si él lo sintió y prefirió no reaccionar, o si estaba embelesado mirando hacia la alberca sin darse cuenta. Nadie dijo nada, pero al día siguiente todas las señoras vinieron acompañadas de sus maridos, cosa bastante inusual. Casi siempre viene la mamá o el papá, pero no juntos. De hecho la mayor parte del público de la ventana se compone de puras mamás, porque los pocos padres que vienen prefieren sentarse al fondo y jugar con sus teléfonos.

¿Venían preparados para golpearlo? No lo sé. Pero la violencia se percibía. Aún no pasaba nada, pero algo flotaba en el aire que me hizo ponerme en alerta. Los padres, de pie, se acercaron hasta él. Las mujeres se quedaron atrás, medrosas, como si él fuera a lastimarlas. Me bajé de mi silla con cuidado y me acerqué a tiempo para escuchar que lo increpaban por estar allí.

Viejo pervertido, gritó una de las señoras escudada tras el esposo. Lo tomaron por sorpresa: se quedó pasmado enfrentando esos rostros iracundos. Un padre amenazó con romperle todos los huesos. Él se puso pálido y abrió la boca como para decir algo, pero no salió nada. Yo atravesé el círculo, abriéndome paso con mis codos, y me planté frente a todos.

El señor perdió a su hija, dije a gritos. Me voltearon a ver como si fuera una aparición. Hace unos años ella era alumna en esta escuela. Guardaron silencio. Yo la conocía, mentí. Los hombres comenzaron a abrir el círculo, apenados. El señor sólo

viene por nostalgia. La cara emplastada de maquillaje de las señoras cambió de la ira a la comprensión. Los dejé a todos con la boca abierta y él fue el más sorprendido. ¿Tan raro era ver a una enana hablar? Ya había empezado y tenía que terminar. Les dije que deberían tener más respeto por el dolor ajeno. Me di la media vuelta y caminé hacia mi escritorio. Sé que mi paso apresurado hace que mis caderas se muevan de una manera que muchos consideran chistosa, pero intenté plantar bien mis pasos en el suelo para que vieran mi seriedad. Me subí a la silla y fingí revisar unos papeles. Hasta mis oídos llegaron unas disculpas y el movimiento de sillas. Al poco se fueron todos los agresores, sin despedirse, y sólo quedó él. Me dio las gracias y preguntó si aceptaría salir con él a tomar un café. Yo no podía creerlo. Mi primera cita en toda mi vida. En ese momento asentí sin saber si él cumpliría su palabra. Lo vi salir caminando, seguro de sí mismo, como si nada hubiera pasado.

Ahora que lo pienso, parece que fue hace muchos años, pero no son tantos. Yo nunca voy a olvidarlo. Aunque haya tenido este final, eso que tuve con él será parte de las cosas que recordaré en mis últimos años. Fui muy feliz. A pesar de todo. Sin él, creo que me hubiera ido directamente a la tumba sin conocer el amor. No sé cómo, pero estoy segura de eso. ¿Que si sospeché algo en ese momento? No, no pensé que hubiera algo raro, como le dije a la psicóloga. Parecía mi día de suerte. Estaba tan feliz que no podía pensar en nada más. ¿Cómo podría haberle leído la mente? Quizá sólo era un caballero muy agradecido; o tal vez yo resultaba atractiva. No sé. Era una posibilidad. Mi madre dice que me veo linda cuando sonrío y me recojo el cabello. En la tele vi un programa sobre «gente pequeña» casada con personas normales. Me ilusioné. ¿Por qué no podría pasarme a mí? Ya sé, no soy la primera que se enamora del tipo equivocado, pero justo ahora que escribo esto me siento como la estúpida más grande de la historia. Creo que para esta primera entrada del diario ya fue suficiente.

No había duda al respecto: las hembras tenían algo, cierta generosidad, bondad. Una hembra naturalmente busca cuidar a los niños pequeños, como si fuera su instinto. Le puedes pedir a una hembra que haga lo que sea y lo hará mientras le gustes a ella. O si cree que existe la posibilidad de que ella te guste a ti.

Joyce Carol Oates, Daddy Love

Raymundo se levantó en la mañana esperando haberla sacado de su mente. Su vida sería mucho más fácil si así fuera. Pero no. Más que su imagen, era la idea de *ella* lo que lo acechaba apenas abrió los ojos. Tomó la caja metálica de Altoids del buró y metió a su boca un par de pastillas que chupó despacio, con método. El sabor a canela le impregnó las mucosas. La sensación le reconfortó un poco, pero no lo suficiente. Sentado en la orilla de la cama, palpó la erección que se escapaba por la abertura de su ropa interior. Estaba inquieto. Y muy caliente. Desde su colchón en el suelo, el perro levantó las cejas abriendo una rodaja de sus ojos para cerciorarse de que su amo seguía allí. Luego cambió de posición y volvió a sumirse en el sueño. Raymundo envidió con toda su alma aquella tranquilidad. Miró la computadora hibernando sobre el buró. Miles y miles de niñas en ropa interior o desnudas, en poses inocentes o perversas, imágenes tomadas específicamente para hombres como él aguardaban en el mundo virtual. Muy tentador, sí. Podría desahogarse de esa manera. Sería lo más lógico. También lo más práctico. Pero un par de clics y tendría a la policía cibernética investigándolo. No era tonto. Hacía poco había escuchado en las noticias el caso de un padre al que le confiscaron la computadora y le establecieron cargos con lo que encontraron en su disco duro y en el historial de búsquedas. Un perito de la fiscalía explicó a una entrevistadora de maquillaje excesivo que habían localizado el paradero del sacerdote a través de la dirección IP de la máquina usada para entrar a esas páginas, en las que hay un espía cibernético que se encarga de monitorear las andanzas de los caballeros que gustan de las niñas. No. Eso no me pasará a mí, se dijo frotándose los ojos. Mejor un baño y ocuparse en algo de provecho.

Llevaba un par de semanas trabajando en un parque abandonado en las Milpas, un fraccionamiento de clase baja. Se trataba de uno de esos proyectos populistas que terminaban muriendo apenas el burócrata en turno salía de su puesto y que por lo general subcontrataban a alguien que no los hiciera quedar mal en tiempos. Los trabajadores de la constructora se habían llevado toda la basura en varios camiones. Habían eliminado la maleza y cubierto el terreno con pasto en rollo para plantar arbustos con la capacidad de florear: una inyección de verde y colores. Además, habían sembrado una línea de ficus jóvenes que no tardarían en crecer y regalar sombra a las bancas de cemento también cortesía de la constructora. Pero lo mejor de todo eran los juegos: un par de resbaladillas de diferente altura; dos sets de columpios, uno para niños muy pequeños y el otro para mayores; caracol y la tortuga con huecos geométricos para escalar; subibaja, carrusel y una pequeña torre de madera con un puente colgante que conecta con un pasamanos. Al fondo se había

instalado una cancha de básquetbol un poco más corta que lo reglamentario y canastas de menos altura y, para el toque final, varios botes de basura escondidos tras cabezas gigantes de dinosaurios de fibra de vidrio.

Todo a cambio de una discreta placa que indicara la generosa donación de Raymundo Betancourt, de Grupo RB Constructores. Sin duda el nombre sugería más de lo que era: en realidad se trataba de un par de arquitectos dirigidos por el ingeniero Betancourt y un puñado de albañiles que podían trabajar por su cuenta si no había obra contratada porque a veces era tiempo de vacas flacas y a lo mucho tenían la construcción de una casa en una colonia nueva; un par de meses más tarde alguna remodelación en otra parte. Era difícil competir con las grandes constructoras que producían masivamente casitas de interés social en las afueras de la ciudad. Aun así, no estaba de más obsequiar un poco de lo que se tiene. Los beneficios no terminaban con la promoción: estaba también el placer de ver a muchos niños que podrían jugar por primera vez en un lugar digno. Tampoco le venía mal incrustar su nombre como el de un ciudadano ejemplar en la psique de la gente. Por eso hacía donaciones monetarias a la Cruz Roja cada año y había impermeabilizado sin costo el techo de un asilo de ancianos tras enterarse por el noticiero local que varios se habían muerto de pulmonía al padecer las goteras sobre sus catres. ¿Desastres naturales en el país? Raymundo no tardaba en sumarse como voluntario a los grupos de acopio. Cada detalle contaba. Nunca se sabe cuándo se tendrá que echar mano de una buena reputación.

Se vistió con ropa de trabajo: no tardaría en llegar una reportera del Canal 12 a entrevistarlo. Él mismo instalaría el último de los juegos antes de la inauguración oficial. Habría muchas fotos, por supuesto. El presidente municipal haría acto de presencia y convidaría a los vecinos con refrescos y tamales, a cuenta del ayuntamiento. Con esa única aportación, el zángano colocaría una placa con los años de su administración y se colgaría la medalla de Raymundo también. Una gloria dividida, pero al final dinero bien invertido. Lo importante era que quedara muy clara la bondad de Raymundo, un hombre comprometido con su comunidad.

Terminó su café, puso la taza en la tarja de la cocina y vació croquetas en el plato del perro. Suspiró con cierta tristeza: se sentía fastidiado y hubiera preferido quedarse a fantasear en la cama todo el día. Pero las manos ociosas las mueve el diablo: era la voz de su madre que lo acompañaba desde que murió. Mejor distraer los pensamientos y para eso nada resultaba más productivo que hacer trabajo físico. Eso siempre lo relajaba y ponía su mente en blanco. Mamá. Mamá.

Si ella no hubiera muerto un año antes de la primera niña, ¿él habría actuado de otra manera? Si mamá siguiera viva, ¿aquel incidente no hubiese sucedido? Durante un tiempo Raymundo quiso creer que todo ese capítulo en su vida fue una reacción secundaria al duelo de perder a su madre. Pero no. ¿Para qué engañarse uno mismo? La cigarra hubiera salido igual. Porque estaba allí enterrada desde un principio. Desde Julie. Si acaso, el que su madre siguiera viva habría supuesto un gran

obstáculo, una serie de problemas prácticos. Como ella vivía en la misma casa con él, no hubiera resultado sencillo llevar a la niña al sótano. Quizá su madre pudiera escuchar algo o notar algo inusual en el comportamiento de Raymundo. Se pondría a indagar. Era muy curiosa y entrometida. Eso sin contar su diabetes y otros problemas médicos que requerían de los cuidados del hijo mayor. No. La muerte de mamá había sido lo correcto y había sucedido en el momento exacto.

Encendió el motor de la camioneta. Faltaba poco más de una hora para la inauguración del parque. Los trabajadores ya estarían allá, atendiendo los últimos detalles. Debería ir a supervisarlos, ver si surgía algún imprevisto. El tráfico era benigno, apenas perceptible. La camioneta avanzó sin problemas por las calles y avenidas en automático. El viento fresco acarició el cabello de Raymundo abriendo surcos que mostraban su cuero cabelludo, rojizo por el sol. Al estacionarse, se dio cuenta de que estaba a una cuadra de la casa de *ella*. ¿Qué me está pasando? Hacía apenas unas semanas era un hombre en control de su vida, al tanto de todas las construcciones en turno, un jefe que hablaba con los arquitectos, supervisaba personalmente las obras, pagaba las cuentas, los sueldos de los trabajadores e impuestos. Sí, una o dos veces a la semana iba a alguna escuela o a tomarse un café cerca del área de juegos de cualquier restaurante, pero sólo se limitaba a mirar. No sabría decir si por falta de voluntad o porque la cigarra hibernaba bajo tierra. Desde hacía casi cinco años no cruzaba la línea. Y ahora estaba allí.

El sol caía delicadamente sobre la ciudad, atravesando las capas de nubes que prometían lluvias ligeras. Observó la casa. Clase media, acabados de buen gusto pero de precio moderado. Los detalles indicaban que la madre era una de esas que toman la apariencia de sus hogares como un reflejo de sí mismas: estilo modernista, un jardín de diseño, palmeras y cactus, pintura perfecta, garaje eléctrico, limpieza total. Seguramente era asidua a ir los domingos al centro comercial y tenía debilidad por la redecoración periódica de interiores. Raymundo miró su reloj de pulsera: todavía había tiempo. No le haría daño a nadie si se quedaba un rato a una distancia prudente.

La puerta principal se abrió y salió una pelirroja artificial. La luz que la iluminaba desde atrás parecía quemarle las orillas del cabello. Se la imaginó explotando en llamas. En pants de terciopelo, la mujer caminó hasta el portamangueras circular y abrió el agua para regar el jardín. ¿Será mi día de suerte? La puerta se volvió a abrir y apareció *ella*. Radiante, hermosa, fantástica. Llevaba el cabello recogido en una cola de caballo, una playera de Pepa la cerdita, shorts morados que dejaban ver lo dorado de sus piernas, y sandalias. Atravesó como un rayo el chorro de la manguera. La madre le permitió mojarse. ¿Qué tiene en la cabeza esa tipa? La niña podría resfriarse. No sólo eso: podría enfermarse de pulmonía y morir. ¿Es que no sabe cuidarla?

Abandonó esos pensamientos para seguir a la niña que brincaba y corría por el

jardín. Empapada y transparente, la playera blanca se le había untado a la piel. Desde donde estaba, Raymundo pudo imaginar la silueta de los huesos del tórax, sobresaliendo con delicadeza. La línea de las costillas como un instrumento musical primitivo. Lo que daría por pasar sus dedos por encima de ese cuerpo. Tocar una melodía. De vez en cuando la tela se recorría y revelaba un vientre plano, el ombligo como única prueba de que esa criatura era un ser humano.

¿Cómo se llamaría? Necesitaba un nombre para ese deseo que cosquilleaba en cada parte de su cuerpo, en su corazón, en su verga, sólo ante la presencia de esa persona en particular y nunca en la de otra. Únicamente ella era capaz de producir esta vibración especial que amenazaba con despertar a la cigarra. Él podía sentirla desperezándose poco a poco. Rascando. Oteando el aire con sus antenas. No tardaría en encontrar una salida. Eso sería peligroso. Pero ya estaba cerca. Muy cerca. A menos que otra cosa, algo poderoso y cautivante lograra distraerlo, la cigarra terminaría por escapar otra vez.

28 de octubre, 2013

Luego de pensarlo bien, decidí no poner «querido diario». Es muy cursi y creo que esta entrada ya de por sí tendrá suficientes cursilerías porque voy a hablar de mi relación con él. No sólo era la primera en mi vida, sino lo que cualquier mujer sueña. ¿Debí sospechar que todo era demasiado perfecto? A lo mejor sí. Pienso en las quejas típicas de las mujeres que me rodean. Que el marido o novio no es detallista, se olvida de los aniversarios, no es romántico, sólo quiere salir con sus amigos, les puso el cuerno, se le van los ojos tras las nalgas de otra, no quiere ir a casa de los suegros o no se compromete. En cambio, Raymundo era la pareja perfecta. Intachable, respetuoso, siempre adelantándose a mis deseos. Sí, quizá debí sospechar, pero estando así de enamorada no podía pensar: mi vida era tan bella que me permití disfrutarla. Fue tan inesperado, un cuento de hadas, como dicen...

La verdad es que tras lo que pasó en la escuela de natación pensé que no lo volvería a ver más. Pero una tarde en que salí del trabajo y caminaba a la parada del camión me lo encontré esperándome en la esquina. Con el brazo reposando sobre la ventanilla de su camioneta y cara de tenerlo todo bajo control, sonrió al verme. Se veía muy atractivo, al menos para mí. Ojos grises, la piel bronceada de quien trabaja al aire libre, la cara un poco hinchada, como les sucede a algunos hombres de más de cuarenta, camisa a rayas, pantalón de mezclilla y un corte de cabello que lo hacía verse como el gerente de una tienda departamental. Recuerdo que me dijo que no podía dejar de pensar en mí, que por eso había venido a buscarme. Yo sentí tan bonito... Escuchar eso era algo nuevo para mí. ¿Y cómo no creerle? Te llevo a tu casa, pero antes vamos a tomar un café para conocerte mejor, dijo sonriendo. Me abrió la puerta y me ayudó a subir al estribo. Me sentí como una princesa. Nadie había sido así de caballeroso conmigo; al contrario, la gente casi me pasa por encima. Si les reclamo, sólo dicen «perdón, no te vi». Ni siquiera me importó que el asiento estuviera lleno de pelos de perro.

Esa fue la primera cita. Conservo en mi memoria cada momento. Hablé tanto que mi café se enfrió y él, atento, pidió a la mesera que me lo cambiara por uno nuevo. ¡Cuántas cosas dije esa tarde! Él se interesó por mí como persona, no como fenómeno de circo. Me hizo sentir normal, feliz... En la segunda cita me llevó al cine a ver una película japonesa animada. No sé si él se habrá dado cuenta, pero en cierto momento nos tocamos al estar sentados. La calidez de su piel, los vellos tupidos de su antebrazo: una sensación desconocida hasta entonces. Retiré mi brazo, mi cara

encendida de vergüenza y emoción al mismo tiempo. A mis casi cuarenta estaba viviendo lo que las chicas comunes experimentan en la adolescencia. Por eso el resto de la película me la pasé concentrada en la forma en que mi piel ardía, en los latidos apresurados de mi corazón. No vi la historia en la pantalla: ¿cómo concentrarme con él allí?

Pienso mucho en esos primeros días. Parece que mi cerebro no hace otra cosa que brincar al pasado y marinarse en los recuerdos... Las horas libres de mis obligaciones, cuando la beba duerme, sólo pienso en Raymundo. ¿Estoy mal de la cabeza? A veces contemplo la cara de mi hija y encuentro los rasgos de él. Todas las muchachas juran que no se parece en nada al hombre de la imagen que ha aparecido en los periódicos, pero sé que lo dicen para que me sienta mejor. Creen que no quiero verlo, que evito saber de él. Piensan que lo aborrezco: no saben que lo extraño. ¿Cómo podrían saber que también tenía cosas buenas? ¿Cómo decirles que conmigo era una persona diferente? Tampoco tienen idea de que la nariz de la beba es idéntica a la suya. Y ese hoyuelo al sonreír. Y la forma de las uñas, como lunitas... ¿Cómo no van a tener un parecido? Lo más importante es que no salió a mí. Es perfecta, como deben de ser todas las criaturas de su edad... Eso me recuerda: no la he bautizado todavía. No sólo porque quiero una fiesta como se debe, con la familia, no con las reclusas. Digo, las quiero mucho, pero no es lo mismo. Prefiero estar con mis familiares. Algún día saldré, me dice todo mundo para darme ánimos. Tampoco me he decidido por un nombre en especial. Ninguno me parece que vaya con su personalidad...

Pero vuelvo a los inicios de esto. Para la tercera cita, él me llevó a una exposición de alebrijes en la plaza principal. Recuerdo que yo miraba un lagarto con cuerpo de vaca y cuernos pequeños como jirafa y él dijo algo como que hasta las cosas raras pueden ser muy bellas. Me volví para mirarlo y él dejó caer sus brazos sobre mi espalda. Yo deslicé los míos alrededor de su cintura y apreté un costado de mi cara contra su camisa que olía a suavizante de telas. La parte de arriba de mi cabeza anidó en la carne suave y tibia de su panza. En ese momento quise ser más alta para poder escuchar los latidos de aquel corazón. Permanecimos así por unos segundos y nos separamos. Después nos fuimos a sentar en una de las bancas. Estaba atardeciendo, pero aún había mucha gente en la plaza. Acercó sus dedos a mi frente: sentí la aspereza de sus yemas. Bajó la mano apenas rozando mi oreja. Me sentí afiebrada. Seguro mi rostro estaba colorado. Tomó mi barbilla entre sus dedos y con el pulgar la levantó un poco: nos miramos a los ojos. En verdad me miró. Me quedé inmóvil en aquella banca de metal verde y frío, como si fuera uno de esos escarabajos que se fingen muertos si se encuentran en peligro. Fue mágico. Tal vez por eso me atrapó tan fácil como quien guarda un bicho en un frasco.

No sé cuántas veces he vuelto a esos días, sobre todo al pensar que jamás saldré de aquí. ¿Qué más puedo hacer? Sé que saldré; aun así, no puedo controlar mis pensamientos. Me sucede en las noches mientras escucho la respiración de la beba y

los ronquidos de mis compañeras. Yo creía que con el paso de los meses iba a olvidarlo, o al menos que sería más fácil sobrellevar esta separación o ruptura, pero no. Me da pena decirlo, aunque para eso son los diarios, así que aquí va: a veces me pregunto si él seguiría conmigo si las cosas hubieran sido distintas.

Hay días en que me desmorono. Soy un mazapán aplastado que al abrirse es polvo. Me parece que este dolor no se irá nunca. Sólo se aleja y vuelve en oleadas. Entre una y otra tengo la sensación de que puedo sobrevivir.

Y sí, lo extraño. Lo que más echo de menos de nuestras noches juntos es esconder mi cara contra su pecho y sentir sus vellos como alambres que se escapaban a través de la camiseta. Me hace falta el calor del cuerpo de un hombre, la seguridad que me envolvía al estar juntos...

¿Será cierto que como dice la psicóloga estoy en un periodo de negación? A lo mejor es porque he dormido poco y mal. La beba ha estado malita de una infección en el oído. Me dejaron ir con la doctora y una de las custodias, Juanita, me consiguió la medicina muy barata en una farmacia de similares que le queda de camino a su casa. Es muy linda conmigo. De hecho, todas me tratan muy bien, como si fuera una hermana menor. Hasta eso, no me puedo quejar. Ya le estoy dando su antibiótico a la nena, pero de todas formas se despierta a cada rato a pedir la teta. Se supone que ya toma biberón, pero sólo de día, porque en las noches quiere pecho. Nada más así se duerme; mientras tanto, yo sigo despierta.

No niego lo que sucedió. Admito que hice lo que hice. ¿Por qué no pueden comprender eso? El otro día vino una mujer a hablar conmigo. No recuerdo bien qué era, si abogada o investigadora. Quería saber si yo noté desde el principio detalles anormales sobre él. No me gustó su tono de voz. Se me quedaba mirando con los ojos chiquitos, como si quisiera leer mi mente para sacarme la verdad. Le dije que yo había notado que si íbamos a un restaurante él escogía una mesa cerca del área de juegos, o que prefería las películas infantiles a los éxitos de cartelera. ¿Pero eso qué tiene de malo? Cuestión de gustos. No significa nada. No quise hablar mucho con ella y al final se fue medio molesta. No me importa. Yo sé que quieren que diga que lo sabía todo y que aun así acepté seguir allí con él. A lo mejor sí fue un poco así, pero no por completo. No fue tan rápido. Las cosas nunca son así de claras. Yo tardé en darme cuenta, pero también me tomó mucho tiempo en decidirme a actuar. Él engañó a muchas personas; yo fui una de tantas. A veces es preferible no creer algo malo que enfrentar las consecuencias. Quiero decir que es más sencillo creer lo mejor de alguien. Él era un hombre ejemplar, que me trataba bien y me hacía feliz. ¿Cómo saber que también era otra persona?

Nunca se me hizo difícil, como a otros, hablarle a los niños. Todo lo que uno tiene que hacer es fingir que son algún tipo de animal de granja inteligente: un cerdo, quizás, o un caballo.

Hanya Yanagihara, La gente en los árboles

¿De cuántas generaciones de hombres que como él miran a las niñas habrá sido testigo el parque Guadiana? Raymundo respiró el olor a mierda de urraca y eucaliptos, y tocó una de las ranas de la fuente, que alguna vez fueron verdes y ahora son de bronce desnudo, sobre todo en los lomos donde los niños las montan para jugar con el agua que sale de sus bocas abiertas. En la cantera del perímetro una placa indicaba que la fuente había sido construida en 1933. Tantos años. Isidro, el perro, bebió del agua que de cristalina no tenía nada. Él caminó hasta una banca metálica y se sentó dejando caer el vientre entre sus piernas abiertas.

El cielo turquesa era el mismo que el de hace cuarenta años. Aún recordaba los tiempos en que por las tardes trepaba una y otra vez la escalera de la resbaladilla sólo para volver a sentir aquella sensación en su estómago al caer. ¿Y ahora? Aún no podía considerarse el anciano que alimenta palomas en los parques, o el que hojea el periódico bajo la resolana. Tampoco era un viejo lascivo de esos a los que la gente les saca la vuelta apenas los ve. No. No era joven, pero podría decirse que vivía una buena etapa. Hablando con honestidad, él se asumía poco agraciado. Sí, su cuerpo era una pera con piernas de palito, de estatura más bien baja, pero a cambio tenía aspecto bonachón y una sonrisa cálida. Había estudiado sus propias facciones desde hacía años y se había moldeado una cara inofensiva, más bien ingenua, incapaz de asustar a los más pequeños.

Ahora era sólo un hombre con algunos kilos extras que descansaba en una banca del parque luego de haber caminado con su perro. Quizás el más adorable de sus atributos fuera ser dueño de Isidro, labrador juguetero que, como él, gustaba de los niños. Isidro poseía una historia conmovedora. Cuando el dueño de una casa en renta le pidió a Raymundo y su equipo que fueran a pintarla —en los meses más bajos su pequeña constructora hacía labores de mantenimiento— lo encontraron en los huesos, a punto de morir. El animal fue abandonado en el patio trasero por los últimos inquilinos. Él mismo lo había rehabilitado y le había dado posada: el perro se lo agradeció adorándolo incondicionalmente. Ahora era un animal hermoso, de pelaje brillante y ojos encantadores.

La llegada del labrador coincidió en tiempo con el término de la construcción de la primera casa de Raymundo. Diseñada por él mismo y sin escatimar en los mejores materiales, incluía un sótano. ¿Aquello había sido algo consciente? No podría asegurarlo. Sólo estaba deseoso de salir de casa de sus padres y tener su propio espacio. Un sótano sonaba como una buena idea: siempre se puede adaptar como salón de juegos, centro de lavado y limpieza, o como una habitación extra. Para

alguien especial.

Isidro dormía justo en donde caían tenuemente los rayos de sol. Raymundo se lamentó por no haber traído un termo de café. Según su bitácora, *ella* venía los sábados temprano a esta sección del parque. Le gustaba patinar en la pista de cemento antes de que los adolescentes en patineta llegaran a acapararla para ellos. Abusivos. El lugar no lucía tan mal, pero no había recibido el mantenimiento adecuado. Si estuviera en sus manos, dejaría el parque hecho un paraíso para los niños y prohibiría la entrada a los vándalos sobre ruedas.

¿Por qué tarda tanto?

Esa mañana Raymundo se levantó con la impaciencia de un niño que espera la Navidad o su cumpleaños. Tras una ducha, se vistió rápidamente y se dirigió a la construcción. Revisó los planos con el arquitecto y tomó nota de los materiales que se necesitaban para la semana. De allí manejó a Home Depot e impulsivamente compró pintura rosa y blanca, una alfombra afelpada de Hello Kitty, tubo para drenaje, un juego de escusado y lavabo muy pequeños y un extractor de aire de uso semiindustrial. A medida que la señorita de la caja pasaba los artículos sobre el lector de precios, una sonrisa enorme se fue dibujando en la cara de Raymundo. Más tarde, en la Maderería El Tule, ordenó varios metros de madera de pino. Pagó al contado. Se sentía bien, lleno de energía. Ya extrañaba esa fuerza guiadora que se nutría de su interior y le daba sentido a todo lo demás. Regresó a casa satisfecho de haber logrado tanto en una sola mañana. Se preparó seis huevos revueltos con jamón y se bebió medio litro de jugo de naranja. Más tarde subió a Isidro a la camioneta y manejó hasta el parque.

¿Dónde está ella?

Tras una hora de espera divisó el carro color plata en una de las calles que enmarcan el parque. La madre era bastante estúpida: tuvo que maniobrar por una eternidad hasta quedar finalmente mal estacionada, lejos de la banqueta. A pesar de los malos genes que esa tipa le hubiera podido heredar, lo importante era que allí estaba *ella*, corriendo con los patines en la mano. Rezagada, la madre le gritó para que la esperara. De pronto, algo inusitado: *Cinthia, no corras*. La primera vez que escuchó su nombre. En ese instante *ella* dejó de ser una muñequita genérica y se convirtió en Cinthia. La palabra, que al pronunciarla significaba aquel ser perfecto y hermoso, se quedó suspendida en el aire, como las motas de polvo bajo un rayo de luz. Repitió aquella sucesión de letras en voz baja, las separó en sílabas y paladeó el nombre como un dulce en su lengua. *Cinthia*. Podría ser el nombre de una flor. No te olvides de regar las Cinthias junto a la ventana.

La madre no tardó en encontrar un grupo de mujeres sin quehacer, como ella, y se les unió en sus chismes de loros. Cinthia se terminó de poner los patines y comenzó a dar vueltas en la pista. Era una delicia contemplarla. Los músculos de sus piernas se marcaban delicadamente cada vez que daba un paso para avanzar. Se le veía segura al cruzar frente a él alejándose con rapidez, regalándole una vista de la parte posterior

de su cuerpo, sólo para volver a aparecer segundos más tarde al terminar el circuito. Los ojos de Raymundo filtraban a los otros niños de la pista como basuras en el agua a través de una red. Sólo existía ella. *Cinthia*. La forma en la que su cola de caballo se volvía horizontal por la velocidad, su cara sonriente, su pequeño cuerpo tenso en acción, como esas gacelas que atraviesan la sabana. En la tercera vuelta, por fin lo vio. Por una fracción de segundo, sus ojos se cruzaron. Ya me viste, *Cinthia*. Amor a primera vista.

Él se puso de pie y caminó con el perro, que movía la cola feliz, en dirección al circuito. Apenas lo vieron, *Cinthia* y otras dos niñas no tardaron en acercarse, rendidas ante la imagen adorable de Isidro. Ella, su amor, preguntó el nombre del animal y acercó su mano antes de recibir una respuesta. Ah, eres muy confiada. Eso está muy bien. La voz de la niña era la más hermosa de todas. Acarició la cabeza del perro con suavidad. Raymundo entró en trance: era como si toda su vida hubiera esperado para presenciar esta muestra de afecto y dulzura. No podía dejar de mirar los vellos rubios del pequeño antebrazo perfectamente bronceado. Su respiración se aceleró tanto que apenas pudo enunciar el nombre del animal: su voz sonó como si hubiera terminado de correr un maratón.

Para su suerte y como en cámara lenta, *Cinthia* se inclinó hacia Raymundo para escucharlo mejor y él aspiró el aroma a coco de su cabello. Apenas los separaban unos centímetros. Estaba al alcance de su mano. Qué criatura tan increíble eres. Ella dijo *Isidro, qué nombre tan bonito para un perro tan bonito* y él percibió un ligero olor a yerbabuena en su aliento que, no tenía duda, sería muy tibio...

La cigarra estaba afuera. Totalmente despierta. Libre. Hambrienta. Sin intenciones de volver a enterrarse por un tiempo.

13 de noviembre, 2013

Estoy preocupada. El abogado dice que el fiscal quiere pedir la pena máxima para mí como cómplice, pero que si coopero, una pena reducida. Dice que se puede alegar coacción psicológica como atenuante y con suerte podrán probar que yo no tuve nada que ver. A fin de cuentas fue gracias a mí que ella sobrevivió. Dirán que él me tenía amenazada...

Ya quiero salir de aquí. Por más buenas que sean las muchachas, o aunque mi mamá me traiga cosas para mi hija, no es un buen lugar para que ella crezca. Le hace falta sol, pasear por la calle. Necesita llevar una vida normal. Es que no es justo. ¿Ella qué hizo para estar aquí? Mi abogado y el otro señor me dijeron que mi libertad estaba en mis propias manos. Eso me lo han repetido todas las personas que han hablado conmigo: la psicóloga, el director del penal, las custodias, las mismas compañeras. Nada gano con encubrirlo, me advierten. Que mejor piense en mi vida y en la de mi nena porque él estará encerrado hasta que muera.

No sé si creerles. Todo es una pesadilla. Ya no sé qué es verdad y qué no. Hay tanta información por todos lados. Dijeron que además del secuestro a Raymundo lo están acusando de otras cosas. Me preguntaron que si me acuerdo de que hace como diez años se perdió una chiquita que luego apareció tirada en un baldío de las afueras de Durango. Ahora ya hay colonias nuevas por allí, pero antes estaba todo solo. De hecho, yo sí recuerdo haber leído la noticia en el periódico. La violaron y tenía un tiro en la cabeza. Se había perdido semanas antes de que la encontrarán. Pues ahora dicen que él fue quien le hizo esas cosas horripilantes a la pobre. Yo no puedo aceptar eso. No puedo. No quiero. Pero a veces dudo.

Hay cosas que no sé cómo explicarlas. No siempre se puede pensar correctamente cuando suceden los hechos. Es más fácil decir desde fuera que alguien debió haber actuado de tal y cual forma, sobre todo ya que pasó. Pero a la mera hora no se piensa igual. ¿Cómo les hago entender eso? Me enamoré de golpe y lo fui amando poco a poquito. Ahora sé que él puede pasar por el ser humano más inofensivo. Podría haber sido lo que fuera: maestro, panadero, contador. Un hombre común y corriente. Un pedófilo también. Pero eso no es algo que se dice a alguien en la primera cita. O que se pregunta. Nunca.

¿Que si percibí señales de alerta? Me insisten tanto con eso. Bueno, sí vi algunas cosas, pero no supe lo que significaban. No las interpreté porque entonces no tenía toda la información que tengo ahora. Es como tratar de armar un rompecabezas de

miles de piezas sin la caja para guiarte. Tardas mucho en darte cuenta de lo que es. Y yo no estaba analizando cada detalle como si fuera un detective. Yo estaba enamorada y viviendo la vida que siempre quise. Al fin tenía alguien con quien ver una película y compartir las palomitas. Podía asistir a las reuniones a las que las amigas siempre llevan pareja sin sentirme un hongo solitario. Un hombre al que no le diera pena caminar conmigo por la calle, un valiente que soportara las reuniones familiares en casa de mis papás. Ahora que lo pienso, sí me desconcertó un poco el que un día me pidió que me disfrazara con uniforme escolar y que me peinara el cabello en dos coletas. Me sentía tan deseada... y no sería el único en el mundo al que le guste que su pareja se disfrace de colegiala. Yo no quería que me dejara. Yo no quería que las cosas salieran así, pero ¿cómo podía anticipar lo que pasó?

La enfermedad se hizo más evidente y yo no supe cómo reaccionar. Me sentí entre la espada y la pared. Digo enfermedad porque creo que hay algo mal en él, que no es su culpa. Nadie que esté sano podría hacer esas cosas, ¿o sí? A lo mejor él se puede curar y ser una buena persona. Porque conmigo era bueno, más que toda la gente que yo había conocido hasta entonces. Para cuando pude ver bien lo que estaba pasando, no supe qué hacer. Ni siquiera estaba completamente segura, pero las sospechas crecían más y más. El miedo de estar sola de allí en adelante me brincaba a la cara cada vez que comenzaba a pensar en lo que él hacía. Me aterraba la idea de que se enojara conmigo, perder el único amor que había tenido en mi vida. Tampoco quería imaginar lo que hacía con la niña para no morirme de celos. No quería ver la verdad. Si aquello era cierto, ¿qué era, pues, mi relación con él? Por eso era más sencillo no pensar, creer lo que él me decía sobre haberla rescatado del maltrato de su casa.

Pero yo no mentí. Tengo la conciencia tranquila. A lo mejor no he confesado todo lo que sé, pero no he dicho mentiras. Al irme a vivir con él, yo no sabía quién era. Yo no tenía idea de lo que estaba planeando ni de las cosas que hacía durante el tiempo en que no estaba conmigo. Porque todo eso debió tomarle mucho tiempo en planear y hacer.

Ya no sé nada. Me duele la cabeza de tanto pensar. En estos últimos días no he tenido ganas ni de levantarme de la cama. Lo bueno es que la beba ya duerme de corrido casi todas las noches. Eso es una suerte...

[...] No les tienes miedo a los monstruos, ¿o sí? Depende del monstruo, si es real o no, y si está en donde yo estoy.

Emma Donahue, La habitación

La cara de su hermana, que aparentaba no tener huesos y estar hecha de masa, se interpuso entre él y la vista del jardín, como si quisiera asomarse dentro de sus ojos. Idiota.

—¿Oíste lo que te dije?

—Perdón, me distraje.

Julieta vació con violencia el contenido de un vaso en el fregadero y los restos de los platos en el bote de basura. Sus dos hijos, los únicos sobrinos de Raymundo, se escurrieron en ese momento de sus sillas y desaparecieron de la cocina.

—Es que contigo no se puede —dijo Julieta y se puso a lavar con brusquedad una sartén—. Nunca me escuchas.

Su voz insoportable como una vuvuzela cesó por unos segundos mientras examinaba el teflón y volvía a tallar con fuerza, casi con odio.

—Te invito a comer y no me platicas nada, pero tampoco me oyes.

Su hermana lavando los trastes. Su hermana con sus glúteos aguados moviéndose por el esfuerzo. Su hermana con esa vena saltona en la sien como siempre que se enojaba. Su hermana repulsivamente adulta. Su hermana, el único miembro de su familia inmediata.

—¿Y la muchacha?

—Dice que se enfermó.

Dejó caer la sartén y estiró el brazo, los dedos extendidos frente a ella, y dejó salir una mala palabra.

—Ya me rompí una uña. —Secó sus manos con un trapo de cocina estampado con tacitas de café—. Maldita Lupe.

Él pasó la lengua por encima de sus dientes superiores, capturando los restos de la comida. *Déjà vu* de sabor. Supuso que el cerebro de su hermana menor debía de estar constituido de 50% de receptores de azúcares y grasas, 25% de necesidad de *shopping* compulsivo de ropa y maquillaje, 20% de quejas e insultos a terceros y 5% de cuidados maternos. Todo el espacio ocupado. Ningún resquicio para la inteligencia. Con razón él tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano para tolerarla.

No era sólo la diferencia de edad: diez años, que no pocos. Se trataba de su estupidez plena. A veces él se cuestionaba si lo que hizo con ella en esos años había afectado el intelecto de su hermana. Pero no podía ser. No sonaba como algo posible. ¿Qué tenía que ver una cosa con la otra? Lo suyo era de nacimiento. A nadie le había sorprendido que el marido la abandonara a la primera oportunidad. Y era por eso que él tenía que estar allí. Por culpa de ese cabrón. Desde que Julieta asumió su nuevo

estatus de mujer dejada, obligó a Raymundo a frecuentarla a ella y a los niños. Necesitan una figura paterna, alegaba. De allí la invitación a comer a la casa y más tarde al cine con Sebastián y Andrés.

Julieta puso frente a él una taza de café y endulzó la suya con cuatro cucharadas de azúcar. La cerdita oinc-oinc necesitaba unas cuantas calorías más con su cafeína, pensó Raymundo. Como si pudiera leerle la mente, ella se excusó:

—Es que no me gusta lo amargo. —Se llevó la taza a los labios y dio pequeños tragos haciendo ruidos nauseabundos como si fuera un roedor—. Creo que necesitamos galletas.

Él hubiera querido matarla en ese instante, pero se limitó a mirarla. La bruta pensaba que estaba sosteniendo una conversación aunque ella fuera la única que abría la boca.

Al ver que su hermano bebía su café, pensativo, se lanzó de lleno en una de sus largas diatribas sobre la ingratitud del exmarido. En lugar de poner su mente en *stand-by*, su estrategia más usada, Raymundo intentó esta vez encontrar en esa mujer de arrugas prematuras y rostro abotagado a la Julie que otrora fuera su amor. La primera vez ella tenía cinco años y él quince: lo suficientemente mayor y responsable para cuidar a su hermanita cuando sus padres tenían que salir. A diferencia de todos sus compañeros que estaban en la etapa de las fiestas, las chicas y la experimentación con drogas y alcohol, él prefería quedarse en la casa con Julie. Tengo al mejor hijo del mundo, decía su mamá y se disponía a salir a alguna parte como si fuera una mujer soltera.

Desde el nacimiento de Julie, él había experimentado una atracción magnética por ese pequeño ser que sus papás llamaban un «accidentito», como si fuera una gracia traer hijos al mundo por error. Él la miraba a través de los barrotes de la cuna y metía su mano hasta que ella se prendía a uno de sus dedos y lo llevaba a su diminuta boca para succionarlo. La sensación era maravillosa, aunque si su mamá se daba cuenta le daba un zape al pequeño Raymundo. ¿Cómo traerás las manos de sucias? Se va a enfermar. A pesar de los regaños, él no se había separado del dúo que formaban su madre y su hermana en los primeros meses. Cada vez que le cambiaban el pañal, él estaba allí también, embelesado por la quesadilla lampiña y carnosa entre aquellas piernitas regordetas. En verdad no había hermano más juguetón o cariñoso que él.

Todo transcurrió con la misma naturalidad de las etapas de crecimiento de un infante. Así como había aprendido a balbucear y a gatear, a decir sus primeras palabras y a caminar sola, también aprendió a amar a su hermano mayor. Había ocasiones en las que él se ofrecía a bañarla, cosa que su madre agradecía con toda su alma porque era una tarea engorrosa en la que invariablemente terminaba empapada. Además, era una batalla convencerla de que se saliera de la tina, ¿y quién tiene tiempo para eso? Él, en cambio, era paciente y la trataba con delicadeza, jugando con ella al pez y al tiburón, o a una guerra de chapoteo sin quejarse al terminar empapado ni por la necesidad de trapear el baño más tarde. Durante uno de esos largos baños en

la tina, ocurrió por primera vez. Una Julie de cinco años de pie, con el agua hasta la mitad de sus muslos y la cabeza llena de espuma con olor a uva. Él lavaba concentrado aquel cuerpo resbaloso con una esponja. En cierto momento, la esponja había caído al agua, pero él siguió enjabonando con su mano esas nalgas redondas como un panqué, así como las piernas suaves y firmes que las sostenían. Ella hacía que una Barbie-sirena nadara ondulante en un mar ficticio frente a su cara; en ese momento, los dedos jabonosos del hermano mayor se internaron en su vulva. Aquello se repitió un par de veces más, sin que hubiera penetración más allá del espacio entre carnes: los dedos simplemente acariciaban el contorno de la almendrita clitoral una y otra vez. Raymundo había sentido una erección turgente desde que su mano tomó el lugar de la esponja: estaba a punto de explotar. Ni siquiera había pensado en la posibilidad de que su madre abriera la puerta o en que su hermana fuera a acusarlo más tarde. Nada de eso importaba. Primero se frotó por encima de la bermuda azul, sin pensarlo; un poco más tarde se acariciaba la verga asomándose tras el elástico, como los topos que en las caricaturas levantaban la tierra antes de salir. Ella había dejado de jugar y lo observaba gemir con los ojos cerrados, sin dejar de tocarla, sin dejar de tocarse. Sus miradas se habían cruzado por unos segundos. A él le había parecido ver una capa de glasé sobre las córneas de Julie y una mueca de placer, con las comisuras de los labios levantadas, como las del Guasón. En el instante de eyacular por primera vez en su vida, Raymundo había insertado los dedos profundamente dentro su hermanita, quien había dado un grito lleno de dolor y en seguida se dejó caer en el agua. Como si se reinsertaran en la normalidad, él había tomado una cubeta para llenarla y enjuagarle la cabeza. Julie cerró los ojos: el agua caía como cascada por su cara, provocándole una carcajada. Siguió jugando con la muñeca de plástico como si nada hubiera pasado. Sin necesidad de pedírselo, guardó el secreto. La misma escena se repitió varias veces más, con algunas variaciones aventuradas, como que él frotara su glande contra el clítoris de Julie, hasta que ella entró a la pubertad. Entonces, su relación se interrumpió abruptamente como un contrato que se rompe sin poder dar marcha atrás. Ninguno de los dos hermanos lo volvió a mencionar.

—La verdad yo no sé qué le vi. Soy una estúpida.

Julieta adulta, real, se puso de pie para gritarles a los niños que era hora de irse. ¿Ya se habían lavado los dientes? Si no, no habría palomitas en el cine. Se colgó la bolsa del brazo y él observó cómo su ropa se estrechaba contra aquel vientre lonjudo sobre el que descansaban sus tetas chicas pero caídas. Repulsiva. ¿Cómo puede el tiempo hacerle eso a la gente?

Al llegar a Paseo Durango, la plaza comercial en donde estaban las salas de cine, los chicos se amotinaron y dijeron que preferían ir a ese lugar nuevo de pizzas y videojuegos. Julieta intentó apegarse al plan original, pero Raymundo secundó a los

chicos a pesar de los ojos asesinos que ella le lanzó desde el volante de la camioneta. El lugar era muy interesante: juegos para niños pequeños, inocentes y simples, y para adolescentes, con altas dosis de violencia y escotes. Se podían ver niñas corriendo solas, descuidadas por los padres que tomaban café en el área para adultos, inmersos en las pantallas de sus celulares. En el cine, en cambio, no podría ver otra cosa más que la película, ¿y quién quiere eso habiendo tantas niñas en la plaza, rebaños de gacelas en la sabana?

—Si soy su figura paterna tengo que apoyarlos. —Se quitó el cinturón de seguridad y abrió la puerta. Su comentario la desarmó: en un instante se vio más vieja. No le quedó más que sucumbir en silencio ante los tres hombres de su vida. Caminó detrás de ellos, derrotada, arrugando la cara por el sol de la tarde que rostizaba el pavimento desde el cielo sin nubes, y pisó sin querer el chicle de canela que su hermano recién había escupido al suelo.

Las puertas automáticas se abrieron y el aire acondicionado los recibió amablemente. Los sobrinos, de ocho y diez años, desaparecieron entre las luces y el ruido del lugar apenas Raymundo les entregó sus tarjetas cargadas de créditos. Julieta lo llamó para irse a sentar con los otros padres y platicar. Él se las arregló para poner una sonrisa de mazorca y le dijo que primero iría a jugar un rato con Sebastián y Andrés. En verdad no podía escuchar ni un minuto más las tonterías que salían a raudales del tubo de desagüe que era la boca de aquella mujer. Y pensar que compartían el mismo material genético.

Los gritos de los niños, la música de los juegos, el ruido de balas y explosiones le cobrarían su cuota más tarde con un inmenso dolor de cabeza, pero por el momento caminó sin prisas entre el laberinto de luces y máquinas, con cara de estar buscando a alguien. Miró a varias niñas en el rango de los cuatro a los siete años, que no permanecían en un mismo sitio durante mucho tiempo. Libélulas indecisas. Él, un sapo paciente que se esconde tras un lirio. De pronto una de ellas salió corriendo y chocó contra él: por unos segundos sus cuerpos se amaron, aunque la chiquilla no lo supiera. Esta generación de criaturas salvajes no sabía pedir perdón al impactarse con un adulto, aunque la culpa fuera claramente suya. No importaba: era un placer igual. Sin embargo, no podía dejar de pensar en Cinthia. No es que buscara una distracción nada más: necesitaba olvidarla, sacarla de su sistema, antes de que algo más pasara. O, al menos, intentarlo para decirse a sí mismo luego y sin remordimientos que había tratado de detenerlo. Había muchas niñas: ninguna de su gusto: la mayoría eran obesas y, las que no, estaban vestidas como putitas. ¿Por qué querían parecer mayores, caricaturas de mujeres? El resto eran feas, demasiado flacas, o simplemente sosas.

Se detuvo cerca de una que sostenía en su mano un martillo recubierto de hule espuma y golpeaba los hocicos de los cocodrilos que se asomaban al azar de varias cuevas individuales. La miró bien: la belleza del rostro era fundamental para él. Pero esta tenía ojos de pasita que se perdían en el pudín de chocolate de su cara mofletuda.

Como sucede con los defectos físicos, no vienen solos, sino en paquete. El cuerpo de aquella desgraciada criatura era una bola con tetas de grasa, enfundado en una blusa morada que la hacía parecer una uva gigante montada sobre unas piernas de jamón serrano que las lycras de leopardo no lograban contener. No quiso imaginar cómo sería a la edad de su hermana, por ejemplo. Un monstruo amorfo y gelatinoso. Sintió escalofríos sólo de pensar en eso. Al sentirse observada, la chanchita le sacó la lengua: rosa y gorda, viscosa, como un invertebrado saliendo de su concha. Si es tan fea, al menos debería ser amable, pensó Raymundo.

Se dirigió a una máquina de *House of the dead* y deslizó su tarjeta. Accionó el gatillo y despedazó con facilidad una docena de zombis. ¿Qué voy a hacer contigo, muñequita? Su personaje corrió a refugiarse detrás de los restos de un vehículo destruido. Nadie como tú. Lanzó una granada que hizo volar vísceras y huesos de los caminantes. Eres la más bonita del mundo. Cruzó con dificultad un pantano que le llegaba a la cintura mientras varios muertos intentaban retenerlo con sus manos esqueléticas. Voy a rehabilitar mi sótano. Se arrastró por la orilla, cubierto de fango, hasta que la última mano huesuda lo soltó. Lo dejaré muy lindo sólo para ti. Se puso de pie y corrió hasta un muro, en donde se agazapó antes de disparar a un grupo de zombis que se aproximaba desde el lado contrario. Es mucho trabajo, pero por ti lo haré. Imposible. Lo tenían rodeado. Salió de su escondite y se plantó en medio del escenario. ¿Para qué espero más? Su personaje dejó que los muertos vivientes lo desmembraran, sacaran sus tripas del abdomen y le devoraran el cerebro. No importa. Tú me haces sentir más vivo que nunca.

20 de diciembre, 2013

Se supone que en este lugar todos los días deberían de ser iguales. ¿Cómo fingir que no hay algo distinto con estas fechas? Ya es diciembre y el simple hecho de saber que faltan cinco días para la Navidad me deprime mucho. Sé que mis padres me visitarán y recibiré algunos regalos, pero no será lo mismo. Con frecuencia mi mamá habla de llevarse a la beba por unas semanas, sobre todo en estas fechas porque dice que la cárcel está muy fría.

Yo sé que mis papás querían más hijos, pero después de que su primera hija nació con acondroplasia tuvieron miedo de tener otro enanito. Recuerdo bien un día en que mi mamá hablaba con una amiga en la sala y yo, escondida, escuché sin querer. A pesar de que yo era una niña, me quedó muy claro entonces. Los entiendo. Por eso les hace tanta ilusión tener a mi beba en Navidad con ellos. Sé que tienen razón: ella estaría mejor en la casa. Es sólo que tengo miedo de quedarme sola. No sé si pueda con eso. Las compañeras son buenas conmigo, no puedo negarlo. Con todo, estamos aquí forzadas a compartir un espacio y tratamos de hacer la vida llevadera, aunque al final yo sé que si para salir de este lugar tuvieran que matarme, lo harían sin pensarlo dos veces. No soy tonta. El hecho de tener a la beba conmigo me da cierta protección, inmunidad. O quizá le tengo miedo a no tener en qué centrar mi atención. Me matarían mis pensamientos.

No sé qué me pasa. Aunque nunca he sido supersticiosa, de un tiempo acá siento como si alguien me observara, una presencia, algo invisible y al mismo tiempo casi palpable. Hay días en que estoy muy acalorada, y parece que soy la única. Estamos en invierno. Ando sin paciencia, siempre al borde de explotar, pero me contengo. En una pelea una enana lleva las de perder. ¿De dónde me sale este malhumor? Yo no era así. Los ruidos, aunque sean unos ruiditos inocuos, como pasos o murmullos, me exaltan los nervios. Será que duermo muy poco. Creo que lo que más me pudre es tener la misma pesadilla noche tras noche. No me deja descansar. Es como si el sueño sobrevolara la celda, como niebla, esperando a que yo me acueste y cierre los ojos. Entonces puf, se deja caer sobre mí y me jala de los pies, hasta que estoy soñando otra vez lo mismo.

¿Serán las cosas que he leído? Una de las custodias nos consigue periódicos. No sé si por buena gente, o al contrario, porque quiere torturarme al hacerme saber ciertas cosas. No debería leerlos, la psicóloga y el abogado dicen que yo no debería estarme enterando de cosas por los periódicos, que todo lo cambian, que publican las

mentiras que les hagan vender más. Pero las muchachas se entretienen mucho con la sección de espectáculos y los horóscopos. Las más estudiadas hacen el crucigrama o el sudoku. La semana pasada nos trajeron varios diarios y como yo estaba aburrída, me puse a hojearlos. Pasé la nota roja por encimita, incluso la sección de deportes y la de finanzas.

No puse mucha atención hasta que llegué a un suplemento que meten los domingos. El tema eran los violadores. No pude más que leer. Había una introducción que decía que la mayoría de los abusos sexuales ocurrían en casa, perpetuados por gente cercana a la víctima. En el caso de los niños eran los tíos, familiares, maestros, entrenadores, sacerdotes. En el caso de las mujeres, conocidos, amigos, compañeros de trabajo. Luego venía una serie de historias de violadores. La primera era sobre un hombre que por años había estado espionando a mujeres. En especial a las de los edificios de departamentos frente al suyo, que con frecuencia dejaban las cortinas un poco abiertas. También caminaba por las calles en la noche, pegado a las casas, en busca de ventanas que le permitieran ver algo, o se escabullía entre los árboles, en los parques, para ver a las parejas besarse en las bancas. Mientras veía, se masturbaba. Algunas veces lo sorprendían, lo insultaban y él salía corriendo sin más consecuencia que la interrupción de su placer. Hasta que un día, de la nada, al espiar a una mujer que veía la televisión en su sala, decidió entrar y violarla. Sólo faltaba que se atreviera a actuar: desde entonces había violado a casi treinta mujeres. De no haber sido capturado, no se habría detenido nunca. Al salir de la cárcel repetiría sus acciones. ¿Qué tenía por dentro que lo hacía actuar así?

Mi interés por la nota es obvio, pues me he preguntado tantas veces lo mismo sobre Raymundo. Di la vuelta a la página y me topé con algo que me dejó la sangre fría. Había una foto con la cara de una niña: piel morena clara, pelo negro, cejas gruesas. Parecía que era de una credencial, porque tenía el cabello jalado hacia atrás en una coleta, las orejas visibles, y una expresión seria, impuesta. Debajo se enunciaba su nombre: Norma Portugal Bautista. Había otras imágenes: en una se podía reconocer a un oficial de policía, en otra a los padres, y en la última se apreciaba un bulto cubierto con retazos de tela. Si uno se fijaba bien podía descubrir cierta forma humana: bocabajo, con lo que sería la cabeza cubierta por una plasta oscura de cabellos en desorden. Una muñeca desmadrada. Piernas y brazos sucios de tierra o sangre, imposible saber. El artículo explicaba que habían encontrado el cadáver en estado de descomposición, en la sierra, en un lugar apartado de la carretera. Unos gringos deportistas en sus bicis de montaña se toparon con el «macabro hallazgo». Se especulaba que Raymundo Betancourt era responsable también de este crimen, pero no había evidencias hasta ahora que lo vincularan con el homicidio.

Eso no era nuevo para mí: el abogado ya me lo había comentado. Claro que no era lo mismo escucharlo como un rumor que ver la foto del pequeño cadáver tirado sobre las agujas de pino en el suelo de la sierra. Leer el nombre de la víctima en el

mismo párrafo que el de mi novio. Algo helado me recorrió la espalda. No él. Por favor no. Que no sea él. Debe ser un error.

Ese día en la noche soñé que era yo la mujer que miraba televisión. Aunque en el sueño no era enana, no había duda de que era yo. Escuché un ruido, me acerqué a la ventana y vi a un hombre masturbándose. No sé por qué razón yo salía de la casa para perseguirlo. Corríamos y corríamos en medio de la noche. Era una sensación no del todo desagradable: mis piernas eran largas y podía avanzar mucho con cada paso. Yo era la que realizaba la persecución: había placer en eso. En cierto momento me di cuenta de que estábamos en la sierra. Todo estaba oscuro, excepto por la poca luz que proyectaban la luna y las estrellas. Yo perdí de vista al hombre, pero podía escuchar sus pasos. Me moví hacia el ruido. Una mariposa negra, de esas que me aterran, pasó volando y a medida que se acercaba a mí aumentaba de tamaño. Tenía un cuerpo gordo, peludo y esas alas como de carbón con manchas cafés. En lugar de la cabeza normal de las mariposas, tenía el rostro de Raymundo. Corrí para huir de aquella monstruosidad y de pronto yo era enana otra vez, con mis piernitas cortas y gruesas, que no me dejaban alejarme lo suficiente. Tropecé y caí hacia delante, no sobre el piso, sino sobre el cadáver de Norma. No sé cómo sabía que era ella, pero lo sabía, porque en el sueño pensaba: ¡encontré a la niña perdida! Sólo veía la parte posterior del cuerpo, así que lo volteé y al hacerlo vi que su rostro no era el de Norma, sino el de Cinthia. Estaba muerta y me decía: Ayúdame, yo sé que tú eres buena. Yo me levantaba y me iba corriendo sin saber qué contestarle; luego escuchaba un llanto muy conocido, me daba la vuelta y ya no era ella, sino mi nena. Gritaba con todas mis fuerzas sin poder moverme porque estaba muerta también.

En ese momento me desperté. Empapada en sudor y con el corazón muy agitado. Mi hija lloraba en realidad; la tomé en mis brazos y me solté a llorar también. No me pude dormir porque estaba segura de que volvería a soñar lo mismo. Y así ha sido. Casi todas las noches aquella secuencia se repite. Tengo miedo. Por eso no quiero que mi mamá se lleve a mi chiquita en Navidad. ¿Qué voy a hacer si tengo ese sueño y ella no está allí cuando me despierte?

Creo que todos somos simples insectos, vivimos un rato y luego morimos y eso es todo. No hay misericordia en las cosas. Ni siquiera existe un Más Allá. No hay nada.

John Fowles, El coleccionista

Un bosque irreal, algo intermedio entre una caricatura y una pesadilla. Animales, conejos y venados que se ven raros de una manera indefinible. Raymundo no sabría decir por qué, pero desconfía de la forma en la que lo miran. Es como si supieran algo. Cinthia, sentada en las piernas de él, echa los bracitos alrededor de su cuello y lo besa en la boca. Se arremolina sobre él; riendo, coqueta, frota sus nalguitas contra la entrepierna de Raymundo. Platica mil cosas que él no escucha porque siente que su verga se ensancha bajo su cuerpo de ninfa. De repente se vuelve gigantesca, como la planta del cuento de «Jack y los frijoles mágicos». La cara de la niña pasa del romanticismo al terror. Comienza a trepar por su miembro, ahora con pequeños brotes y retoños que ella usa para apoyarse. Está huyendo. Se aleja con rapidez. Los animales desaparecen también. ¿Pero de quién huye: de él o del ogro?

Se despertó y sólo percibió la oscuridad. Por unos instantes lo invadió el vértigo de no saber en dónde se encontraba. Su corazón se saltó latidos, algo parecido a caer de pronto en un vado a alta velocidad. Tras unos segundos le llegó la certeza de que estaba en casa y se relajó. El reloj en el buró marcaba las tres de la mañana con diecinueve minutos. Tenía la boca seca y con mal sabor. Estaba muy excitado. Volvió a cerrar los ojos y trató de aferrarse a la sensación exquisita de los labios húmedos de Cinthia; sin embargo, la imagen se difuminó en el mundo real, los ruidos que invadían sus sentidos poco a poco: vehículos atravesando a toda velocidad las avenidas desiertas, un concierto de grillos, el ronroneo del refrigerador, melodramas de gatos en la lejanía. Lo único que volvía era la mirada aterrorizada de ella. No tenía por qué ser así. Ya que estés aquí, mi muñequita, cualquier forma de contacto físico será propiciada por ti. Es una promesa. No te invitaré a sentarte en mi regazo para leerte un cuento y tocarte, pero si tú quieres acurrucarte allí, decirme que lejos de la arpía de pelos rojos estás mucho mejor y besarme agradecida, no seré yo quien te impida la expresión de tus sentimientos más naturales. Porque los tendrá, como todas las niñas. Sólo haría falta que se alinearan una serie de factores y ese deseo afloraría con libertad.

Sentado en la orilla de la cama, Raymundo acarició su miembro sin pensar, como si se rascara la cabeza. A esas alturas de la vida se conocía bien: existía una alta probabilidad de que no lograra conciliar el sueño tras haberse despertado. Se dirigió a la cocina, pisando fuerte como el ogro del cuento infantil, sirvió Cheerios en un plato hondo, los inundó con leche y comió de pie frente al fregadero. Miró a través de la

ventana para entretenerse, pero a esa hora no había nada que ver. Isidro se había despertado también y lo observaba con insistencia, moviendo la cola, esperanzado en que cayera del cielo una ruedita de avena, como un salvavidas en miniatura.

Terminó de comer y dejó el plato en el suelo para que el perro se bebiera la leche. Raymundo salió de la cocina y abrió la puerta del clóset de servicio. Adentro había una escoba de plástico y otra de vara, un trapeador, dos cubetas, varias franelas y productos de limpieza. Había también un armario que albergaba herramientas sueltas, líquido para pisos, veneno para ratas, latas de insecticida, un plumero, ácido muriático, frascos con clavos, tornillos y rondanas. El olor a ferretería, uno de sus favoritos, le arrancó una sonrisa. Se acercó a una puerta de madera muy delgada que se perdía en la pared, pintada con el mismo color beige del muro. En lugar de perilla, tenía un hueco redondo del que se podía jalar introduciendo un dedo. Levantó con cuidado el armario y lo depositó tras él. Metió su índice en el hoyo y jaló hacia sí el rectángulo de triplay. Ante él apareció otra puerta, más pequeña, de acero y con diez centímetros de espesor, con una chapa de cinco pernos anchos que se movían con una llave grande y cilíndrica. Tuvo que agacharse para entrar y bajó por una escalera angosta. Un ligero olor a moho y humedad le saltó al llegar al sótano. No será problema cuando instale el nuevo extractor de aire y el sistema de filtrado, se dijo en voz alta.

Allí estaba: apenas dos por cuatro metros cuadrados, pero con un buen diseño de muebles y utilizando la altura de casi tres metros se le podía sacar mucho provecho. No es que Raymundo quisiera escatimar, sino que la construcción especial que necesitaba lo obligaría a sacrificar espacio. En rigor se trataba de un cuarto dentro de otro. Había una gruesa pared de tabique exterior, de cincuenta centímetros de ancho y después estaban los muros de madera gruesa del sótano en sí. Entre ambos existía un espacio que había rellenado con neopreno de alta densidad para amortiguar cualquier sonido. Las paredes internas también estaban recubiertas de neopreno y de una lana mineral, un doble aislamiento a prueba de sonido. El piso tenía una alfombra montada sobre tapetes antirruído. En verdad no había forma de que nadie, incluso estando en su misma casa, escuchara algo proveniente del sótano. Se le vino a la mente el eslogan de *Alien*, una de sus películas favoritas: «En el espacio nadie puede escuchar tus gritos». Si alguien le preguntara respondería orgulloso que en el sótano construido por él, tampoco.

Aunque lo técnico estaba en orden, la decoración dejaba mucho que desear. Faltaba prácticamente todo. Con Normita había sido muy torpe, tuvo que admitir. Sólo había construido el cuarto y no había pensado en nada más. La verdad, no esperaba retenerla por mucho tiempo. Se había dejado arrastrar por el impulso de poseerla y no planeó como debió haberlo hecho. No fue cuidadoso y, en consecuencia, todo se volvió un desastre: las televisoras, los periódicos, los pósters con su foto en la calle, en la central camionera, en las tiendas de conveniencia. La policía, presionada por la opinión pública para producir resultados, se había tenido

que mover. Él, mientras tanto, se había vuelto un manojito de nervios. No hay razón, se repetía entonces, pero aun así empezó a caminar con miedo, seguro de que alguien lo rastrea. Sus días se transformaron en pura angustia y paranoia. Le había subido la presión y le habían salido ojeras dignas de un beduino. Le dio por beber mucho más de lo acostumbrado, de pie, adentro del clóset de servicio, debatiéndose entre ir con ella nuevamente o no hacerlo...

Ahora que lo consideraba desde el presente es probable que hubiera sido mejor dejarla en paz. Algo salió muy mal: o bien ella había sido muy pequeña o él demasiado rudo. Cada vez que lo veía entrar, la chiquilla gritaba como un perro herido y se aconchaba, en cuclillas, en una de las esquinas, temblando. El cuarto apestaba. A pesar de que había un escusado, un lavabo, un par de toallas y jabón, no se aseaba nunca. Permanecía meada, cagada, vomitada, hecha todo un asco. Peor que una de esas niñas indigentes que mendigan en las calles. Se había vuelto una especie de animal salvaje. Lo mordía y él tenía que golpearla. No le dejaba otra opción. Eso la hacía chillar con más fuerza, hasta que se ponía morada y perdía la voz. Era una pesadilla.

Raymundo tocó la pared y la recorrió con las yemas de los dedos. Recuerda que había manchas de sangre por todo el cuarto. ¿Permanecerían las moléculas de la niña en este lugar? ¿Quizá su espíritu atrapado? Porque lo peor había sido el sangrado de Normita: todo se complicó desde ese momento. Aunque había alimentado la intención de liberarla en algún lugar lejano para que alguien la encontrara, la niña y su mala actitud se lo impidieron. Él había tenido que atizarle varios golpes para que se callara. Aún respiraba cuando la metió en aquel tambo azul de doscientos litros que con mucho trabajo subió a la caja de su camioneta. No le había hecho ningún orificio a la tapa metálica esperando que la falta de oxígeno terminara por tranquilizarla. Pero no: esa niña estaba dispuesta a hacerle la vida imposible, porque despertó y se puso a dar alaridos, obligando a Raymundo a detenerse más allá de Canatlán y usar un arma de fuego por primera vez en su vida. Él no hubiera querido, pero no le dio más opción.

La enterró allí mismo, no muy profundo, porque en esos días andaba mal de la espalda. La faena había sido sólo por tradición: podría haberla dejado a la intemperie y no hubiera sido un problema. Nadie pasaba por allí. Los coyotes vendrían primero y, al final, los zopilotes. Estuvo comprando los periódicos más importantes durante seis meses. Nunca se encontró el cuerpo, ni siquiera la bala de 9 mm, y el ímpetu de búsqueda de las autoridades y la familia se detuvo más pronto de lo que él hubiera esperado. Considerando todos los errores que cometió, había corrido con mucha suerte.

Raymundo tuvo pesadillas por días. Se levantaba pensando que matarla debió ser sólo un sueño, porque él jamás podría matar a nadie. No era su estilo. ¿Pero no se decía eso mismo cada asesino antes de su primera víctima? No, no. No podía ser lo mismo. Lo de Normita fue un accidente producto de la presión de la policía, de la

mala actitud de la criatura, del sangrado. En cualquier caso, no era una experiencia que quisiera repetir. Sin embargo, al ver a Cinthia se cuestionó esa noción. Quizá sólo habría que mejorar el método, el sótano, tomar ciertas precauciones. Aprende de tus errores, repetía su madre al verlo caer de la bicicleta y llorar por los raspones en las rodillas y manos.

Ahora, en cambio, tenía un plan. No era precisamente original; tampoco se trataba de un plagio. Más bien se podría decir que se había inspirado en el lugar en el que estuvo viviendo Natascha Kampusch. Lo tenía bien visualizado: construiría una cama elevada, de la altura de una litera y con espacio libre debajo, como una especie de tapanco, con una escalera a los pies. En el espacio libre habría un escritorio con su silla, una pequeña alacena para guardar víveres, una cómoda para la ropa y sostener la televisión, un librero y un cofre para juguetes. Usaría madera tratada contra termitas, en color rosa y blanco. Sábanas apropiadas para su edad, almohadones, lámpara en el buró. Tendría todos los libros infantiles, colores, cuadernos para colorear, muñecas, rompecabezas y películas que cualquier niño pudiera desear. Usaría el espacio junto al escusado para una regadera con cancel; sería algo muy reducido, tanto que un adulto no cabría allí. Igual, no estaba en sus planes guardar a ninguna mujer.

Para evitar los errores del pasado, primeramente hablaría con Cinthia. No hay mejor estrategia contra los problemas que la comunicación efectiva. Una buena plática como la que un padre estricto le da a su adolescente. Se la iría ganando. La consentiría mucho, sí, pero no estaría de más que ella estuviera al tanto de lo que le sucedió a la que estuvo allí antes que ella. Raymundo era un optimista y estaba seguro de que se puede aprender una lección en cabeza ajena. O poner las barbas a remojar al ver que al vecino... Como fuera: la idea sería prevenirla para que no se le ocurriera tener la misma actitud que su predecesora. A ella sólo le tocaría hacer esa parte; el resto estaría en manos de él: la remodelación, la construcción de los muebles, la compra de todas las cosas necesarias, y planear la abducción a detalle. Isidro Labrador sería una herramienta clave. Ningún niño se resiste a un perro, excepto los mimados o con algún tipo de problema mental, en cuyo caso, era mejor ni acercarse a ellos. Para un chico normal, un perro era la mejor carnada. No sería el primero en usar un método así: no se trataba de ser original, sino efectivo.

Sí, todo sería distinto esta vez: existía también la variable de Aimeé. No sólo le evitaría la monserga de la limpieza, alimentación y cuidado general de la niña, sino que sería alguien que le pudiera hacer compañía. Quizás ambas desarrollaran algún lazo afectivo. Todo eso sería muy útil. Y quién sabe: si se portaba bien, tal vez pueda conservarla por más tiempo, como Priklopil a la Kampusch. Aunque claro, siempre estaría el detalle de que crecería y se convertiría en un ser indeseable para él. Pero se estaba adelantando: no había que hacer castillos en el aire ni tampoco preocuparse por problemas que todavía no lo eran.

Regresó a su cuarto y se puso su ropa de trabajo. Fue por sus herramientas de

carpintería y la madera que recién compró, e introdujo todo al sótano despacio y con cuidado para no lastimarse la espalda. Manos a la obra. Aún no amanecía, pero la energía lo llenaba por completo. Silbó la tonada de los enanos de Blancanieves mientras trabajan en la mina.

Carta

17 de enero, 2014

Raymundo,

Si tú crees que la tienes difícil allá, quiero que sepas que mi situación aquí tampoco es miel sobre hojuelas. Sé que me culpas por esto, pero tienes que aceptar que lo que pasó es consecuencia de tus actos. Si tú no hubieras hecho lo que hiciste, todos estaríamos libres y felices. Y mi hija, que también es tu hija, no se te olvide, sería una niña normal, no una reclusa.

La verdad ya me cansé de escribirte sin tener respuesta. Ahora que lo pienso, yo debería ser la ofendida y no tú. La psicóloga me dice que lo único que hiciste fue mentirme y usarme para tus propósitos. Comienzo a creer que todos los que me hablan de ti tienen razón. La prueba es que como ya no soy útil para ti, te olvidas de mí. De la beba, ni hablar: es como si no existiera.

Yo, en cambio, no puedo sacarte de mi mente. A pesar de todo. ¿Por qué será que en el encierro la mente se libera? Hace lo que quiere. Se desata. Es imposible controlarla. Yo sueño hasta despierta con eso. A veces llego a soñar cosas lindas que luego se transforman en ese terror de la certeza, o la tortura del purgatorio, lleno de dudas, sin saber qué creer, qué hacer.

¿Sabes?, quisiera dejar de escribirte estas cartas, pero no puedo. No sé por qué es así. Estoy casi segura de que mis cartas van directo a tu bote de basura y no hay forma de saber si las hojeas antes. ¿Qué tal si yo hablara de las cosas más como fueron en realidad, sin ocultar nada? Como dicen por allí, la verdad no peca, pero incomoda. Y a ti qué más te da si eres un ingrato.

¿Qué te parecería, eh? A lo mejor mientras escribo mi mente comenzará a recordar algunos de los detalles que no le dije a la policía ni al abogado ni a la psicóloga. No creo que eso perjudicara a nadie, ¿verdad? Al cabo nadie, ni siquiera tú, lee las líneas que la estúpida enana escribe. Es como lanzar un mensaje en una botella al mar. Y quién sabe, tal vez me hace bien sacar de mi pecho lo que he tenido atorado estos meses, estos sentimientos encontrados que me están matando. No exagero. Desearía tener alguna señal tuya, por pequeña que fuera, saber que piensas en mí, quitando todo el horror y lo sucedido, que sigo en tu corazón porque alguna vez sentiste algo por mí. Necesito saber que fui más que una herramienta para tus planes. Así podría decirme a mí misma que me equivoqué, pero que sí fui correspondida. Eso al menos me quitaría una capa de humillación de las tantas que me cubren.

Ahora mismo todo es posible: podría caer de nuevo en tus brazos, enamorada como antes, o podría odiarte con toda mi alma y hacer lo que esté de mi parte para que te encierren y que te pudras pensando en las cosas atroces que hiciste y en que tu hija vive en un mundo más seguro porque tú ya no estás en él.

Ay, estoy llorando. En un segundo pienso y siento algo, y al siguiente todo lo opuesto. Voy a volverme loca. ¿Por qué, por qué tuviste que hacer eso? Mi vida se fue al carajo desde que la trajiste. Pasé de ser la mujer de la casa a ser la cuidadora de esa chiquilla. Eso también me está matando. ¿La debo odiar, o sentir pena por ella? Yo sé que no tiene la culpa de nada, que fue una víctima, pero yo no podía evitar unos celos terribles cuando te le acercabas. Cuando me hablabas de ella se te iluminaban los ojos. En esos momentos yo hubiera querido lastimarla, dejarla morir de hambre en el sótano, asfixiarla. Yo temblaba de celos, me encerraba en el baño, abría la regadera y me ponía a aullar bajo el chorro del agua. Pero si yo trataba bien a la niña, tú te volvías muy cariñoso conmigo y me lo agradecías con besos, con tu cara encendida de felicidad. Me tenías como a Isidro, entrenada para mover la cola a cambio de un premio.

Porque te quiero, Raymundo. Tienes que entender que yo estaba entre la espada y la pared, que lo que esperabas de mí era demasiado para cualquier mujer. Una quiere ser la única en la vida del hombre que ama. Ser el centro de todos sus pensamientos, de sus actos, de sus sueños. Una quiere todo. ¿Soy culpable por eso? Yo había pasado sola toda mi vida, rechazada por el mundo; de pronto encontré el amor en ti, nos mudamos juntos, todo era felicidad, luna de miel. Pero apareció esa chiquilla que te tenía hipnotizado. Me pediste de rodillas que te ayudara a cuidarla. Me vendiste la historia del abuso infantil en su propia casa y cómo tú la habías rescatado de eso. Que no confiabas en la policía o en el DIF porque regresan a los pobres niños con la familia abusiva y les va todavía peor. A veces los matan a golpes apenas regresan por haberlos acusado. Eso tenía sentido. En este país así son las cosas. ¿Por qué iba a desconfiar de ti si habías sido tan bueno conmigo?

Todavía recuerdo la escena: yo estaba en el sofá, viendo la tele, y te sentaste a mi lado. Tomándome de la mano, me sonreíste antes de hablar. ¿Me amas? Yo tragué saliva. Me emocioné mucho. Pensé que ibas a proponerme matrimonio. Fui una estúpida, lo sé, pero ahora puedo ser sincera y confesarte que sí lo pensé. A lo mejor he visto demasiadas películas cursis. Claro que te amo, te dije. Me besaste: ¿Harías lo que fuera por mí? Tú sabes que sí, dije con tus labios sobre los míos. ¿Qué otra cosa te iba a decir? Es que ella está aquí. Enunciaste las palabras despacio, con cautela. ¿Quién? Por un momento no supe de qué me hablabas. Abajo, en el sótano...

El primer shock fue descubrir ese lugar. Escondido, con tanta seguridad. Pero tú tenías una respuesta para todo: un refugio antinuclear. Por eso la puerta es tan gruesa, me explicaste. De niño habías visto la película de *Un día después* y desde entonces desarrollaste una fobia por el holocausto nuclear. En Estados Unidos es muy común tener un refugio así, dijiste. Residuos de la Guerra Fría. En cambio en México nunca

prevenimos. Cuando llegue el desastre, nosotros estaremos seguros y los demás morirán. Nosotros. Me incluiste. Yo, contigo. Sentí que el cuerpo entero se me llenaba de amor. Sacaste una llave diferente a las normales y abriste la puerta. Y si era un refugio, ¿por qué la decoración de Hello Kitty? Aquello era un sueño de habitación infantil. La cama preciosa, de madera, con la colcha de cuadros rosas y blancos, colgando desde arriba. El escritorio con sus botes de lápices de colores, plumones, una lámpara con la forma de la gatita, la silla con un cojín color de rosa también. El librero repleto de libros, una pantalla plana, reproductor de DVD, una alacena con golosinas. Era hermoso. Daban ganas de vivir allí, sí. ¿Por qué el refugio parece un cuarto de niña?, te pregunté.

Era la habitación de Susy, dijiste. Tu cara se puso sombría de pronto. Mi hija era todo para mí. Quería protegerla y ya ves lo que pasó. Eres tan buen actor. Ahora sé que nunca has tenido ninguna hija. Pero en ese momento te soltaste a llorar y yo no pude más que abrazarte. Tú puedes ayudarme a cuidarla, dijiste entregándome una argolla con una llave idéntica a la que usaste para la puerta. Hiciste una seña con la cabeza hacia el rincón junto al librero. Te espero afuera. Dile que aquí va a estar segura. Me empujaste ligeramente. La puerta se cerró tras de mí, pero yo podía sentir tu presencia del otro lado. ¿A que no sabes lo que pasó allí adentro...?

Yo la conozco, fue lo primero que pensé al verla. Claro, era una de las niñas de la natación. Recuerdo que me pregunté si de veras sufriría abuso en casa. Siempre se veía muy alegre en la clase y la mamá aparentaba ser muy cariñosa. Pero nunca se sabe. Hay gente que tiene una fachada perfecta para el mundo y nadie sospecha. Dímelo a mí.

Tengo que concederle que era muy bonita, a pesar de los ojos rojos y la cara hinchada por tanto llorar. Tenía lastimada la boca y había huellas oscuras de pegamento en donde estuvo la cinta gris que obviamente le pusiste. Alrededor de sus muñecas y tobillos vi marcas de color púrpura. ¿La ataste como a una ternera?, te pregunté en la noche. Tuve que hacerlo, por su bien, para poder salvarla. Y en ese momento tu respuesta me pareció lógica, o a lo mejor no la quise analizar demasiado. Tenía mucho trabajo por delante. Ella me miraba azorada. Supongo que nadie espera ver a alguien como yo en una situación así. Seguro pensó: primero me secuestran y ahora sale una enana de circo. Como un sueño loco. Estaba hecha un ovillo en el rincón y me hizo pensar en un cachorrito de la calle. Tardé en ganarme su confianza, pero al final pude hacerlo. Ven, no te voy a hacer nada, le dije extendiendo mi mano en su dirección. ¿Qué te va a pasar si estás más alta que yo? Eso le picó la curiosidad porque se acercó a mí en cuatro patas y fue desdoblándose poco a poco hasta que se puso de pie y se midió conmigo. Estamos iguales, dijo rasando nuestras cabezas con su mano. Tú eres la de Delfines, ¿verdad? Asentí tratando de no mostrar ninguna expresión. ¿A qué horas voy a ver los cachorritos? Ya me quiero ir a mi casa.

Las lágrimas se me atoraron en la garganta. Le dije que iba a traerle el almuerzo y algo para que no le dolieran sus heridas. Regresé con una charola con suficiente para

las dos: la encontré revisando el cofre de los juguetes. Pusimos la película de *Monsters Inc.* y comimos juntas macarrones con queso, pollo empanizado, agua de limón y de postre, gelatina. Parecía estar entrando en confianza, pero no. De pronto volvió a lo mismo: ¿Cuándo me voy a ir de aquí? Quiero a mi mami. ¿Va a venir el señor? Me da mucho miedo. ¿Por qué estoy aquí? Yo no me he portado mal. ¿Tú quién eres? ¿Eres mala o buena?

No supe qué contestar. Sentía como si esas preguntas fueran piedras que me caían sobre la cabeza. Me salí porque no podía seguir allí. Tú me aleccionaste: tenía que decirle la verdad. ¿Y cuál era la verdad según tú? La tuya, porque en esos días yo te creía aún. Decías que estaba allí para que no siguiera en su casa, en donde la maltrataban y su madre no la cuidaba. Pero ella dijo que su mamá era muy cariñosa. Es que los niños víctimas de abuso lo niegan para esconder su vergüenza, o tienen miedo de decir lo que está pasando porque el abusador los tiene amenazados de muerte. Dale tiempo, dijiste cuando te comenté lo que la niña me había dicho. Sé cariñosa con ella, no sabes cuánto lo necesita.

Y tú fuiste cariñoso conmigo. Esa noche me hiciste el amor y me sentí la mujer más amada del mundo. No lo hacíamos con la frecuencia que yo hubiera querido, así que para mí aquello fue un premio. Recuerdo que me quedé dormida con la paz del orgasmo y dejé de pensar en la nueva realidad... Ahora parece un sueño, o una pesadilla, no sé. La memoria me asalta y hay días en los que todo vuelve a mí como si lo viviera otra vez. ¿A ti no te pasa igual? Te extraño. Perdón porque al principio dije cosas feas, pero estaba muy enojada contigo. ¿Por qué no me escribes? Me siento tan sola aquí. No importa que tenga a la beba, a mis amigas, o las visitas de mi familia. Te extraño.

Ya es tarde. Te estoy escribiendo de madrugada. Mejor me duermo porque si no, mañana andaré como zombi. Ojalá que las cosas estén bien por allá. ¿Qué te dice tu abogado? Ojalá me contaras...

Te quiere,

Tu Aimeé

No es el engaño. Es el hambre de una alternativa. El no querer aceptar la infelicidad.

Tom Perrotta, Niños pequeños

Raymundo llegó temprano al parque Guadiana: dos horas antes de la hora acostumbrada por la madre de Cinthia. El aire fresco levantaba los vellos de su antebrazo y se estremeció por unos segundos; estaba alerta, tenso, más vivo que en los últimos años. Había repasado el plan de manera incesante por días y días. Se había estacionado en lo que le parecía el lugar perfecto: cobijado por la esquina de una calle perpendicular al parque, pero a unos cuantos metros de donde le gustaba patinar a su amor.

Durante casi tres meses, había ido a ese lugar cada fin de semana. Al principio, disfrazado de diferentes personajes: un gordito que pasa trotando vestido con shorts y playera deportiva, un oficinista de pantalón oscuro, camisa blanca y maletín, un trabajador que camina cansado junto a su bicicleta, un tío que pasea comiendo frituras con su par de sobrinos, un señor con sombrero y barba que lee el periódico en una banca y bebe café. Así había podido tomar nota mental de todas las actividades, horarios, rutinas de los personajes recurrentes en el parque y de su objetivo. Con excepción de un sábado que se juntó con un día de asueto, la madre y su hija habían acudido más o menos a la misma hora para hacer básicamente lo mismo. Cinthia, sin falta, patinaba y se subía a los juegos. La madre se enganchaba en largas pláticas con otras de su misma especie que también llevaban a sus críos; entre ellas, una gordezuela teñida de rubia y con una gorra rosa de Mary Kay, que traía catálogos e intentaba levantarles un pedido de sus productos siempre que las veía. Antes de irse, la madre le compraba a su hija helado o un refresco en el kiosco.

Con las rutinas bien documentadas, Raymundo había introducido la variable de su presencia en la ecuación. Las últimas tres semanas se había hecho acompañar de Isidro Labrador. Paseaba con él por todo el parque y, poco antes de irse, se dirigía a la pista de patinar y compraba un elote a un anciano que solía poner su puesto en el mismo lugar. Desde la primera vez que llevó al perro, Cinthia se había fijado en el animal y sonreído; luego se alejó hacia los juegos como si nada. Mientras sucedía este intercambio fugaz, inocente, él nunca perdió de vista a la madre, que platicaba con alguna congénere o se volcaba en su teléfono celular, probablemente jugando Candy Crush o alguna estupidez semejante. Daba por hecho que el parque era seguro y que su mera presencia allí era suficiente para que su niña estuviera fuera de peligro. Aunque lo más probable es que no pensara nada, cabeza de betabel.

Raymundo se reclinó sobre la reja que rodeaba el lago de los patos, abrió su caja de Altoids de canela e introdujo a su boca un puñado de pastillas. Desde donde estaba podía ver la isla en medio del lago, con dos casas pequeñas de las que salían y

entraban patos de varios tipos. Una parvada de gansos se mantenía aislada en una de las orillas. La isla era también un embarcadero: las aves se introducían discretas al agua y nadaban hasta los jardines en el perímetro del lago. Avanzaban en pandillas, leyendo los movimientos de la gente. Eso, o tenían un mejor olfato que los perros, porque se plantaron frente a él exigiéndole, como si alguien les hubiera dicho que el gordito de la gorra tenía algo para ellos. Él sonrió y abrió la bolsa de papel estraza para sacar un bolillo. En lugar de separar el pan en democráticos pedazos, se los lanzó completo: los patos se le lanzaron encima como niños sobre una piñata rota. Picotazos, aleteos bruscos, plumas voladoras, graznidos: los más violentos se quedaron con la mayor parte. Una maqueta de la humanidad. Miró su reloj. Todavía no. Compró un refresco y fue a sentarse a una banca.

Todo estaba listo al fin. Lo que otros llamaban su obsesión con el orden, y que para él era simplemente hacer bien las cosas, había dado sus frutos. Planear, organizar el tiempo, aplicarse. Pensó en lo que solía decir una tía suya, una mujer con doctorado y siempre encaramada en puestos públicos bien remunerados: en México para triunfar sólo hay que ser menos idiota que el promedio, saber inglés y trabajar más que cualquiera. Ser disciplinado y constante. Por eso Pancho Villa era Pancho Villa. En un país como este, la brecha entre los exitosos y los mediocres es muy amplia, pero paradójicamente es muy fácil pasar de un lado a otro. Él no era ningún genio, pensaba, pero sin duda su coeficiente era mucho más alto que el del promedio. De niño fue el típico alumno que sin estudiar sacaba calificaciones casi perfectas en los exámenes recordando sólo las lecciones dentro del salón de clases. Siempre había tenido facilidad y un gusto enorme por las actividades que obligaban a usar las manos. Desde muy joven había sido muy hábil para la carpintería y la mecánica, como aprendiz de sus dos abuelos. Era alguien capaz de disfrutar de la minuciosidad de las tareas más diversas. Te gusta la talacha, decía su madre. No había sido difícil escoger una profesión que conjugara un poco de todo: ingeniero civil.

El ruido lo sacó de sus ensoñaciones. Familias enteras que habían venido a pasear al parque caminaban en rebaño, alrededor del lago, lentos, vacunos: señoras obesas empujando cochecitos para bebés, niños en triciclo, señores que miraban las nalgas de las sobrinas o hijas adolescentes. El aire se convirtió en una combinación del olor a excremento de pato, el agua semiestancada del lago, los puestos de comida frita y el aroma de los eucaliptos, pinos y la tierra mojada por la lluvia de ayer. Raymundo respiró y amó la sensación que estos olores provocaron en su cerebro. Desde que apareció Cinthia en su vida, todo era mejor. Arriba, el cielo perfectamente azul parecía decirle que su plan resultaría bien. Azul Hollywood número uno, el preferido para los Westerns. El sol lo cegó y por un instante su visión se volvió negra, pasó a brillante, un eclipse, luego nula. En esa fracción de segundo dejó de ser humano; las sensaciones que percibía bien podrían haberle pertenecido a cualquier otra criatura. Sus ojos se ajustaron. Volvió a mirar la hora en su reloj: se puso los lentes oscuros y acomodó su gorra de beisbolista antes de llamar a su novia para cancelar el

compromiso de la tarde. Ni siquiera recordaba qué habían acordado: ¿cine, cena con los padres de ella, un concierto, un trago con un par de amigas y sus galanes respectivos? Para él todo era lo mismo: algo que tenía que hacer con resignación. El aceite de hígado de bacalao de su vida adulta.

Escuchó la voz de la enana al otro lado de la línea. Sin muchos rodeos, Raymundo le informó que no asistiría. Ella sonó triste, pero no le reprochó nada. Sabía que no quería presionarlo, exigirle demasiado y correr el riesgo de que él se alejara. Sólo preguntó por qué. Un cliente molesto por unas goteras, dijo él con un tono de fastidio. Movi6 su peso de una pierna a la otra. Mentir le incomodaba: aunque nada más se tratara de ella, no podía con el pensamiento de que se pudiera siquiera sospechar que él hacía mal su trabajo. Él no era así, mediocre y descuidado. Por eso se sintió obligado a explicar. Nunca se sabe si un techo quedó bien hasta las primeras lluvias, dijo. Ella respondió que entendía, muy bajo, apenas un murmullo. Nada grave, pero hay que remediarlo ahora, cortó Raymundo. Cambió el tono y agregó que más tarde tenía algo importante que hacer, que ya le contaría después. Aimeé mencionó algo sobre ya tener adelantada la cena en la casa, pero él la interrumpió: ¿Quién es mi chaparra hermosa? Ella rio, juguetona. Un delfín que no se entera que está en la misma red con los atunes. Eres la mejor de todas las mujeres con las que he estado, le aseguró. Y era verdad. Prometió que la recompensaría pronto. La enana volvió a reír, ahora coqueta, pícara. Llevaban ya un mes viviendo juntos y su felicidad seguía envuelta en celofán: esa etapa del amor en la que es mucho más fácil aceptarlo todo.

Es hora.

Es hora.

Ya es hora.

Apagó el celular y dirigió sus pasos a la fuente de las ranas: una caminata de unos diez minutos a paso de ganado humano. Pero aquello era lo más deseable: mientras más gente, mejor. Las personas funcionan así: se sienten seguras dentro de la masa, y si ven algo extraño, un peligro, dan por hecho que alguien más tomará cartas en el asunto. Y como todos piensan de la misma manera, nadie hace nada al final. Raymundo tomó asiento en una banca cerca de donde Cinthia lo había visto con Isidro. Esta vez se había rasurado la barba y el bigote, y llevaba una gorra blanca, pantalón de mezclilla, playera beige, tenis azules. La idea era ser inocuo como un helecho de maceta en casa de la abuela. Respiró profundamente e intentó relajarse. Él era quien tenía el control. Todo estaba planeado hasta el último detalle. Se puso a tararear muy bajo *The loved one*, de INXS, reproduciendo en su cabeza la melodía cadenciosa, sensual. *Oh baby, I love you so. I need you now...* Las esperas resultan tan difíciles. La esperanza se va escapando poco a poco por un pequeño orificio y por allí mismo se cuelan las dudas: ¿qué tal si algo sale mal? *Helpless baby, evil child. I've known you well...*

Como en una función de teatro, en cierto momento dio inicio la misma escena de

los últimos sábados: Cinthia y su madre llegaban al parque Guadiana buscando divertirse por unas horas. La primera cargaba los patines, que en realidad era unas ruedas ajustables a sus propios zapatos deportivos, y corría sonriente hasta una banca para ponérselos; la segunda daba sorbos a un vaso de café, y caminaba con fastidio, soñolienta, buscando a sus colegas madres de pantalones con resorte. Se repitió el script de cada semana: los niños patinaron, corrieron, gritaron, subieron a los juegos; las madres derramaron su diarrea verbal sin escucharse entre sí y rieron como hienas; la gente caminó distraída como siempre y los vendedores ambulantes ofrecieron su menú de comida grasosa; el único policía asignado al parque engulló un elote, atentos sus ojos a las nalgas y pechos de las mujeres que pasaban. ¿Por qué habría de ser diferente hoy? Los humanos son animales de hábito. Confiados como las gallinas antes de que las degüellen.

Cuando Cinthia pasó cerca, Raymundo sacó su teléfono celular ya preparado con las fotografías. Lanzó un «aaaaah» de ternura y entusiasmo: el volumen exacto para no llamar la atención de otras personas y que llegara hasta los oídos correctos. Bingo. Ella giró la cabeza en dirección de Raymundo y él agregó de inmediato:

—¡Pero qué hermosos perritos!

La madre seguía embebida conversando con sus amigas. Si era verdad que existía un Dios y permitía esto, como lo estaba haciendo hasta ahora, significaba que ese Dios amaba a Raymundo y estaba de acuerdo con sus planes. Podría detenerlo en cualquier momento y no lo hacía. Porque en ese instante Cinthia se acercó levantando las piernas, como un caballo percherón, para no rodar sus patines sobre el empedrado. La respiración de él se aceleró; se llevó la mano al cuello como si algo estuviera a punto de ahorcarlo. Poco a poco su cara se llenó de transpiración. Basta. Tenía que controlarse; ya no era un adolescente y tampoco era la primera vez. Las axilas se transformaron en un par de lagos oscuros en su playera. Ojalá ella no los notara. Era asqueroso. Calma. Todo debía seguir de acuerdo al plan. Pero se trataba de ella. Ella, tan cerca... Como si fuera un sabueso, podía percibir el sudor dulce que emanaba del cuerpo infantil por tanto patinar. Ya. Suficiente. Ya.

—¿Qué estás viendo?

Él fingió sorprenderse por su presencia, se quitó los lentes oscuros y le mostró a Cinthia por un instante sus ojos color cemento para que, a pesar de la ausencia de la barba, pudiera reconocerlo como el dueño de Isidro.

—Nada, sólo estos cachorros. —Volteó la pantalla del teléfono hacia ella y le mostró una imagen que había bajado de la red: varios cachorros labrador, unos color vainilla y otros chocolate, dormidos juntos sobre una especie de nido de almohadas.

Ella abrió la boca como en *El grito* de Munch, pero no dijo nada. Se había quedado muda por la emoción. Él se volvió a colocar los lentes y, cobijado tras la mica negra, observó la reacción de Cinthia. La ternura se desbordaba por su carita. Todas las niñas tienen debilidad por los cachorros. Había leído en alguna parte que los mamíferos en su etapa primera de vida, con su cara redonda y ojos grandes, están

diseñados por la naturaleza para ser adorables y aumentar así sus probabilidades de sobrevivir. Los adultos de la especie reconocen la vulnerabilidad y tienden a protegerlos y ser pacientes con ellos. Irónicamente, esas mismas características podían también volverlos atractivos para los depredadores.

—Son los hijitos de Isidro.

Ella abrió aún más los ojos.

—Pero Isidro no puede tener hijos, es hombre.

Raymundo sonrió e hizo un esfuerzo por contener la risa. La tenía cautivada. Estaba resultando demasiado sencillo. Revisó el estatus de la madre: distraída.

—Se dice macho. Isidro es un macho.

—¡Eso! No puede tener hijos porque es macho.

Chiquilla lista. Aprendía rápido.

—Pero puede tener cachorritos con una esposa perra.

—¿Isidro se casó? —Cinthia se contrajo en una posición como si fuera a dar un salto. Si Raymundo pudiera explorar ese cerebritito sin estropear el sistema, claro, podría ver la imagen que ella se hacía: Isidro vestido de esmoquin negro, parado en dos patas, junto a una perra metida en un vestido blanco y con velo, sosteniendo un ramo de flores.

—Se podría decir que sí. Y ahora es papá de estos bebés labradores. —Le mostró otras fotos para reforzar la impresión.

—¿Puedo verlos? ¿Y dónde está Isidro? —preguntó buscando al perro. El corazón de Raymundo dio chicotazos, como una llanta rota que sigue rodando. Levantó la vista despacio: la madre estaba de espaldas, mirando con las otras señoras un mismo catálogo de esas estupideces que tanto les gustan.

Hoy es el día, es la hora, es el momento. Pensó en Normita, pálida y desangrándose, en un rincón.

—Claro que puedes verlos. A lo mejor hasta puedes quedarte con uno. —Hizo una pausa para que sus palabras se clavaran en su mente como espinas de cactus—. El más bonito, el que más te guste.

Ella movió su cabeza de arriba a abajo con rapidez y puso sus palmas una contra la otra, como si rezara. Volvió a quedarse sin habla.

—Necesito encontrarles una buena casa a cada uno. No puedo quedarme con todos. —Sonrió. La adrenalina, o la felicidad, le recorrió el cuerpo entero en unos segundos—. Además, estoy seguro de que Isidro se pondría muy contento si lo visitara su amiga favorita.

—¿Soy su favorita? —preguntó sonriendo otra vez. Hubiera dado una pirueta si no trajera puestos los patines.

—Claro: de todas las niñas a las que nos encontramos en nuestros paseos, tú eres su favorita.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque te ve y mueve mucho la cola. Ladra de contento.

—¿De veras?

—Sí. Y cuando te vas, se pone triste triste.

Cinthia se quedó pensativa y se volvió para ver a su madre: seguía explicando algo a sus amigas, tal vez el lugar en donde consiguió el café o el salón en donde le hacen las uñas.

—¿Dónde están los cachorritos? —preguntó mordiéndose los labios.

—Aquí a la vuelta, muy cerca.

Raymundo se puso de pie. No podía perder más el tiempo. ¿Qué necesidad había de tentar a la suerte?

—¿Cerca?

—Sí, muy cerca. En una carreola especial para perros.

Ella sonrió, perfectamente feliz, y él tuvo que tragar saliva, su manzana de Adán subiendo y bajando por su cuello, para obligarse a sí mismo a no perderse en los ojos de esa criatura.

—Vamos.

Como si lo conociera de toda la vida, ella se dejó hacer. Levantó una pierna, luego la otra, y él retiró la plataforma con ruedas. Cinthia plantó sus tenis en el suelo y respiró profundamente: se veía resuelta, como un personaje de película a punto de iniciar una aventura. Si supiera.

Raymundo cargó los patines con una mano y tomó a la niña de la otra. Avanzaron por la banqueta hasta la esquina. Quien se detuviera a verlos no encontraría nada excepcional en ellos: una hija contenta junto a su padre. Él no pudo evitar voltear con disimulo hacia atrás, como la esposa de Lot: no se convirtió en sal ni escuchó a nadie gritar el nombre de Cinthia o invocando a la policía. Nada. Apuró el paso y ella tuvo que dar una zancada para no quedarse atrás. Lanzó un gritito de emoción. Giraron en la esquina y llegaron hasta la camioneta. Él abrió la puerta del copiloto. Ella titubeó.

—¿Y la carreola?

—Tal vez Isidro y su esposa los están paseando. —Apenas entraron las palabras de Raymundo a los oídos de Cinthia, se le volvieron a iluminar los ojitos. La imaginación de los niños era su talón de Aquiles—. Podemos buscarlos. Sólo dieron una vuelta a la manzana para que se duerman los cachorros. Pero hace mucho sol. —Ella miró hacia el cielo para comprobar y se tapó los ojos con la manita, cegada por la luminosidad—. Mejor nos vamos en la camioneta, no nos vayamos a insolar y entonces sí se enoja tu mamá conmigo.

Aquello pareció terminar de convencerla: se trepó al asiento y él cerró la puerta que ya tenía activado el seguro para niños. Dio la vuelta por enfrente del vehículo, tomó su lugar y encendió el motor. Temblaba por la emoción, por la posibilidad de lograrlo. Antes de avanzar sacó de la guantera un botecito lleno de M&M's; al destaparlo, vació el contenido sobre las piernas de la niña. Algunos dulces cayeron sobre el asiento, pero la mayoría fueron a dar al piso. Se disculpó por su torpeza y, sin que tuviera que pedirselo, ella se agachó para recoger las confituras. Seguro su madre

la obliga a limpiar si tira cualquier cosa. Entretenida en recoger los M&M's del suelo, la niña no se percató de que la camioneta cruzó la calle junto al parque y se incorporó a la avenida Fanny Anitúa, perdiéndose en el tráfico. Si alguien había llegado a ver el vehículo y a fijarse en su interior, sólo podría haber visto a un hombre con gorra y lentes oscuros que manejaba con una sonrisa en la cara.

Ya lejos del parque, ella comía dulces y miraba atenta por la ventana.

—¿Dónde están Isidro y su esposa?

—No deben estar lejos. Tú ponte bien atenta por si ves a dos perros empujando una carreola de color rojo.

Él la miró, extendió los brazos sobre el volante y dejó salir un suspiro. Victoria. Victoria. Victoria. La satisfacción era como oxígeno para la sangre. Encendió el estéreo y la música del CD de Peppa Pig inundó la cabina.

—¡Es la canción de reciclar! —gritó ella emocionada. Cantó una canción tras otra sin darse cuenta de que atravesaban la ciudad. Todo el cuerpo de Raymundo se alebrestó, no sólo por aquella presencia a su lado, sino por el placer de poder verla en el mismo lugar en donde su imaginación la había colocado cientos de veces al hacer su plan.

11 defebrero, 2014

Raymundo,

¿Qué tal el frío allá? Aquí las celdas están imposibles. El mes pasado mis papás me trajeron muchas cobijas y una rosca de Reyes muy grande para compartir con las muchachas. Nunca se olvidan de mí. El día de la Candelaria también llegaron con tamales y una dotación de pañales, leche y biberones, porque ya le voy a quitar el pecho a la beba. La verdad ha crecido tanto que batallo mucho para acomodármela y además ya le comenzaron a salir los dientes. A veces me muerde y es horrible. Pero bueno... fuera de eso y del frío, creo que las cosas van tranquilas por acá.

¿Sabes?, yo sé que Cinthia ya está en su casa, con su familia. El trauma no se lo quita nadie, claro, pero al menos ya pasó. Al mismo tiempo, me parece que es como si siguiera sucediendo. Tengo sentimientos encontrados. Por un lado, estoy orgullosa de haber tenido que ver con que siga viva. Fue algo heroico, opinan algunos. Pero por otro, me mata pensar que te traicioné. La psicóloga me trata de ayudar. Según ella hice lo correcto. Que cualquier ser humano con alma hubiera hecho lo mismo que yo. Lo entiendo, en verdad. ¿Entonces por qué me siento tan mal?

A veces me desespero. Quisiera gritar hasta que mi cuerpo se desconectara y dejara de pensar. Yo creía que con el paso de los meses aquí iba a olvidar esa parte de mi vida, a concentrarme más en mi hija, a distraerme con las actividades que hago acá. Pero no. Al contrario. Es como si algo me obligara a pensar, a recordar, a darle mil vueltas a todo lo que pasó. Ya ni sé en qué orden sucedieron las cosas: hay un torbellino dentro de mi cabeza. Se me confunden imágenes, voces, gritos, sentimientos. Es como si la niña estuviera muerta y su espíritu no me dejara descansar. Se me aparece siempre que duermo. Si ella se salvó, ¿por qué el pasado me atormenta a mí? Daría lo que fuera por saber si a ti te pasa igual. No quiero hablarle a nadie de esto. No vayan a creer que estoy loca y me quiten a mi beba. Por cierto, ya se sienta solita y empieza a decir sílabas, así como ta-ta-ta-ta-ta. Yo creo que no tarda mucho en decirme mamá. Es muy lista. No sólo lo digo yo, me lo dice todo el mundo. Es enorme, ya te había dicho. Me preocupa que ya no pueda cargarla al ratito. Ya mide casi la mitad de lo que yo.

¿Te interesa saber sobre tu hija? Yo creo que no. Porque si así fuera, ya me hubieras escrito preguntándome por ella. Te juro ahora sí que si no recibo una carta tuya no volveré a mencionarte nada de la beba. Es más, no debería haberte contado nada. Ya me imagino lo que me diría la psicóloga si se enterara. ¿Cómo puedo

hablarle de una niñita a un monstruo que viola niñas? Lo sé, lo sé... Pero es que una como madre no puede evitar hablar de sus hijos. Y una parte de mí quiere seguir pensando que eres el hombre tierno que me tenía enamorada. Para mí es como si hubiera dos Raymundos: el que está en la cárcel por ese delito difícil de nombrar y el que me hizo tan feliz por un tiempo...

Ya me desvié otra vez. Te estaba diciendo que se me aparece Cinthia. No se lo he contado ni a mis compañeras. Sólo a ti, porque ya sé que no me vas a decir nada. El otro día me desperté casi gritando. Yolanda y Aída, las que duermen conmigo ahorita, creían que me había lastimado. Son bien lindas. Se preocupan mucho por mí. Les dije que no era nada, una pesadilla nada más. Y era verdad. Fue un mal sueño, pero no como son los sueños, hechos de retazos del día, de cosas que uno quiere o de lo que nos asusta. Mi sueño estaba hecho de puros recuerdos, de cosas reales. Una pesadilla que no se tiene que interpretar porque de simbólica no tiene ni un pelo: es sólo revivir lo que ya pasó. A veces creo que así debe de ser el infierno: pensar y recordar las cosas más dolorosas, las más vergonzosas, las que nos hacen sentir como cucaracha por toda la eternidad.

Esto es lo que soñé; no, más bien lo que recordé. Cinthia llevaba ya como un mes en la casa. Ya no me preguntaba cuándo se iba. No creo que se hubiera acostumbrado. Más bien había perdido las esperanzas. Yo doblaba ropa en el cuarto de lavado: quería ser la mejor ama de casa. Escuché movimiento en la cocina, allí junto. Habías salido del sótano, claro. Te seguí hasta la sala. Te sentaste en el sillón reclinable y pusiste el fútbol en la tele. Tus ojos estaban como cubiertos por nubes y tus labios sonreían satisfechos, pero tú no te diste cuenta de que yo te miraba. Parecías un gato gordo que terminó de comer. Me pediste que fuera a bañarla y a preguntarle si tenía hambre.

En mi sueño todo transcurría como pasó en la realidad. La única diferencia era que en lugar de percibirlo a través de mis ojos, podía verme a mí misma desde fuera, como en una película en la que soy un personaje más. ¿Por qué sería así? No sé. En el sueño podía ver mi cuerpo deforme bajando despacio las escaleras hasta el sótano. Mis piernas arqueadas midiendo cada paso, con miedo. Mi brazo gordo que apenas alcanzaba a meter la llave en la cerradura. Luego mi cabezota asomándose al cuarto. Al principio no pude encontrarla y por un segundo sentí alivio por ella; al mismo tiempo un terror que me congeló: si se había escapado, tú me matarías. No sé por qué, pero tenía esa certeza. Me calmé yo solita: no podía haber escapado si tú recién habías estado con ella. Le hablé despacio: soy yo y te traje algo. Ella salió gateando. Estaba escondida debajo del escritorio. Le di el mazapán que llevaba. Tenía la carita abotagada por tanto llorar. Temblaba, pero quería comer algo dulce. Me senté en el piso, sobre el tapete, con mis piernas extendidas al frente. Ella se reclinó sobre las suyas y abrió el mazapán. Traía encima sólo una camiseta sin mangas y sus calzoncillos. Vi las manchas cafés en el interior de sus muslos, como barniz mal puesto. ¿Sangre, mugre, caca? Olía a orines, también.

A lo mejor sí soy estúpida o quería engañarme. Traté de tocarla, pero ella se alejó asustada. Yo no le iba a hacer nada, al contrario: me la pasaba cuidándola y trayéndole cosas. Me ofendí un poco por su rechazo y al mismo tiempo sentí pena por ella. Callé y esperé a que terminara de comer. Le dije que tenía que bañarse. Saqué una pijama limpia y ropa interior de los cajones de la cómoda. Ella se me quedó viendo y de pronto le empezó a temblar la boquita. Es que estoy muy sucia y me da pena. Se echó a llorar. Sí, por eso te voy a poner el agua para que te bañes. Lloró y lloró hasta que se calmó sola. Se puso de pie y permaneció inmóvil. Yo no te voy a ver, le dije. Si quieres mejor me voy. Su cara amenazaba con volver a llorar: no, no te vayas. Sólo no me veas. Dejé lista el agua y una toalla a la mano para que se secara al salir.

Me senté de frente a la pared, en donde había un pizarrón blanco y plumones para dibujar. Había dibujado un monstruo con dientes picudos y ojos enojados que perseguía con los brazos hacia el frente, como un zombi, a una muñequita. Tenía unas coletas iguales a las que a veces me pedía que le hiciera y una boca redonda y enorme, como si gritara. La escuché meterse a la regadera. Tardó mucho en bañarse. Después de un rato me dijo que ya podía voltear. Estaba envuelta en la toalla blanca con corazones rosas. Se veía linda. Preciosa. Pero había algo en su mirada que me hizo pensar en esos perritos enjaulados. Sentí que el corazón se me venía al piso.

De repente habló con una vocecita temblorosa y dijo: Me tocó con su manota y sentí como si un sapo gigante, mojado y rasposo, se me embarrara por todo el cuerpo. Yo miré su carita llena de asco. No dije nada. No pude. No quise saber más. Alguien me estaba volteando las tripas al revés. Quería irme de allí. Le dije que iba a traerle la cena. Se puso a llorar. No quería estar sola. Le juré que volvería. Volví a la cocina; tú seguías en la sala, embebido en el partido de fútbol.

Fui al segundo piso por un cortaúñas: Cinthia traía las uñas muy largas. Como no lo encontré en el baño, busqué en el cajón de tu buró. Vi una caja de galletas danesas y por golosa la abrí. No encontré galletas de mantequilla, sino algo envuelto con un trapo. Ya sé que la curiosidad mató al gato; no me importó y desenvolví aquel bulto. Me quedé helada: una pistola que se parecía mucho a las de juguete que les había visto a algunos niños en la natación. Acerqué mis dedos y la toqué: aquello era metal, no plástico. Sé que muchas personas tienen armas en su casa para protegerse, pero el hecho de que la tuvieras tú me aterró. ¿Cuántas veces había dormido en esa cama, junto al buró, sin saber lo que había dentro? Traté de dejarla como estaba y cerré el cajón con cuidado. Creo que al salir del cuarto, ya había una fisura entre nosotros. Era una carga eléctrica, como cuando se aproxima una tormenta. No me habías tocado en semanas. La pistola. La condición de la pobre niña...

Preparé algo de cenar para ella y para mí, ya ni me acuerdo qué, y bajé al sótano. Estaba más tranquila; sólo le quedaban los ojos rojos de tanto llorar. Saqué de mi pantalón un tubo de Vitacilina. Se supone que cura cualquier cosa. Fue lo único que se me ocurrió. ¿Te duele? Ella asintió y otra vez se le vino el llanto. Ponte esta

cremita allí donde te duele, le dije. No se movió. Se quedó mirando el envase de plástico en mi mano. Yo me volteo. Agarró la pomada. Aunque yo no la podía ver, casi casi me la podía imaginar bajándose las pantaletas y tocándose con mucho cuidado. Dio unos quejidos y dijo que ya.

Yo tenía que limpiar el piso que aún olía a orines y llevarme la ropa sucia. Eso podía esperar un poco: puse una película, *Shrek*, creo que era, mientras cenamos juntas. Íbamos casi a la mitad y me dijo, así de la nada: es un ogro. Me miró muy fijo. Malo, muy malo, no como Shrek. Yo seguí masticando. La verdad es que nunca supe qué hacer ante sus palabras. Quería esconderme, huir. No podía con su mirada. Ella siguió hablando. Me dijo que si me portaba bien sólo me iba a meter un dedo, pero que si me porto mal... Se quedó callada. Me acerqué a ella y esta vez no se hizo para atrás. Estaba temblando sin parar. Si me porto mal... Otra vez se atoró. Lloró con fuerza. Se le iba el aire, pobrecita. Me paré y fui por las cosas de la limpieza. Me tardé mucho en volver, a propósito. Regresé y la vi dormida sobre la cama, fuera de las cobijas, abrazada a una catarina de peluche. Me recosté junto a ella; no pude dormir.

Tampoco logro conciliar el sueño aquí. Me levanto y ya sé que me voy a quedar despierta. Porque si me duermo, vuelvo a soñar. Eso que no es sueño. Son mis recuerdos que corren en mi cabeza mientras duermo. Es una maldición. Y vuelve, vuelve, vuelve todo otra vez. Imagínate los recuerdos que tendrá ella.

¿Y tú qué sueñas? ¿También te acuerdas? Seguro que sí. Pero la diferencia es que a ti no te horrorizan tus memorias. Yo no sé cómo pude mirarte al día siguiente. Cómo pude seguir en los meses que vinieron. Eso me vuelve a mí también un monstruo. Casi como tú. No es justo. Ahora mismo te odio no sabes cuánto por hacerme sentir esto. Por esta incongruencia que soy. Por tu culpa.

Aimeé

Lógicamente, ella entendía que todos tenían algo que esconder, algún dolor que se guardaban dentro, una razón por la que no eran normales tampoco, pero no podía entender cómo es que funcionaban esas personas. Ella no comprendía cómo salían de la cama cada mañana o respiraban aire sin que el dolor aplastara sus pulmones.

Nicole Trope, El niño debajo de la mesa

Susana accedió ir a México sólo porque le aseguraron que por cadena nacional todos en el país iban a verla, incluido el hombre que tenía a su hija. Podrá apelar a sus sentimientos, había dicho la asistente del productor del programa con una vocecita entusiasta. Pero Susana se quedó con la palabra «hombre». Porque la persona que se llevó a Cinthia tenía que ser un hombre, ¿no? No podía ser de otra manera. Si algo le habían inculcado bien las monjas del colegio, además de la letra puntiaguda y perfecta, era que había que cuidarse de los hombres, animales incontenibles. Aunque eso suponía un conflicto con la lección sobre el libre albedrío con el que Dios había dotado a sus criaturas para decidir entre hacer el bien o el mal, al tratarse de los hombres, el libre albedrío salía sobrando porque ellos eran incapaces de controlarse. Por eso las monjas insistían en que había que evitar quedarse a solas con ellos, aunque fueran familiares y amigos, no usar ropa provocadora, jamás caminar por una calle oscura y solitaria, no aceptar invitaciones ni bebidas de desconocidos y, sobre todo, nunca, nunca, nunca, bajo ninguna circunstancia, entrar al cuarto de un hombre y mucho menos cerrar la puerta.

Susana dejó la maleta abierta encima de la cama, fue al cuarto de Cinthia y abrió el clóset. ¿Qué ropa tenía el último día en que la vio? Pasó los ganchos uno a uno, como quien busca en el archivero, intentando visualizar el guardarropa entero y adivinar qué faltaba. No pudo ser un vestido: iba a patinar. Tendrían que haber sido unos shorts o pantalones, y una playera. Pero su guardarropa entero parecía estar allí, como si ella fuera a regresar cualquier día a desacomodararlo buscando su playera preferida. ¿Cuál era su favorita? Susana sintió que el corazón se le pudría por dentro. ¿Tan poca atención le ponía?

Se acercó a la cómoda blanca de cajones rosas y abrió el de la ropa interior. Vio las pantaletas de distintos colores, con encaje simulado en las orillas, y los días de la semana escritos al frente, junto a una ilustración: un patito amarillo, un sol con una sonrisa, un oso de felpa. Los sacó todos y los extendió sobre el suelo. Faltaba el del sábado. Porque sábado fue el día en que un monstruo se había llevado a su niña. La garganta de Susana se cerró al imaginarla eligiendo la pantaleta correcta: todavía no leía muy bien, pero conocía los dibujos. ¿Qué iba a decir Susana al encontrarse frente a las cámaras de televisión: no recuerdo la ropa que traía puesta mi hija cuando se la robaron, pero su pantaleta decía «sábado»? Patético.

Todos dirían que era una mala madre, que no era extraño que alguien se hubiera llevado a su hija si ella era así de descuidada. Su exmarido ya se lo había dicho muchas veces. Desde la desaparición se había hecho presente no para apoyarla, sino

para atacarla sin tregua. No la supiste cuidar. Si hubiera sabido que eras así, te la hubiera quitado y ella todavía estaría viva. Esto último le causaba a Susana un dolor doble, le desangraba el alma, pero nunca pensó en defenderse. Merecía que le dijera eso y más. Tenía razón. Era la peor de todas.

El día antes de partir a México Susana había salido a la calle a pegar fotocopias con la imagen de su hija en los postes. Se habían colocado otras hacía semanas, recién desaparecida Cinthia, y ya estaban descoloridas por el sol; o bien, se habían desmenuzado por la lluvia de los últimos días. Aunque sabía que sus hermanas, amigos de la familia y otros voluntarios podían hacerlo, Susana sintió la necesidad de salir de casa. Karla y Doris tenían razón: no podía dejarse morir, no podía darse por vencida aún. Susana caminaba con un rollo de cinta canela y un sobre amarillo lleno de copias del letrero que, con la cara nítida de Cinthia, imploraba en primera persona: *¿Me has visto? Me robaron. Mis papás me extrañan.* Un poco más abajo varios teléfonos: el de su casa, el celular, el de la policía y el del exmarido.

La calle Cinco de Febrero, bajo el calor de mediodía, abarrotada de puestos ambulantes, con tráfico varado y cientos de personas empujándose por la banqueta, semejaba más bien una escena de la India o China. Susana se detuvo frente a un local abandonado que parecía haber sido una tienda de ropa infantil. Tenía un rótulo quemado por el sol en el que se apreciaban apenas un par de dibujos de una tira cómica. Cerró los ojos con fuerza hasta que el nombre de los personajes vino a su mente: Periquita y Tito. El aparador estaba lleno de polvo. Adentro, unos periódicos cubrían el piso. El lugar estaba vacío, salvo por un pedazo de listón sucio, algunos clavos oxidados y tres maniqués del tamaño de Cinthia: desnudos, pero sin genitales, de un color amarillento, como un mal bronceado, calvos como pequeños ancianos. ¿Dónde estaban sus pelucas? Susana vio aquellos ojos con pupilas del mismo color que la piel, facciones idénticas, robots en serie. Un escalofrío le recorrió la espalda al pegar uno de los pósters en ese vidrio.

Ahora, congelada en el set del canal de televisión, Susana recordaba con insistencia a los maniqués.

—¿Señora? ¿Señora, está lista? Ya casi entramos al aire.

La voz pertenecía al conductor de aquel programa de variedad que le seguía al noticiero matutino. Tenía un excelente *rating* entre las amas de casa, las empleadas domésticas, los estilistas, las cocineras de fondas de comida, consultorios y demás lugares en donde la gente tenía que esperar. Susana volvió en sí y asintió nerviosa. Una maquillista con cara de hastío entró a quitarle el sudor de la calva al hombre aquel y se escabulló como uno de esos pajaritos color marrón que roban migajas de los pisos. ¿Cuál era su nombre? Susana hizo un esfuerzo, pero no pudo recordarlo. Se lo acababan de decir hacía apenas unos minutos.

Un camarógrafo frente a ellos contó del cinco al uno, doblando al mismo tiempo un dedo de la mano cada vez que movía su brazo. En el cero, el conductor empezó a hablar con voz afable y falsa. Susana miró las puntas de sus zapatos: sentía como si

estuviera debajo del agua y todo transcurriera de manera muy lenta, amortiguada por una fuerza invisible. No pudo concentrarse en las palabras que salían de la boca del conductor. No importaba: él introduciría al auditorio la situación de Cinthia haciendo un recuento de los hechos y luego le indicaría a ella cuándo hablar.

—Aquí con nosotros está la señora Susana Garnica, que quiere darles un mensaje a todos nuestros televidentes.

Los dos estaban sentados en extremos opuestos de un sofá de piel sintética blanca que hacía que las piernas de Susana sudaran sin control. Intentó enderezar la espalda y recargarse sobre el respaldo, pero le quedaba demasiado lejos. La cámara se enfocó en su cara y ella volvió a congelarse como si la hubieran sorprendido haciendo algo indebido. Sonrió con fuerza y se obligó a mirar a la lente como se lo habían indicado. Sólo hasta que empezó a hablar se dio cuenta de que no había agradecido al hombre de junto por haberle cedido la palabra ni tampoco saludado al público del programa.

—Quiero pedirle a toda la gente que por favor, si alguien ha visto a mi niña —levantó frente a ella una foto de Cinthia que habían agrandado—, se comuniquen a la televisora o a la policía. —Tragó saliva y apretó su quijada antes de seguir hablando—. Si alguien vio algo el día que se llevaron a mi hijita, si alguien notó cualquier cosa extraña o sospechosa en la casa de algún vecino, por favor llamen.

Susana bajó la foto y la puso sobre el sofá; sus dedos índice y anular comenzaron a despellejar el costado de sus pulgares, como siempre que estaba nerviosa. El conductor hizo un movimiento con la cabeza para que siguiera hablando.

—Por favor. Se los pido. Una llamada anónima le puede salvar la vida a un ser inocente. Si ella fuera su hija —sorbió los mocos para que no escurrieran—, ustedes querrían que alguien hiciera algo.

Ahora tenía los ojos anegados de lágrimas y los labios comenzaban a temblarle sin control. ¿Cuánto más tenía que pasar por esto? Ya no sabía qué más decir sin perder el control y soltarse a gritar. Pensó en Cinthia. Se obligó a seguir hablando.

—Se la llevaron en un lugar público a plena luz del día. Por favor. Alguien tiene que haber visto quién se la llevó.

El conductor apoyó su mano en el hombro de Susana y lo apretó como si fuera una pelotita para el estrés. Luego le extendió una caja con pañuelos desechables. Ella tomó uno y se fijó en la mano de perfecto manicure del hombre. Sintió un poco de vergüenza al ver sus propias uñas: desde que Cinthia no estaba se había olvidado de esas cosas que ahora le parecían nimiedades y antes eran una parte importante de su vida.

—Señora Garnica —el conductor pausó para que el público pudiera escuchar los sollozos de aquella mujer demacrada de cabello teñido de rojo, que ya dejaba ver las raíces oscuras del tono natural—... Si la persona que se llevó a Cinthia estuviera viéndonos ahora —apuntó un dedo hacia la cámara y fingió seriedad—, ¿qué le diría?

Susana se movió hacia delante, hasta la orilla: no podía soportar más la sensación de su piel pegada por el sudor al sofá. Se estrujó las manos como si exprimiera un

trapo de cocina. Sin planearlo, su tono se volvió una súplica sentida.

—Por favor no le haga daño a Cinthia. Ella es inocente, no tiene la culpa de nada. Por favor, se lo ruego. —Las lágrimas corrían sin control, dejando un surco en el maquillaje que le habían aplicado en la televisora—. Si la deja ir, le prometo que no haré nada en su contra, no lo denunciaré. Nos olvidaremos del asunto. Sólo déjela regresar, por favor.

El conductor tomó la palabra, agradeció a la audiencia por su tiempo y le aseguró a Susana que su hija iba a aparecer, que no perdiera la esperanza. Ella estaba cansada de escuchar esas mismas palabras que ya no tenían significado. De todas formas, se las arregló para sonreír compungida y le dio la mano al hombre en agradecimiento. Él mandó a comerciales, no sin antes prometer el reportaje sobre una actriz que aseguraba estar embarazada de un famoso futbolista y presentar a una escritora que venía a hablar de su novela, cuya protagonista era una mujer mórbidamente obesa.

Carta

18 de abril, 2014

Raymundo,

Te había escrito otra carta, pero terminé tirándola a la basura. Estaba muy molesta y escribí cosas muy hirientes. Lloré por un buen rato y quedé exhausta. Me dormí varias horas. Más que nada te reclamaba por no escribirme, por tu silencio. Ya no importa. Me dejé llevar por el enojo. Luego me puse a pensar: ¿qué podrías decirme tú? Eres un pedófilo que está en la cárcel gracias a mí. Ojalá pudieras decirme porque siempre he tenido la duda: ¿la gente como tú nace así, o se hace? La verdad es que no sé y tampoco importa. Las cosas pasaron como pasaron y ahora todos tenemos lo que nos merecemos.

Por eso decidí escribirte otra carta, ya más calmada. Al final tú eres el único al que puedo contarle ciertos asuntos. Como bien sabrás, en la cárcel lo que sobra es el tiempo. Quién me viera, pero últimamente me he puesto a leer. Las opciones para entretenerse son muy limitadas y aquí tienen una pequeña biblioteca. Cuando digo biblioteca no me refiero a un lugar lleno de estantes con libros, mesas de lectura y una señora vestida como monja que se la pasa callando a todo mundo. No. La biblioteca es un carrito metálico con ruedas y varios libros que otras reclusas, a lo largo de los años, han dejado en su paso por aquí. Lo mismo hay libros de autoayuda (los más desgastados), que libros de política, herbolaria y remedios naturales, novelas de detectives, horóscopos de años pasados, poesía para declamar y algunos clásicos. No son muchos, pero sirven para pasar el tiempo.

Todo esto viene al caso porque el otro día se me ocurrió leer uno que se llama Macbeth. ¿Lo conoces? Es de Shakespeare. Seguro que al menos el autor sí te suena. Me entretuvo mucho, a pesar de que a veces tenía que regresarme a releer algunas partes porque no entendía bien lo que estaba pasando en la historia. Muerte, intriga, lucha por el poder. Pero también varios detalles que me hicieron pensar en ti y también en mí. Hasta hice apuntes en mi diario. Varias frases me impactaron. Mira, como esta:

«Ten la apariencia de una flor inocente, pero sé la serpiente que acecha debajo.»

¿No fuiste tú justo eso? No te enojas. Bien sabes que es verdad. Y si te enojas qué más da. ¿Qué vas a hacer? ¿Salir de prisión y venir a golpearme? En tus sueños. O tal vez me escribas una carta reclamándome. Eso sí estaría bueno. Si es lo que he querido desde hace tantos meses, recibir noticias tuyas. Hay otra parte que me recordó a ti, sobre todo al principio:

«Adelante, y engañemos a todos fingiendo la inocencia; que esconda el rostro hipócrita lo que conoce el falso corazón.»

Ay, las apariencias. Todo un tema. Y yo caí redondita... Pero no todo es sobre ti. Me pude identificar con un personaje. Demasiado, en realidad. En cierto momento la lectura se volvió muy incómoda porque parecía que el autor estuviera hablando de mí. El personaje de Lady Macbeth empieza a sufrir remordimientos por lo que le hizo hacer a su marido. Porque la sangre mancha la conciencia. Es difícil quitarse la culpa: como una garrapata incrustada en la piel. Lady Macbeth termina volviéndose loca porque no puede con la culpa. Así yo. Aunque yo no maté a nadie, tengo sangre en mis manos también. Dejé que todo sucediera frente a mí, tardé tanto en reaccionar. No sé si alguna vez pueda sentir que tengo limpias las manos otra vez.

¿Y tú qué sientes? Para qué pregunto. Ojalá algún día te des cuenta de lo que hiciste.

Aimeé

El tiempo no significaba nada en el calabozo. Ella no tenía forma de saber qué tanto había pasado hasta que escuchaba la puerta abrirse y su padre entraba. Él encendía la luz y la tiraba sobre la cama para empezar a violarla repetidamente.

Luego de que él se iba dejándole un plato con comida, ella gritaba hasta quedar ronca mientras golpeaba las paredes lo más fuerte que podía.

Dos días después él regresaba con más comida y volvía a violarla. Tras satisfacer su apetito, le ataba una correa hecha con un cable eléctrico a su cintura. Tenía poco menos de dos metros que le permitían alcanzar el pequeño escusado que él había instalado en la esquina. Le ató otra cadena alrededor del vientre...

*John Glatt, Secretos en el sótano:
la vida de Josef Fritzl*

—Este cuento se llama «La señora a la que no la dejaban tener gatos». No está en ningún libro, porque las cosas importantes todavía no las escriben. Pero los mejores cuentos salen de aquí.

Con el dedo índice, Raymundo se tocó la sien varias veces, como un pájaro picoteando un tronco. Estaba sentado en la silla del escritorio y Cinthia permanecía hecha un ovillo de espaldas a la puerta, el punto más alejado de él que había podido encontrar en el cuarto. Él dio un trago largo a su Coca-Cola, y al poner la lata de aluminio sobre el escritorio, emitió un «aaaaah» satisfecho como en los anuncios comerciales. No era falsa la satisfacción: estaba consciente en grado extremo del frío de la lata de aluminio contra sus dedos y de la sensación de cosquilleo azucarado dentro de su boca. Desde que ella había llegado, todos sus sentidos trabajaban al máximo, como un motor con aditivos. No se trataba sólo del momento de estar físicamente juntos: toda su vida se había mejorado y cada aspecto era más disfrutable que antes. Tener sexo con la niña sería mejor que cualquier libro de autoayuda de los que la fracasada de su hermana mamaba con avidez. Ni siquiera había sucedido aún y Raymundo se había convertido ya en el lobo del cuento de la Caperucita: veía mejor, escuchaba mejor, paladeaba mejor, olía mejor, tocaba mejor. La apatía que lo envolvía antes de que apareciera Cinthia se había disuelto en el mismo mar que sus dolores de espalda y el cansancio, que él atribuía a sus ya pasadas cuatro décadas. Un tónico de la juventud eterna.

—Este cuento no lo van a hacer película porque no salen princesas ni príncipes guapos ni hadas madrinas. ¿Pero para qué queremos más de eso? Ya hay tantas cosas. Todo es lo mismo. Qué aburrido.

Cinthia no había tocado su Coca-Cola desde que él se la ofreció y apretaba las manos contra sus oídos para no escuchar la historia de Raymundo. Él se dio cuenta y sonrió ante el estéril acto de rebeldía, risible como las huelgas de hambre de los políticos. Él sabía que su voz traspasaría la barrera de carne y mugre de sus manitas; sabía también que más tarde, al encontrarse sola al fin, bebería su refresco como si estuviera en un desierto. Ningún niño se resiste al azúcar. Ella, más que nadie, necesitaría el alivio de la glucosa inundando su sangre por un rato.

—Érase una vez una viejecita que vivía sola en su cabaña, en el bosque. La señora no era muy bonita porque el paso de los años hace estragos en todos: en los duendes, en las hadas, en las princesas y en las brujas. Vivía sola porque en toda su vida no había podido encontrar alguien que la aceptara tal y como era. En aquel reino lejano no se permitía que nadie fuera distinto a los demás.

En ese lugar cerrado y sin ventanas era imposible saber la hora del día. El monstruo estaba siendo muy amable y dijo que le contaría un cuento antes de dormir. A pesar de eso, Cinthia estaba segura de que esas rutinas nocturnas no procedían porque en realidad era de mañana. El presentimiento de que era de noche la acechaba, como cuando uno siente la presencia de un insecto en el cuarto. Antes no lo sabía, pero ahora sí: las mañanas eran lo mejor de vivir en su casa. A esta hora su madre estaría entrando a su cuarto, llamándola varias veces por su nombre: Cinthia, Cinthia, chiquita, ya es hora. Aunque estuviera despierta, ella se haría la dormida para que mamá la tocara y la meciera de un lado a otro antes de destaparla de golpe: ¡Vamos a quitarle las hojas a este tamal!

—Esa señora no era mala como su vecina de cabaña, la bruja de Hansel y Gretel, a quien le gustaba comer niños, ni como la de Blancanieves, que aunque no vivía allí, sino en un palacio, andaba por el bosque ofreciendo sus manzanas envenenadas. No. Su único pecado era que le gustaban mucho los gatos. No tiene nada de malo, ¿verdad? Pues resulta que los reyes de aquel reino tenían prohibido que sus súbditos tuvieran gatos.

La miró de lado, con el rabillo del ojo. Con ella allí, casi temblando y muy al tanto de él, no podía mirarla abiertamente. Ojalá pudiera. Sin embargo, tenía que ser prudente porque estaba jugando el papel del hermano bueno. Se lamentó en el instante por no haber instalado una cámara antes de que llegara la niña a vivir allí: así podría observarla con tranquilidad varias veces al día antes de entrar. No se le ocurrió en el momento, absorto como estaba en la planeación y remodelación del sótano. ¿Por qué había sido tan descuidado? En esta época de la tecnología... Verla todavía le causaba un pasmo de felicidad, un asombro absoluto. Ella estaba en su cuarto especial. Al fin. Era suya, aunque no lo aceptara ahora. Siempre a disposición de él para lo que sea. Un día aprendería a amarlo. Ojalá que no fuera muy tarde para entonces.

—Así son las leyes. Absurdas. Sólo porque a alguien le parece que algo está mal decide imponer sus ideas a los otros. El rey decía que los gatos estaban prohibidos en el reino porque los gatos no están hechos para estar encerrados en una casa. Pero eran tonterías. Todos sabemos que si a un gato se le enseña desde pequeño a estar en casa, aprenderá a ser feliz así. Y amaré a su dueño.

Cinthia se movió ligeramente sobre su trasero. El piso duro lastimaba sus huesos. Quisiera algo más suave, tal vez subirse por la escalera de madera hasta su cama, pero el miedo le impedía cambiar de lugar. ¿Qué tal si el monstruo la seguía? Su papá le había dicho que huir de un animal que está a punto de atacarte es convertirte en su víctima. Mejor enfrentarlo. Demostrar fortaleza. Alzar los brazos y hacerse grande. Lo miró por unos segundos para enfrentarlo, pero en lugar de asustarse, el ogro le sonrió cálidamente, como si de verdad fuera bueno. Ella no podía demostrar fuerza, nada. Cerró los ojos y apretó sus manos contra las orejas hasta que sólo pudo escuchar el tum-tum de su propia sangre.

—La señora sufría mucho viviendo en ese reino porque a ella desde muy pequeña le gustaban los gatos. No sólo le gustaban, así como a alguien le puede gustar una película o una pizza. No. A ella le fascinaban los gatos más que cualquier otra cosa en el mundo. Más que los juguetes y los dulces que comía de niña, más que las joyas, los vestidos, el vino, los zapatos ya que era adulta. Más que cualquier cosa, a ella le gustaban los gatos.

Si estuviera en casa, Cinthia escucharía el ruido que su madre hacía con los trastes en la cocina mientras ella se ponía el uniforme en su cuarto. Al rato, subiría por las escaleras el aroma del café que ella tomaba todas las mañanas y una nube de olor a huevos con tocino viajaría por la casa y se colaría por su nariz para decirle lo mucho que la quería mamá. Se estremecería casi por instinto por el estruendo de la licuadora, que desde sus primeros años le daba miedo. Ahora era la señal de que mamá preparaba licuado de mango sólo para su nenita, porque la quería tanto.

—A la señora que no dejaban tener gatos nadie la entendía. A todos los otros habitantes del reino la ley de prohibir gatos les parecía normal. No les afectaba porque a ellos les gustaban los perros. Y los cujos, los pericos, las tortugas, los peces de colores. En cambio, la pobre señora vivía en la tristeza total porque ella necesitaba tener al menos un gatito. Aunque su sueño hubiera sido tener muchos, se conformaría con un gatito que la hiciera feliz.

Raymundo eructó y casi se tragó el chicle de canela; esperó a que ella se soltara a reír: ¿no le causaba hilaridad a los niños cualquier mención de las funciones corporales? Pero ella, en su papel de aguafiestas, se empeñaba en ignorarlo con todos sus sentidos. ¿Qué no sabía lo mucho que él la amaba? La criatura emanaba un deseo profundo de desaparecer, de estar en cualquier otra parte: era casi tangible. ¿Qué no entendía que esa actitud le rompía el corazón? Sentirse despreciado era un camino seguro a llevarlo a perder la cabeza. Suspiró profundamente y trató de calmar las ansias que tenía de tocarla, de besarla, de introducirse en ella por la fuerza. Así eran los niños, se dijo a sí mismo. Ariscos por naturaleza. Había que irse ganando su confianza con regalos, con rutinas, con consecuencias. Calma, calma.

—Así que un día, cansada de no tener gatos, la señora decidió que ella también merecía ser feliz. Le costó mucho trabajo encontrar un gatito; escaseaban en ese reino. Recorrió el bosque de punta a punta y les preguntó a los otros animales si habían visto alguno por allí. Todos dijeron que no, pero finalmente un búho le dio razón. Ya se sabe que los búhos son sabios porque observan desde el cielo y con sus ojos pueden ver en la oscuridad. Ese búho le pidió un ratoncito y a cambio le prometió decirle en dónde encontrar un gato.

Cinthia intentó pensar en su papá, pero no pudo. Los papás huelen a hombre, a desodorante de hombre, a crema de afeitar, a esa loción agresiva para la nariz, a cigarro, a alcohol. El monstruo olía un poco a papá. ¿De verdad? Al menos el olor le resultaba vagamente familiar: hacía mucho que no veía a papá. Tampoco eran iguales, papá tenía cosas buenas: le compraba las cosas que mamá por lo regular no

quería comprarle. También reía de una manera muy especial que a ella la tranquilizaba. No consiguió evocarlo. Apretó los ojos, se volcó en su interior e imaginó a mamá frente al tocador, maquillándose. Era más fácil pensar en ella. También pudo verse ella misma en el espejo, su cara asomada tras el cuerpo de mamá, absorta en cómo se aplicaba la base, el rímel, la sombra. Sus ojos se transformaban. No era que no fueran bellos antes: con la pintura parecían otros. Su boca también cambiaba: roja y brillante como el glaseado del pay de queso con fresas que tanto le gustaba. Y esos labios se sonreían al tiempo que fingía descubrir a Cinthia: ven para que te ponga...

—La señora fue hasta donde el búho le indicó. No lo podía creer: el lugar estaba lleno de gatos de todos los tamaños y colores. Un paraíso gatuno. Era imposible llevárselos todos, por más que así lo deseara. Tenía que ser muy cuidadosa porque el rey encerraba en un calabozo oscuro y frío a quienes se atrevían a desobedecer sus leyes. Sacó un pescadito que ya traía preparado y lo puso debajo de una caja sostenida con un palo de madera. No hay gato que se resista a un pescado empanizado con mayonesa y limón. La señora no quería engañar al gatito con la trampa, pero en ese momento el animalito no podría entender que ella sólo lo iba a cuidar y a querer mucho.

Se acercó para tocar la cabeza de Cinthia. Ella intentó alejarse, gateando, a pesar de que no había sitio a dónde ir. Él la miró desplazarse sobre sus rodillas y sus manos, rápidamente, como una especie de cangrejo en la playa. No pudo sino reír: la vista de su culito en movimiento iba a hacer que Raymundo se excitara de más. ¿A dónde vas, gatita? Se contuvo y salió del sótano cerrando la puerta tras de sí. Esperó cinco largos minutos con la espalda pegada a la puerta, masturbándose con prisa, sin permitirse llegar al punto de no retorno. Se quitó la camisa y la dejó tirada. Entró otra vez al sótano, con el torso desnudo y la cara descompuesta. Le asaltó el olor que se había concentrado en el lugar: algo dulce, ligeramente pasado, parecido a una fruta a punto de fermentarse.

—Mi hermano me dijo que fuiste grosera con él. —Los ojos de la niña se abrieron redondos de terror. Su boca se partió apenas para jalar aire, pero no gritó—. Él te contó un cuento, te trajo un refresco y tú no se lo agradeciste.

Raymundo observó los esfuerzos desesperados para justificarse y evitar el castigo: estaba tan aterrada que no podía hacer que las palabras salieran de su boquita. El nivel de excitación creció aun cuando había dejado de acariciar su miembro: se encontraba en el límite.

—Así que voy a tener que castigarte. —Dio unos pasos, la tomó con fuerza como si fuera una bolsa de ropa sucia y la acostó sobre el piso. Los gritos de Cinthia golpeaban las paredes que aislaban el sonido y caían al suelo, igual que las moscas que no comprenden el concepto del cristal—. Sólo así vas a aprender a ser menos ingrata.

Trató de hacerlo sin demasiada rudeza y usando lubricante para no lastimarla.

Pero ella se volvió un animal salvaje: gritos, patadas, chillidos. Aunque no lo quería así, tuvo que golpearla un poco, lo suficiente para que ella se detuviera, si acaso para apreciar el dolor en su cuerpo. La miró desde arriba: aún se sacudía con los espasmos de un llanto desamparado. Era un hombre racional tratando de entender la irracionalidad de otro ser humano. Ya no, ya no, ya no, ya no, por favor ya no, gemía aquel ser en el suelo. Esas palabras entraron por los oídos de él, pero no significaban nada. Se limitó a mover la cabeza asintiendo, el mismo movimiento que hacía cuando sus trabajadores intentaban justificar algo injustificable.

Subió su pantalón. La niña era una madeja de estambre, deshecha, sobre el suelo. Tendría que llamar a Aimeé para que se ocupara de ella.

12 de mayo, 2014

Nunca pensé en lo que podría sentir la mamá de Cinthia. En esos momentos, ella y yo no teníamos nada en común, a menos que se pudiera contar que la niña que ella parió era mi problema ahora. Irónicamente, se volvió un vínculo entre Raymundo y yo. Porque si yo la cuidaba bien, él parecía estar complacido conmigo, me trataba bien e incluso se ponía romántico, me acariciaba o me servía una copa de vino. A veces hasta teníamos sexo. En cambio, si yo no lo obedecía de inmediato, o si hacía un simple comentario que él percibía negativo sobre la situación, se volvía frío. Me hablaba con un tono brusco, me evitaba y hacía como si yo no existiera. Y en esos momentos me sentía morir.

Ya sé que pude haber actuado antes, pero no lo hice y por eso estoy aquí. Por sencillo que parezca, han tenido que pasar varios meses para que lo acepte de verdad. Hay veces en que la culpa me comienza a destruir desde adentro, como un golpe pequeño en un durazno que terminará pudriéndolo por completo en unos días. Hay otras en las que me tengo que repetir que fui una víctima más en esta historia. Lo malo es que, encerrada aquí, no puedo sostener esa mentira. Creo que hacerse tonta uno mismo es más fácil si uno tiene libertad de ir a cualquier parte y distraerse con el mundo.

Fui egoísta. Ahora que estoy con esto del diario tengo la sensación de que escribo para un sacerdote, para Dios, para alguien que me pudiera absolver de esta culpa, y no tanto para la psicóloga o para mí misma. Tengo que admitir que más que aterrorizarme por lo que estaba pasando en casa, me asustaba lo que podría no llegar a ser. Ya no pensaba: me volví irracional. ¿Cómo explicar que me importara más que aquel hombre no me dejara, a permitir que esa niña estuviera soportando aquello? La ausencia total de él, la posibilidad de su abandono, me dejaba fría.

Recuerdo una noche en particular. Yo estaba en el cuarto viendo las noticias escondidas. En el noticiero de las once hablaban del rapto de la menor Cinthia López Garnica. La policía no tenía pistas y descartaba el secuestro, pues nadie había pedido rescate en los casi seis meses que llevaba desaparecida. Pero tampoco encontraban el cadáver. ¿Se la tragó la tierra?, preguntó una reportera mirando a la cámara. No, está allá abajo, dije susurrando a la chica de pelo pintado de rubio. Seguí comiendo cacahuates, pero me quedé pensando: si no quería rescate, y estaba claro que no quería, ¿qué iba a pasar con ella? No quise pensar en eso. Si la dejaba libre, la niña nos acusaría. La única solución segura para nosotros sería... El aire se escapó de mis

pulmones: ojalá mi cerebro dejara de pensar por la falta de oxígeno. Era como si yo la hubiera matado un poquito sólo por haber formulado aquel pensamiento.

Escuché los pasos de Raymundo subiendo la escalera. Cambié de canal y terminé en el Discovery: un programa sobre los insectos más terroríficos. Lo vi entrar al cuarto: traía en la cara una sonrisa estúpida, el gesto especial que tienen todos los hombres después del sexo. Un día escuché a un grupo de mamás de la escuela de natación hablar de eso. Me puse de pie sobre el colchón y abrí los brazos hacia él. Desde allí casi podía sentirme una mujer normal, de su estatura. Se acercó a mí y se dejó abrazar: lo hice más fuerte que de costumbre para que supiera que yo lo quería a pesar de saber lo que sabía. Quería que le quedara claro que lo amaba con todo mi corazón, pero que no era fácil hacerlo. ¿La gente puede entender lo que significa un gesto así? No, claro que no. Quizá bastaba con que yo lo sintiera. Para poder seguir con él.

De cerca, percibí aquel olor a sudor, a satisfacción, esa combinación de aromas indefinibles que todos podemos identificar con el sexo. Quise llorar, gritar. Los celos me estrujaban el alma, pero estaba segura de que si abría la boca para gritar no saldría nada de mi cuerpo. Me faltaba el aire, parecía que me iba a desmayar, y empecé a boquear como pescado fuera del agua. ¿Así sentían todas las mujeres al descubrir que las engañaban? Me dolía mucho. Hubiera querido cortarme con algo para sentir otro tipo de dolor. ¿Estás bien?, me preguntó. Seguramente me vio mal. Algo dentro de mí me aconsejó que aguantara, que aquello era sólo una prueba y que si yo podía superarla, él ya no me dejaría nunca. Él tenía todo que perder. No sé de dónde saqué las fuerzas: pude dominarme y conseguí una expresión tranquila que lo convenció de que nada malo sucedía. Le pregunté si quería que me pusiera el disfraz de colegiala. Puedo hacerme trenzas, le dije dividiendo mi cabello en dos manojos al lado de mis orejas. Puedo traerte whisky. Podemos hacer lo que tú quieras. Él puso esa mueca que es casi una sonrisa y dijo que sí.

No puedo probarlo, pero sé que esa noche él tuvo relaciones conmigo al tiempo que imaginaba que lo hacía con una niña de escuela, no cualquiera, sino la que ya tenía presa en el sótano, como hámster en una jaula. También estoy convencida de que esa noche quedé embarazada. El sexo no era muy frecuente entre nosotros y desde que ella había llegado, mucho menos. ¿No era aquello algo común entre las parejas? Las fechas coinciden con las del parto.

Recuerdo que más o menos pasado un mes fuimos a visitar a mi familia. Yo intuía el disgusto que las reuniones con mis padres y parientes producían en él. Estaba segura de que accedía sólo por complacerme, o para disimular. Ya no sé. Mi papá cumplía años ese día y mi madre se había esmerado en preparar una paella espectacular: los camarones más grandes del mundo, toneladas de almejas, pedazos de pulpo a granel, chorizo y pollo, una consideración amorosa para los que, como yo, detestamos los mariscos. Para entonces, mi conciencia ya me jugaba mal. Aunque durante la comida traté de sonreír, estaba segura de que mi mamá podría leerme la

cara y adivinar todo lo que estaba sucediendo en nuestra casa. Mi nerviosismo y mi torpeza eran más evidentes que de costumbre. Tiré mi copa de vino blanco sobre el mantel. Me sentía incapaz de seguir una conversación, así que estuve más bien callada, mirando a Raymundo disfrutar su paella despreocupado, mecánicamente, como si su cuchara fuera una retroexcavadora que sacaba tierra de un lado y la depositaba en otro.

Al terminar, cuando yo ayudaba a mi madre a llevar las cosas a la cocina, ella me picoteó juguetona las costillas y me dijo: Se ve que estás bien enamorada. Se rio, cómplice. ¿Eso era todo lo que podía ver en mi cara? Desde el fregadero, con las manos enjabonadas y subida en el taburete especial para mí, podía escuchar la voz gruesa de Raymundo conversando con papá sobre un partido de fútbol. Nadie sospechaba nada. Parecíamos una pareja bien avenida. La rara de la familia al fin tenía novio y era alguien que sabía de deportes y era capaz de apreciar los platillos de mamá. ¿Qué más se podía pedir?

El olor de los trastes sucios y el jabón hizo que mi garganta se rebelara. Corrí a vomitar al baño y traté de convencerme a mí misma de que eran los nervios por toda la situación, o que tal vez algo me había caído mal. Quizás algún pedacito de marisco no tan fresco que comí por error. Claro que me equivocaba, pero en esos momentos no me podía dar el lujo de pensar que podría estar embarazada. Nadie me preguntó qué tenía, así que traté de fingir que todo estaba bien. Fue a partir de ese día que comencé a aislarme de mi propia familia. No podía mentirles a la cara así sin sentirme una mierda. Una pequeña mierda. No sé qué me daba más miedo: que me descubrieran, o decepcionarlos de esa manera. Procrear una criatura a partir de un monstruo. Yo, que a mi modo era uno también. Por eso, si mi familia insistía en que los fuera a visitar, me evadía un par de veces, y a la tercera iba a verlos, sin él, excusándolo con alguna mentira.

Sabía bien que al salir yo de la casa, Raymundo se quedaba a solas con ella. Al regresar siempre la encontraba ausente, llorosa, callada, sucia. Verla así me provocaba celos, pero al mismo tiempo me invadía una profunda lástima. Trataba de resarcirme con ella preparándole algo rico de cenar, escabullendo un dulce o un juguetito, un detalle pequeño pero especial. Ella aceptaba mis ofrendas como un perro apaleado que se frunce cuando alguien quiere acariciarle la cabeza. Ya bañada, se atrevía a hablar: ¿sabes si me está buscando mi mamá? Era su pregunta de siempre. Un día me contó que Raymundo le decía que a su familia no le importaba. Que había pasado por el parque y había visto a su mamá platicando muy contenta con sus amigas. Sólo nos tienes a nosotros, le había dicho. Nadie te busca: ya se olvidaron de ti. Por eso la pobrecita insistía con lo mismo. Me rompía el corazón. A lo mejor por eso un día me acerqué hasta su orejita y le dije muy bajo: tu mamá ha salido en la tele pidiendo ayuda a la gente para buscarte. Hay letreros con tu foto en todos los postes de la ciudad.

Ella sonrió por primera vez desde que llegó al sótano. Otra vez la sensación

agridulce: la calidez de esa carita sonriente y saber que yo había traicionado a Raymundo se mezclaron en mi interior. Me dieron náuseas de nuevo. Mi cabeza iba a explotar por tantas contradicciones. Tuve que vomitar en el escusado del sótano; al ver lo sucio que lo dejé, pensando en que a mí me tocaría lavarlo, me di cuenta de que tantos vómitos no podían ser otra cosa más que eso. En ese momento ella me pidió que la ayudara a escribirle a su mamá una cartita sólo para que supiera que estaba bien. Se quedó callada unos segundos, quizá pensando en lo que acababa de decir. Bueno, no estoy bien... Yo traté de desviarme del tema contándole sobre una nueva película para niños que vi anunciada. El sabor ácido y corrosivo del vómito recorría mi garganta. Quise llorar y salir corriendo para meterme debajo de alguna piedra, pero me quedé inmóvil y le prometí que se la iba a conseguir en DVD para verla juntas. Logré que se olvidara de mandarle un recado a su mamá por un tiempo. Sólo un poco; los niños suelen ser insistentes.

Ahora que lo recuerdo desde aquí, me doy cuenta de que fue un proceso gradual que fue ganando velocidad. Hubiera sido difícil detenerlo. Ir a contracorriente toma más energía que dejarse llevar. Bien lo sabía yo, que aprendí a reírme antes que los demás de mi enanismo para no enfrentar a nadie. Así fue que me fui alejando de mis parientes, de mis de por sí pocos amigos, o conocidos, más bien. Dejé mi trabajo para asistir de tiempo completo a la niña. Me aislé del mundo y terminé recluida en la casa. Tenía más espacio en metros cuadrados para moverme que Cinthia, podía salir al súper, a la farmacia, al banco, sí. A pesar de esa libertad, terminé viviendo también una especie de encierro. Y como en uno de esos casos del síndrome de Estocolmo, que me explicó la psicóloga el otro día, ahora sé que yo estaba perdidamente enamorada de mi secuestrador.

Tú estás pensando en ese 5% que llega a hacerles daño a los niños. El otro 95% nunca llega a vivir sus fantasías. Piensa en su sufrimiento. La sexualidad es la fuerza más poderosa en los seres humanos. Nacer con una sexualidad prohibida debe ser terriblemente doloroso. El pedófilo que se las arregla para ir por la vida con la vergüenza de su deseo y sin actuar sobre él se merece una maldita medalla.

Lars von Trier, Nymphomaniac

Negro. Negro. Negro. Negro. Nada, sólo ella. No conocía ese nivel de oscuridad absoluta. Él apagaba las luces desde afuera y daba por terminado el día a cualquier hora, un Dios caprichoso. Cinthia se encogió aún más en su cama y se cubrió con la colcha tapándose la cabeza. Así podía imaginar que no veía nada porque ella misma había decidido esconderse, no porque estuviera atrapada en el sótano. Sabía que estaba bajo tierra porque cuando llegó él la había cargado como a un borrego sobre su espalda y, a pesar de tener los ojos vendados, la boca cubierta de cinta y de que pateó lo más que pudo, había sentido cómo los pasos de él caían con peso, al bajar una escalera. ¿Cuánto tiempo había pasado ya? Contuvo la respiración para escuchar algo, pero no pudo. Fuera de los sonidos producidos por su propio cuerpo, la oscuridad también era silencio. Recordó cuando su maestra les habló de los hombres de las cavernas. No tenían electricidad y su única luz era la del sol. Sus noches debieron ser negrísimas, igual que el cuarto en donde se encontraba. Los imaginó agazapados al fondo de una cueva, con los ojos abiertos pero sin poder ver nada, tensando los músculos con terror: cada ruido podía significar que una fiera se aproximaba. Igual que ella.

Primero la luz, como una explosión dentro del cuarto; en seguida, el ruido de la chapa y el arrastrarse de la puerta pesada. Cinthia habló lo más bajito que pudo, rápida y apurada:

*Pesadilla pesadilla
que en la noche llegarás,
aunque mil veces lo intentes
a mi mente no entrarás.*

Su mamá le había compartido el secreto para ahuyentar el miedo cuando se despertaba de un mal sueño y no podía volver a dormir. Cuando era más pequeña y se subía a la cama de mamá porque tenía miedo, ella la tranquilizaba repitiendo aquella letanía. Con el paso del tiempo, Cinthia misma aprendió las palabras mágicas y le bastaba con repetirla dos o tres veces para poder olvidarse del mal sueño y volverse a dormir ella sola. Pero eso aquí no funcionaba. Esto era real. Nunca sus pesadillas fueron así. Los pasos dentro del cuarto se detuvieron de pronto. Una presencia. ¿Sería la enanita o él? Ruido de papeles. Antes de que subiera a su cama, Cinthia había estado dibujando y dejó el escritorio cubierto de hojas de papel. Su casa, su jardín, su mamá. El sol, las plantas, el cielo, la lluvia, perros, flores, niños jugando. Todo lo que

añoraba. Tuvo mucho frío de pronto. Un río de moco transparente empezó a correr por su nariz, como si estuviera agripada. Resistió las ganas de sorberlo y se acercó a la almohada muy despacio para frotar su nariz contra la tela. Un carraspeo. Un carraspeo como sólo los hombres hacen. Es él. Es él. Es él. Es él.

*Pesadilla pesadilla
que en la noche llegarás,
aunque mil veces lo intentes
a mi mente no entrarás.*

—¿Nena? —Su voz hizo que Cinthia recordara el agua de una fuente. No se parecía a la voz de los villanos en las películas que a ella le gustaban. Con ellos se podía saber —. ¿Nena, estás allí?

Por supuesto que estaba allí. ¿Por qué la hacía sufrir de esa manera? Se acordó de cuando jugaba a las escondidas con sus tías y, a pesar de que podían ver sus pies y su silueta tras la cortina, preguntaban con voz boba: ¿En dónde estará Cinthia? No la veo. Aquel juego siempre terminaba en risas. Este, en cambio...

Sacó la cabeza de la colcha para mirar hacia abajo: el cabello ralo, con más canas que color, como una nube flotando sobre aquel cráneo rosado. Cerró los ojos. Tal vez si fingiera que dormía. Imposible. Él volvió a llamarla.

—Cinthia, soy yo. Baja ya. —Notó el énfasis en la orden de bajar, pero no se movió. Apretó las piernas un poco más—. Mi hermano el malo no está.

El cuerpo de Cinthia, enroscado sobre sí mismo, temblaba sin control. Trató de contenerse, sin éxito. Si no bajaba, él subiría por ella. La lastimaría arriba de la cama y ella no quería que su olor se quedara en las sábanas, su único refugio.

—Ven, te traje algo. —Ella bajó al fin por las escaleras, despacio, las piernas inciertas al apoyar el pie en cada peldaño. Sabía que él podría verla desde abajo. Sólo tenía ese camisón para dormir y pasaba casi todo el tiempo metida en él, porque el ogro transformaba su día en noche a su antojo. Llegó al final de la escalera. Temblando, Cinthia intentó endurecer su cuerpo para que no cayera allí mismo, derretido por el miedo.

—Te traje esto. —Raymundo le ofreció un huevo Kinder. Ella se quedó mirándolo sin atreverse a tocarlo—. ¿Cómo se dice? —El tono didáctico, amenazador que usan todos los adultos y que sugiere que el bien en cuestión se podrá retirar si no se recibe el agradecimiento esperado, la forzó a hablar.

—Gracias. —Apenas audible, pero dicho al fin.

—Es tuyo. —Antes de que ella tomara el chocolate, la abrazó. Con su barbilla clavada en el hombro de él, Cinthia vio la foto enmarcada sobre la cómoda. El lugar se parecía a la sierra en donde ella había estado tantas veces, casi siempre en fines de semana con los parientes de mamá. Recordó el piso amarillo tapizado de agujas secas de pino que crujían bajo sus pies cuando buscaba hongos. Las piedras cubiertas de

musgo que ella imaginaba eran ranas. El aroma a pino y montaña cada vez que respiraba. Las piñas que pintadas de verde servían para hacer un árbol de Navidad en miniatura. Una vez había hecho un móvil con bellotas y piñas de pino colgadas con hilo de dos ramas en cruz. Su madre lo había puesto en la entrada de la casa y cada persona que las había visitado durante meses elogiaba aquella obra de arte.

—Yo te quiero, Cinthia. Nunca te haría daño.

En la foto se veía Isidro, con su pelaje color crema, corriendo, sus patas sucias de lodo y levantadas, como si volara. Se dirigía a quien estuviera tomando la foto, su imagen capturada para siempre, el hocico abierto, la lengua como una corbata roja de lado, en ese momento glorioso antes de llegar a su dueño. Si un perro lo amaba, ¿cómo podía ser un hombre así de malo?

—¿Por qué tiemblas? —Extendió sus brazos al frente y separó su cuerpo del de ella, pero sin soltarla. Sus manos gigantes le apretaron los huesos de los hombros—. Deja de temblar.

Ella miró la cara roja de su captor. Desde donde estaba podía ver los pelos negros y gruesos que brotaban de su nariz, como si una araña viviera allí dentro y sólo se asomaran sus patas. Él sonrió dejando al descubierto sus dientes manchados de amarillo. Era una sonrisa peligrosa: se estaba exasperando. Cinthia se quedó quieta y sintió un calor húmedo recorriendo sus piernas. Casi al mismo tiempo se le salieron las lágrimas.

—Ya te measte. —La violencia en su voz parecía anunciar que lo que seguía eran golpes. No. Hizo una pausa, respiró profundo y cerró los ojos. Al abrirlos, ya era otro—. No te preocupes. Le diré a Aimeé que venga a limpiar para que mi hermano no se dé cuenta.

Cinthia levantó un pie y luego el otro. Imaginó que el charco era grande; no se atrevió a mirar. Estaba congelada por el miedo. ¿A dónde podría correr si estaba encerrada en ese lugar tan pequeño?

—No te voy a regañar. —Su dedo rugoso se acercó a su cara para quitarle una lágrima—. No me confundas con él. —Se puso de pie y tomó la manita de ella: la acercó a la ducha—. Tienes que bañarte porque si no te limpias te vas a rozar.

Con la otra mano apretó el chocolate con fuerza.

—No soy como mi hermano, pero si no me obedeces me puedo enojar y no sabrás cuál de nosotros está contigo. —Dio un paso y le arrebató el huevo que la niña había hecho trizas dentro del aluminio—. Mira, ya lo arruinaste.

Cinthia siguió con la mirada el trayecto del huevo sin forma hasta la cómoda. La alegría del mundo entero estaba concentrada allí en ese pedazo de chocolate y ahora se alejaba. Ojalá no lo tirara: ella podría lamer el chocolate pegado en la envoltura. Sintió que toda la fuerza se le iba del cuerpo.

—En cuanto te bañes, te lo regreso.

—No sé poner el agua. —La voz de Cinthia era casi un susurro.

—Yo te la pongo. —La cara de él se había transformado y ahora sonreía—. Tú

mientras quítate esa ropa sucia. —Los músculos de Cinthia se tensaron: se hubiera orinado otra vez si tuviera algo todavía en la vejiga—. No voy a mirar. Te lo prometo.

Raymundo abrió la llave de la regadera; en cuanto se calentó el agua, caminó con una mano tapando sus ojos y se sentó en el suelo, de frente a la pared y de espaldas a ella. Sus articulaciones tronaron y él soltó un quejido que a Cinthia le recordó a Gargamel, el hombre encorvado que perseguía a los pitufos.

—Te juro que no voy a verte.

Sin quitarle los ojos de encima a ese lomo como de toro, la niña se llevó las manos a las pantaletas orinadas, pero no tuvo fuerzas para hacerlas bajar por sus piernas. Su piel estaba erizada por el miedo.

—Si no te apuras, va a llegar mi hermano.

Cinthia se desvistió torpemente y temblando entró a la regadera. Desde allí volvió a mirarlo: seguía de cara a la pared. Tomó la esponja, le puso el jabón líquido que olía a fresas y la frotó contra su cuerpo. Quería terminar rápido: se le caía la esponja, tiritaba, no podía hacer nada bien. Percibía la presencia del hombre aun cuando sus ojos estaban cerrados mientras lavaba su cabello. ¿Era él o el otro? ¿De verdad había dos? Imposible saber. Si los gemelos son iguales no se pueden distinguir. Sólo las mamás pueden porque ellas conocen bien a sus hijos. Siempre que él, o cualquiera de los dos, se acercaba a ella, el terror le anesthesiaba los sentidos y su mente se evadía viajando a cualquier otra parte: a casa, con mamá; a la escuela, con su maestra. Si estaba en otro lugar no podía sentir los golpes o los besos, los gritos, ese dedo que la partía en dos. O si la obligaba a chupar esa parte horrorosa que Cinthia no sabía ni cómo nombrar. No es que no se diera cuenta de lo que sucedía, sino que era capaz de verlo a distancia como si ella se asomara a ese lugar desde alguna esquina invisible. Era un ratoncito en un hueco que veía indiferente cómo ese hombre recorría con sus manos y su lengua el cuerpo de esa niña que no era ella. ¿Era el malo? Porque otras veces recibía chocolates, juguetes, alguna película infantil. El hombre que le traía obsequios no la tocaba; incluso a veces le permitía jugar con Isidro. Esto le fascinaba a Cinthia; casi se olvidaba de todo por un momento. ¿Era el bueno?

Raymundo se masturbó mientras Cinthia se bañaba, mirando a través de un espejo de mano. Pensó en Julie a esa edad; recordó a Normita también. Eyaculó antes de que Cinthia se envolviera en una toalla y le dijera que no tenía otra pijama para ponerse. Él se puso de pie y le dijo que le avisaría a Aimeé para que se encargara de eso. La erección levantaba su pantalón como si un cuervo intentara salir a través de la tela. Con la mano pegajosa y oliendo a semen tomó el huevo de chocolate, que ya no tenía forma de un huevo, y se lo entregó a la niña al tiempo que se limpió la mano en aquel cabello recién lavado.

7 de julio, 2014

Raymundo,

No te escribí el mes pasado porque seguía enojada, pero creo que ahora estoy mejor. Yo no sé qué efecto tiene este lugar que los pensamientos me sacuden tanto. No eres el único malo de la historia. Tengo que confesar que no siempre me porté bien con ella. A veces los celos no me dejaban dormir. Y después era la culpa, el saberme una mierda de ser humano. Recuerdo que un día, de vuelta en mi cama y contigo roncando a mi lado en la oscuridad, pensé en que si yo no podía ser alta, delgada y bonita, normal, al menos, caray, por lo menos debería ser generosa. ¿Pero se puede ser así cuando la vida te ha negado tantas cosas? ¿Cómo podía yo ser buena con una criaturita que sufría, inocente, pero que a la vez me robaba tu corazón? Yo no sé si ella te dijo lo que pasó o si tú notaste algo en mis ojos. La verdad es que no creo que la niña me haya acusado contigo: la aterrizaras.

Si comparo lo que yo hice con lo que tú hiciste se podría decir que lo mío no fue nada. De todas formas, por más que me lo repito a mí misma, no puedo dejar de sentirme la peor persona. Por ejemplo, a veces al peinarla jalaba su cabello muy fuerte, a propósito. También la llegué a pellizcar así de la nada, cuando sentía que los celos me quemaban por dentro. Me dolía a mí y yo quería que le doliera también a ella. Ya lo sé. Como si no tuviera suficiente, la pobre. Por eso al rato me llenaba de culpa y regresaba con algún dulce para darle. Todo eso fue terrible, sí, y me arrepiento mucho. Pero de lo que hablo es de otra cosa.

Fue un día en que me la encontré más triste que de costumbre. Se estaba marchitando, tú mejor que nadie tenías que darte cuenta de eso. Aquella tarde estaba desolada. ¿La habrías lastimado mucho? El caso es que empujó el plato de espagueti y se negó a comer. Yo la veía cada vez más flaca, así que le insistí. Ella empezó a chillotear y me preguntó que por cuánto tiempo la ibas a tener allí. Me puso esos ojos, ya sabes cuáles. Esos que te parten el alma. Bueno, al menos a mí me la partían. Era una cosa muy rara: al verla así, sentí al mismo tiempo una admiración por su belleza, dolor por su situación y odio porque tú la deseabas tanto. Triunfó lo último, porque le aventé el plato encima. ¡Hasta que te mueras! Así le grité.

Tengo que decírselo a alguien porque me está matando por dentro. Ya sé que contártelo a ti es como confesarse con el diablo, pero no me atrevo a decírselo a nadie más. Lo peor fue que ella, en lugar de aullar o pegarme o tirarse a hacer un berrinche, se abrazó a sus piernitas, hundió la cara entre sus rodillas y se quedó así, temblando

por las lágrimas, toda sucia de pasta y salsa roja. Yo me salí del sótano sin poder controlar las sensaciones que se mezclaban en mi cuerpo. Y no me lo puedo perdonar hasta ahora. ¿Qué me costaba darle ánimos? Quitarle la esperanza a alguien es lo peor. Soy un monstruo, Raymundo. Tú hiciste esto de mí.

Aimeé

Sólo alguien que haya vivido en un calabozo puede entender el silencio absoluto de aquí abajo. No hay ruido a menos que yo lo haga. Enterrada. No hay ruidos de afuera que me ayuden a vivir. Con frecuencia pongo un disco, no para escuchar música, sino para oír algo.

John Fowles, El coleccionista

¿Cuánto tiempo se necesita para ir del horror a la resignación? Al cumplirse medio año del rapto, en el que nadie pidió rescate, la hija de Susana se convirtió en el principal tema de conversación de la familia. Hablaban de ella en pasado, como un anciano que recuerda con nostalgia algún amor de juventud. Anécdotas de cuando bebé, sus hazañas: sentarse sin ayuda, gatear, caminar sola, las primeras palabras. También aludían a las cosas menos importantes, tiernas y graciosas, que alguna vez Cinthia dijo o hizo. Enlistaban sus juguetes favoritos, la comida que detestaba y la que provocaba que diera brincos de gusto, los juegos que más la entretenían, sus travesuras, lo que seguramente pediría para Navidad si estuviera allí. Si no... Pero Susana no podía participar en esas conversaciones, ni siquiera toleraba escuchar el nombre de su hija en boca de sus parientes. Eso era traición. ¿Es que ya se habían dado todos por vencidos?

Sentadas en los sofás de la sala, de rayas naranjas y blancas que a su madre le parecían el colmo del mal gusto y no tenía empacho en hacérselo notar, sus dos hermanas la miraron rechazar la charola con las empanadas de membrillo.

—Es la receta de la tía Lola —dijo Doris, la mayor, pero Susana ni siquiera las miró. Tenía los ojos en un cuadro de la pared, desde donde una Cinthia de dos años sonreía a la cámara sosteniendo un pastelito verde con forma de Mike Wazowski; ella iba vestida con un blusón rosa, igual que el de Boo, la de *Monsters Inc.*, y se veía adorable con su par de coletas.

—Llamó la edecán para decirme que estaba para lo que se me ofreciera. —Susana se metió un mechón de pelo a la boca. Karla, más cerca de ella, se apresuró a quitárselo con su mano y con un movimiento lento y lleno de paciencia se lo acomodó detrás de la oreja.

—¿Y tú qué le dijiste? —Su hermana se limpió discretamente con una servilleta la grasa que el cabello de Susana le dejó en los dedos.

—Nada. Le colgué. —Los hombros se le vinieron abajo, como si fuera un títere al que alguien le hubiera cortado los hilos. Sus músculos perdían fuerza día con día.

—Hiciste bien. Qué descaro de la tipa el atreverse a llamarte, de veras. —Doris, la más pragmática de las tres, pensaba que era mejor cortar de tajo a alguien a lidiar con malos ratos. Si el marido de Susana se había ido con una edecán de cervezas, para ella bien podría estar muerto. Yo por eso mejor sola que mal acompañada, era su mantra para contestar a la pregunta recurrente de por qué no se había casado.

—Pero Héctor debe estar destrozado también; es el papá de Cinthia y pues ella ahora es la esposa... —Karla, idealista, se guiaba por la vida con la certeza de que

todo ocurría por una razón. Creía sin dudar en el poder de las oraciones, y compartía fotos de atardeceres y citas bíblicas en las redes sociales—. Tal vez Dios la puso en tu vida para apoyarte en estos momentos.

Doris le lanzó una mirada de muerte que hizo que Karla tomara su taza de café y cambiara de tema. Preguntó si se acordaban de aquella vez en que Cinthia había metido el brazo en la pecera de la abuela y había hecho un licuado de peces. Doris soltó una carcajada, complacida ante el giro en la conversación. Añadió su granito de arena a la historia: ella había pasado a la cocina a buscar un vaso de leche cuando escuchó un chapoteo sospechoso.

No pudo terminar la anécdota: Susana se levantó y fue a encerrarse a su cuarto. Karla se quedó mirando sus propias rodillas y se puso a limpiar con la yema del pulgar la orilla de su taza manchada de carmín.

—¿Cuánto tiempo tendrá sin bañarse?

Doris terminó de masticar una empanada. Sacudió unas migajas de su blusa y se puso de pie alisando su falda.

—No sé, pero apesta igual que esa loquita que anda caminando por el centro. — Se miraron por un momento, y aunque las dos se reconocieron fastidiadas, ninguna dijo más.

Doris recogió los platos para llevarlos a la cocina. Hacía semanas que visitaban a Susana, tratando de animarla, distraerla, y todo era en vano. Ella misma había recorrido las calles aledañas al parque y tocado casa por casa preguntando por su sobrina. Con una servilleta juntó las migajas de la mesita de centro y las dejó caer sobre una de las tazas. Era duro, pero todo apuntaba a que su sobrina no iba a regresar y parecía que Susana ya se había atascado en la desolación. ¿Les correspondía a ellas intentar sacarla de ese pantano?

En el cuarto oscuro, acostada bocabajo sobre el colchón, Susana miró las pastillas que le habían recetado para poder descansar. Las noches eran las peores porque su cabeza se daba a imaginar con libertad los peores escenarios: su hija desmembrada en una bolsa de basura, su hija amarrada a la pata de una cama metálica en alguna ciudad asiática, su hija vagando por calles desconocidas, hambrienta y con frío, su hija viviendo con un matrimonio que la golpeaba con cualquier excusa. Los días eran largos y no mucho mejores: escuchar nuevamente del encargado de la investigación que no había ningún avance, tolerar las visitas de familiares y amigos que venían a consolarla pero en realidad le daban el pésame, meter el dedo en la herida de su propia culpa, arrancar la costra, dejar que corriera la pus y la sangre.

Sobre el buró, junto al frasco de las pastillas y un vaso con agua había también un alebrije, un sapo azul con alas de mariposa y cola de mapache, regalo del día de las madres pasado, hecho por Cinthia. Pensó en cómo siempre que su hija iba a cualquier parte, a la escuela, a casa de una amiguita, con la abuela, se despedía de ella. Era un ritual que podía tomar muchas formas, como las notitas que Susana escribía en la mañana y escondía en el sandwich que le preparaba a Cinthia para el recreo, los

besitos que soplaba de la palma de su mano para que volaran hasta la niña desde la ventanilla del auto, el movimiento de una mano como una mariposa torpe aleteando mientras Cinthia le dedicaba a ella, su madre, esa sonrisa que la hacía sentir un calorcito interno que se expandía por todo su pecho y su vientre. Lo más cruel de la situación era que esta vez, la única que importaba, no había tenido la oportunidad de decirle adiós. Susana había estado tan distraída que ni siquiera recordaba cuáles fueron las últimas palabras que intercambió con ella. ¿Ten cuidado, no te vayas a caer? ¿Trata de ser buena con la gordita que no tiene amigas? Tampoco pudo recordar la última imagen de su hija. Es como si alguien hubiera pasado un trapo por su memoria. Ahora Susana no tenía ni un recuerdo firme al cual aferrarse.

Se sentó en la orilla de la cama y vació un puñado de pastillas sobre la colcha. ¿Cuántas mujeres, famosas o anónimas para el mundo, habían codiciado esa misma pildorita que prometía alivio? Nadie se había preocupado por la posibilidad de que Susana las tragara todas y terminara con la angustia de no saber en dónde estaba Cinthia. Porque es lo que hacen las verdaderas madres: luchan hasta el final, nunca pierden la esperanza. Por momentos estaba segura de que ya había muerto, pero no se atrevía a decírselo a nadie. ¿Eso la volvía una mala persona? No tenía nada para arrastrarse desde este cráter hasta el final de su existencia, que, esperaba, llegaría pronto. Nada. Se convertiría en un tiliche más de la casa, se desharía poco a poco y terminaría siendo pelusa debajo de la cama. Pero ¿y si su hija estaba viva? ¿No era eso peor?

—Merezco morir —dijo como si alguien más estuviera en la habitación. El pensar que su niñita ya había muerto la hacía merecedora de su propia muerte. El tono de su voz la sorprendió. Apretó las pastillas en su mano, cerró los ojos y se dejó caer hacia atrás, imaginándose en la orilla de un risco muy alto. El colchón la acogió con un ruido seco. Miró el techo: una telaraña deshabitada, un pellejo de pintura a punto de despegarse, y algo que podría ser una palomilla o un mosquito. Las cosas, el mundo, la gente, todo seguía igual a pesar de la ausencia más importante de todas. El llanto le llegó con la fuerza de una ola que se azota contra la playa. Se estaba ahogando. Sí, pronto, que termine pronto.

Pero escuchó otra voz:

—Levántate, chiquis. —Al principio no supo si le pertenecía a ella misma o a alguien más. Una red de color rojo cubrió sus párpados. Abrió los ojos para ver a Karla descender las cortinas y luchar contra el mecanismo de la ventana. Había usado el apodo que la familia le reservaba a la más pequeña de las hermanas—. Anda, no te puedes quedar así. —Karla fue a sentarse a su lado y puso el dorso de su mano sobre la frente de Susana, buscando indicios de fiebre.

—Este cuarto necesita ventilación. —Ahora la voz de su otra hermana—. Y perdón que te lo diga, pero un baño no te vendría mal.

Susana se dio la vuelta y hundió la cara en la almohada.

—Anda, no puedes seguir así. —Karla jaló sus hombros con suavidad, pero

Susana se aferró a esa posición.

—Déjenme en paz. —Las dos se miraron, como si la orden fuera sólo para una—. Quiero estar sola.

Aquella escena ya se había repetido hasta el cansancio. No insistieron más. Dejaron el cuarto diciendo algo que Susana no se permitió escuchar. Esperó con los músculos tensos y la respiración contenida: escuchó primero el sonido de la puerta principal y luego el motor del carro de Doris, en el que habían llegado juntas. Cuando los sonidos se desvanecieron en la lejanía, se relajó. Tenía ganas de coserse los labios y no volver a hablar nunca más. ¿Por qué no podían entenderla? Se sentía mareada, delirante, como cuando las monjas la hacían ayunar. ¿Se había tomado las pastillas? No pudo recordar. Entre el insomnio y la negación, el mundo se volvía confuso.

Ese mismo día se había levantado a las siete de la mañana sin que sonara el despertador y automáticamente se dirigió a la habitación de Cinthia para apurarla a vestirse para ir a la escuela. Al entrar le pareció incluso escuchar la respiración de ella, dormida. ¿Estaría sonámbula? La había llamado por su nombre un par de veces, pero al acercarse a la cama buscando su cuerpo sólo vio a Cocol, un caracol de peluche marrón, descansando contra un cojín. ¿Quién tendió la cama? No había sido Susana. El sábado que desapareció Cinthia, las dos se habían ido al parque Guadiana dejando la casa tal cual. Hubiera querido meterse a las mismas sábanas que dejó antes de irse. Alguna vez leyó que las sábanas están llenas de células muertas y de cabellos de la persona que allí ha dormido. Tampoco había ropa sucia en el cesto. Maldita la gente que, queriendo ayudar con el quehacer, había terminado por borrar toda huella de la persona más importante de su vida.

Se puso de pie sólo para cerrar las cortinas nuevamente, apagó la luz y volvió a acostarse. ¿Habría sufrido mucho al morir? Si aparecía el cadáver, ella no sabría qué hacer con él. Quizás al verlo Susana se convertiría en polvo negro, como los personajes de caricaturas a los que les explotaba una bomba en las manos. ¿Pero y si seguía viva y estaba sufriendo? ¿Estaría Cinthia pensando que el mundo, en especial su madre, la había abandonado? Aquella idea hizo que toda Susana se estremeciera. La sensación era que su cuerpo estaba hecho de Play-Doh y alguien la estaba metiendo a la fuerza en un pequeño molino hasta que ella salía dividida en tiras de espagueti de colores por el otro extremo.

16 de agosto, 2014

Hace un año que llegué aquí. Siento que por lo mismo, tengo que escribir algo hoy. ¿Pero para quién escribo en realidad? Ya no sé. Al menos es algo con qué llenar las horas. Hay días en que estoy segura de que nadie va a leer esto y aunque me frustra un poco, también me da más confianza para expresarme. Es un alivio depositar todos mis pensamientos en estas hojas de papel. Es como hacer limpieza a fondo en una casa muy sucia. Mis propias acciones se ven ahora distintas, ajenas. ¿Les pasará así a todos los que están en la cárcel?

La verdad es que durante los últimos días en la casa de Raymundo mi vida empezó a desmoronarse. Cada día era más difícil sobrellevar esa dualidad: estar enamorada de él y saber lo que hacía con la niña. El tener que compartirlo a él y, a la vez, ayudarlo a cuidarla. Me resistía por igual a tenerle lástima y celos a esa criatura. La confusión interna me estaba destrozando. Si llegaba a salir a la calle, todo me parecía incorrecto, fuera de lugar. La gente con sus malas caras, gordos deformes, un tráfico agresivo, sin tregua. Los edificios escarapelados y con grafitis, los baches de las calles, el polvo, el cielo de un tono lodoso y sucio. El hedor a orines de las paredes, la mierda de los perros sobre la banqueta, la basura acumulada en las coladeras. La fealdad me rodeaba. Seguramente había partes de la ciudad que no eran así, pero yo sólo me fijaba en lo horrible. El mundo era un espejo en el que se reflejaba el interior de mi mente, lo que yo sabía que sucedía en mis propias narices y trataba de negar la mayor parte del tiempo.

No podía confiar en nadie. Mi mundo se volvía más pequeño cada día y comenzaba a ahogarme. Al mismo tiempo, también había momentos en los que era capaz de desligarme de todo. Como si fuera una psicópata. Una enana psicópata. El horror. ¿Cómo explicarlo? Acostada en mi cama con los ojos cerrados, podía percibir mi entorno desde lejos, como un pájaro que vuela por encima de lo que sucede en el suelo. Las cosas se cruzaban frente a mis ojos, pero no me incumbían: muy parecido a mirar un documental en la televisión. Calmada, sabía cómo sucedía todo: él violaba a la niña y yo no sentía miedo, ni asco, ni compasión. Mi punto de vista era frío, sin emociones. Si acaso tenía cierta curiosidad, pero nada más. La escena quedaba grabada en mis nervios ópticos, no en mi corazón. Lo más difícil de explicar es que nunca vi nada en concreto: sólo la veía antes o después de que sucediera. Y sin embargo, tenía los elementos para ver, como si fuera un juguete desarmable, y sólo tuviera que unir las piezas. Lo que esporádicamente me hacía a mí, se lo hacía a ella.

Yo conocía bien su cuerpo desnudo y el de ella también, pues la había ayudado a bañarse y vestirse muchas veces. Éramos casi de la misma altura. Podía visualizar sin problema en mi mente todo lo que pasaba en el sótano. La única diferencia era que yo anhelaba esos encuentros y para ella resultaban el peor de los infiernos imaginables.

Y de pronto, salía de ese trance y mi cerebro se volcaba en mecanismos de negación muy complicados. Ahora hasta utilizo el vocabulario de la psicóloga. Pero tiene sentido porque lo que no se puede concebir en la imaginación no se puede realizar. La idea de lo que sucedía en la casa era horripilante, imposible. El que alguien estuviera al tanto de eso y no hiciera nada era inimaginable. Entonces no podía ser cierto, ¿verdad? Me estaba volviendo loca, sí. De ese punto en adelante pasaba a sentir celos, a temer que él fuera a abandonarme. Si él me dejara yo tendría que ser otra vez la enana que atrae miradas morbosas, burlas, compasión ajena, caras de asco. Un futuro de soledad y celibato hasta morir. ¿Podría volver a eso?

Mi novio, el amor de mi vida, era un pedófilo que tenía a una niña secuestrada en el sótano de la casa en donde yo vivía con él. Ahora sé que hay cosas tan espeluznantes que no se pueden comprender en el momento en que suceden. Hay otras que ni siquiera se pueden concebir. Cuando pasa el tiempo, cuando quedan cenizas y todos se han ido, una se da cuenta de lo que sucedió en realidad.

Quizás eso significa «tocar fondo»: el mundo cambia a tal punto que ya no se puede volver a lo que era. Me avergüenza decir que en mi caso no fue porque quise hacer lo correcto, sino porque el más puro egoísmo me llevó a actuar. No puedo olvidar esa tarde: yo comía galletas y navegaba en la red en busca de noticias sobre nuestro caso. Me incluía porque estaba al tanto de que había participado como cómplice. Era nuestro caso. Todos los días peinaba los sitios de noticias en busca de... ¿qué esperaba encontrar? ¿Que la policía tenía pistas? ¿Que había sospechosos?

Me era imposible no revisar las noticias. Con el transcurso de los meses, al parecer, la madre perdió las esperanzas, y la policía, que si acaso por la presión de los medios hizo algo al principio, terminó por abandonar la investigación. Si es que alguna vez la iniciaron, claro. A falta de cadáver, se manejaba la teoría de que la niña fue llevada al extranjero. Estaba ya en la lista de alertas de la Interpol.

Sin dejar de masticar, pensé en lo absurdo que era buscar fuera, cuando ella estaba en la misma ciudad, mucho más cerca de lo que nadie podría imaginarse. Las apariciones de la madre en la televisión fueron disminuyendo y las hojas con la foto de Cinthia en los postes terminaron por desaparecer debajo de ofertas de trabajo, perros extraviados y anuncios de grupos musicales. Acerqué la mano al paquete de galletas: vacío. Yo había empezado a comer mucho, muchísimo. Frente a la computadora o la tele me acompañaban pastelillos, papitas o las sobras de la comida que yo misma cocinaba. Nunca fui una varita de nardo, pero solía comer con cierta moderación porque una enana no se puede dar el lujo de ser obesa. Ahora mis caderas eran igual de anchas que las de una mujer frondosa de tamaño regular, pero mis piernas medían menos de la mitad. No podía evitarlo: desde hacía unas semanas, un

hambre urgente y desconocida para mí me obligaba a comer todo el tiempo.

Me puse de pie sobre la cama para verme en el espejo del tocador, que me bastaba para ver mi cuerpo entero. El reflejo era el de una enana gorda. Mis brazos, mis piernas, todo era más grueso y ancho. Me fijé en el vientre: redondeado y terso, lleno de estrías. Por lo regular uso vestidos, pero creo que si hubiera intentado ponerme unos pantalones ya no me habrían quedado. Y los pechos, que de unos días a esa fecha me dolían, también habían aumentado de tamaño. Pensé en cómo últimamente se desbordaban del brasier y hacían que me viera fatal. Me dejé caer de sentón sobre la cama. No podía ser. Recordé las náuseas que me habían atormentado dos o tres meses antes, pero que un día desaparecieron como si nada.

Me emocioné y me llené de miedo al mismo tiempo. Una vez más, mi mente se dividía en perfectos opuestos. Ya era tarde para salir, pero al día siguiente, muy temprano, con la excusa de comprar jabón y champú, pasé a la farmacia por una de esas pruebas de embarazo. De la cajita saqué una cosa larga y blanca. Leí las instrucciones y oriné en el lugar indicado, mojándome las manos. Pasaron unos minutos que me parecieron eternos: dos rayitas paralelas se hicieron visibles. Vi mi imagen en los azulejos del baño: mi frente de delfín nariz de botella. La peor noticia de mi vida.

¿Qué hacer con ese pedazo de plástico? Lo envolví en papel de baño y lo puse en el fondo del bote de basura. Corté varios pedazos de papel higiénico, los hice bolita y los puse arriba. Mi respiración estaba agitada, como si hubiera corrido kilómetros. Claro que aquella prueba de farmacia podía estar equivocada. Una vez escuché a una de las señoras de la natación decir con tristeza que creía estar embarazada, pero que ese tipo de pruebas daban falsos positivos a veces. Lo mejor era un estudio de sangre.

Un par de días después, en cuanto terminé de alimentar a Cinthia y Raymundo se fue a la obra, fui a un laboratorio en el centro para hacerme los análisis. Tuve que esperar hasta la tarde por los resultados. Para volver a salir le di la excusa a Raymundo de que mi mamá necesitaba que la ayudara a llenar unos papeles para un seguro. Una señorita con bata blanca me entregó un sobre cerrado. Lo abrí allí mismo en la recepción. Cuatro meses de embarazo. Rompí el papel y regresé a casa.

Me sentí morir. Las enanas, al tocar fondo, caen más abajo que los demás.

Tal vez algunas personas sí notaron algo, pero no les importó —¿por qué tendrían que decir algo? Al final del día, el sótano de la casa me pertenece a mí. Es mi reino y sólo yo entro en él. Todo mundo en el área lo sabía. Eso incluía a mi esposa, mis hijos y mis inquilinos. Ninguno de ellos pudo alguna vez entrar por la fuerza a mi reino, ni siquiera preguntarme qué hacía yo allí.

*John Glatt, Secretos en el sótano:
la vida de Josef Fritzl*

A veces resultaba difícil creer que era cierto. ¿Cuántos hombres como él fantaseaban toda su vida con hacer lo que él había hecho, pero se morían al final sin haberse atrevido? No se trataba nada más de poseer al objeto del deseo, sino poder tenerlo siempre, como un canario que canta en exclusivo para ti, y tú sabes que es sólo tuyo y de nadie más. Era muy afortunado, sí, pero no en el sentido de alguien que encuentra un billete de lotería tirado sobre la banqueta y resulta ser el ganador del gran premio. No. Su suerte consistía en saber lo que quería y haberse propuesto conseguirlo. No había sido una labor fácil. Pensándolo bien, se lo merecía. Era su derecho sentirse así. Una sensación casi mágica. Raymundo parecía Raymundo al estar revisando los avances de los albañiles en la obra, o sopesando un aguacate en el supermercado para comprobar su madurez, pero no era él, sino que su cuerpo contenía en su interior a otro hombre, como aquellas muñequitas rusas que su madre tenía en la sala. Raymundo era también ese otro que hacía apenas un rato había incrustado sus dedos en aquella carne infantil, o besado esa carita hermosa aunque intentara huir. Suya. Sólo suya. Vivía en un estado perpetuo de maravilla.

Entró a la cocina y vio a Aimeé sentada con un periódico extendido frente a ella, sobre la mesa. El olor a café y a pan tostado dominaba el ambiente y, por un instante, tuvo una regresión de las mañanas en que aparecía los sábados en la cocina, legañoso y hambriento, y su madre ya estaba desayunando. La enana levantó la vista y le sonrió: a su lado había una torre de tres panes untados con mantequilla y el frasco de mermelada abierto con una cuchara dentro. Apenas pudo saludarlo porque tenía la boca llena. Visiblemente trataba de masticar con rapidez para tragarse aquello. Le hizo pensar en un roedor. Tuvo que esforzarse para darle un beso en la frente. No la vio a los ojos: centró toda su atención en el lunar que tenía en la punta de la nariz.

—¿Cómo estás, mi amor? —Por supuesto que no quería saber cómo estaba. Sólo podía pensar en la niña allá abajo, esperándolo perpetuamente. Pero sabía que Aimeé necesitaba reafirmaciones a lo largo del día para saber que todo iba bien. No podía descuidar a su aliada más importante.

Se fijó en ella. Comenzaba a adquirir la forma de una manzana, o un cerdito en dos patas, pero no sería él quien se lo dijera. Era cierto lo que comentaban otros hombres sobre que las mujeres, no bien se sentían seguras en una relación, se dejaban ir y se volvían unas vacas. Pero mientras fuera capaz de bajar al sótano y ocuparse de Cinthia, en realidad no era importante. ¿Había subido unos diez kilos? Sin duda no era su imaginación.

—Bien. —Cerró el periódico y apoyó los codos sobre la mesa—. Perdón, es que

ayer no cené...

Excusándose como todas las gordas. Lo conmovedor es que ella pensara que a él le importaba. Se sentó en la silla contigua, sacó el chicle de canela que traía en la boca y lo envolvió en una servilleta antes de tomar uno de los panes. Masticó, pensativo, sin despegar la vista de la ventana. Tenía que ocuparse del jardín. Necesitaba organizarse, planificar todas sus horas. No podía perder el balance y descuidar las cosas que por lo regular estaban bajo su cuidado. Todo debería parecer normal.

—¿Y qué hay de nuevo? —dijo señalando el periódico con un gesto de la ceja.

—De eso, nada. —La enana giró ligeramente la cara hacia el clóset que iba a dar al sótano—. Pero hay otras cosas. —Abrió el diario hasta encontrar una página—. Mira esto: una chica de dieciséis años mató a su compañera de prepa asestándole sesenta y cinco puñaladas.

Raymundo abrió los ojos parodiando sorpresa y se puso de pie para sacar una cerveza del refrigerador.

—¿Qué le habrá hecho la amiga para que la matara así? —Abrió la botella y le dio un trago largo.

—Subió fotos de su amiga a Facebook. Desnuda.

Él giró la botella ámbar entre sus manos: el vidrio estaba frío y húmedo. Arrancó la etiqueta con la uña del índice.

—¿Es normal que las amigas intercambien fotos de ellas encueradas? ¿O cómo es que las tenía?

Aimeé guardó silencio y levantó los hombros. La nota no abundaba en esos detalles.

—No importa. —Raymundo dio un trago rápido—. Qué desleal haber subido sus fotos privadas. —Pasó la yema del dedo anular alrededor de la boquilla—. Yo creo que merecía lo que le pasó.

La pigmea hizo ese gesto que a él le parecía horrible y que al parecer era su forma de sonreír. ¿Así serían todas las de su tipo? Parecía nerviosa: balanceaba sus piernas por debajo de la mesa. Aunque sus piernas siempre habían sido gruesas era evidente que de unas semanas a la fecha habían doblado su tamaño y estaban surcadas por venas hinchadas y azules. La miró en silencio: la carne de sus brazos ya no era tan firme y la piel que asomaba por su escote se veía rugosa, por exceso de sol. Estaba en esa edad indefinida en que no podría considerarse ni vieja ni joven. Si no tuviera ese defecto congénito sería como una de esas matronas italianas de edad indefinida, de cuerpo pesado y lento, bonachona y propensa a mandar, con ojos caídos y mirada húmeda, líquida, como los alcohólicos. Pero su condición la volvía una mezcla de muñeca, señora y niña. Algo perturbador y desproporcionado.

Raymundo obligó a su mente a pensar en Cinthia allá abajo. Podría apostar lo que fuera a que ella también pensaba en él en ese mismo instante. Obvio, no de la misma manera: tampoco se hacía ilusiones a estas alturas. Aunque ya habían pasado varios

meses, se resistía a quererlo. Seguía aterrorizada de él, a pesar de que la mayoría de las veces se hacía pasar por el gemelo bueno. Más de lo que quisiera, en realidad. Le traía dulces, juguetes, o la dejaba jugar con el perro. Lo más importante: si jugaba el papel del hermano bueno, no la tocaba. Y aun así la chiquilla le tenía miedo, como si él diera rienda a sus deseos todo el tiempo. Eso era ofensivo. ¿Es que no se daba cuenta de su gran esfuerzo para contenerse? La tenía a su disposición. Podía hacer lo que quisiera con ella y, sin embargo, se frenaba. ¿No contaba para nada ese esfuerzo? No en balde se dice que las mujeres son unas ingratas. Desde chiquitas.

La enana terminó de engullir el último pan. Se limpió las migajas que habían caído sobre su blusa y caminó hasta el refrigerador para servirse un vaso de leche.

—Otra noticia: «Se murió el hombre más gordo del mundo».

Él salió de sus pensamientos; vio al pequeño ser bambolearse de vuelta y subirse a la silla con dificultad.

—¿Qué?

—Bueno, ya no era el hombre más gordo del mundo al morir.

Le sonrió. Tenía los bigotes teñidos de blanco y eso hacía más evidente la presencia de aquel vello facial que tanta repugnancia le causaba, como todas las capilaridades del cuerpo femenino adulto.

—¿Se murió de gordo? —Hizo un gesto a la enana para que se diera cuenta de que tenía la boca sucia. Ella se detuvo a ponderar la pregunta por unos segundos antes de limpiarse los labios con una servilleta.

—De hecho, no. Aquí dice que se murió de complicaciones por una dieta muy estricta. —Extendió los brazos hacia Raymundo y a él le parecieron las protuberancias que salían del caparazón de una tortuga de plástico que vio el otro día en la juguetería al buscar una muñeca para Cinthia—. Quería bajar doscientos cincuenta kilos el pobre.

Él ya había notado que Aimeé tenía debilidad por ese tipo de noticias. ¿Sería que a los fenómenos les cautivaban las historias de fenómenos más desgraciados que ellos mismos? A veces parloteaba por horas contándole esas historias sin darse por enterada de cómo la quijada de Raymundo se iba tensando, o sin captar el silencio vacío que caía sobre los dos cuando ella al fin se callaba y él miraba hacia algún punto indeterminado, perdido en sus propios pensamientos. Se obligó a tomar esas manos gordezuelas entre las suyas.

—Y entonces de lo otro... ¿nada de nada?

Ella movió la cabeza negativamente. De su cuello grueso brotaron un par de lonjas pequeñas que desaparecieron en el momento en que se quedó inmóvil, mirándolo.

—Nada. —Sonriendo, jugueteaba con sus dedos. Eran gruesos y parecían orugas rosadas—. Parece que en este país todo se olvida muy rápido.

La miró sin saber si el comentario tenía algún significado adherido al reverso. ¿Estaba hablando como si fuera una cómplice, o estaba frustrada porque las cosas son

así en México? Pero sus ojos no le dijeron nada: ya estaba mirando con gula una caja de mazapanes cerca del tostador que él había comprado el otro día para Cinthia.

—Miles de personas desaparecen cada año. No se puede buscar por siempre a todos —dijo Raymundo descansando las manos sobre el estómago.

Él mismo había sido parte de la búsqueda inicial, cuando la comunidad manifestó cierto interés por ayudar. Había acompañado a otros hombres a hacer rondines por las calles de la ciudad y se había ofrecido a pegar volantes en los postes y paredes. Pero el ímpetu de la gente se había deslavado por completo para el tercer mes de la desaparición. Los que colaboraron de cualquier manera sentían que ya habían hecho su parte. Si la niña no era encontrada, quedaba en manos de Dios y sus caminos misteriosos. Seguirían teniendo a la inocente criatura en sus oraciones, eso sí. Cuántas veces había sonreído sin querer, al caminar hombro a hombro con los demás voluntarios. La sensación de poder se le trepaba por los pies y recorría su cuerpo entero hasta salirse por los brazos musculosos como los de Popeye, su caricatura favorita de niño. Buscaban a Cinthia, hacían conjeturas y teorías erradas sobre su paradero y el motivo de su ausencia, pero sólo él conocía la verdad. Allí junto a ellos, fingiendo preocupación, sabía exactamente en dónde estaba la niña. Tenía que hacer un esfuerzo especial por esconder su sonrisa de satisfacción.

—El otro día la vi. —Aimeé soltó las manos de Raymundo y se paró a buscar su cajetilla de cigarros—. ¿Puedo?

Él se sobresaltó: a veces se ponía a pensar y se olvidaba de que estaba acompañado. Asintió a lo del cigarro por compromiso. No le gustaba que fumara, pero era condescendiente. Hasta la persona más virtuosa era víctima de algún vicio en la vida. El suyo era bastante impopular comparado con el tabaco. Si aquel ser deforme quería embadurnar sus pulmones de chapopote estaba en su derecho. Sobre todo considerando la gran ayuda que le proporcionaba en aquel asunto. Aimeé lo encendió, dio una calada y lo puso en el cenicero que él le acercó. Al menos que no ensucie, pensó Raymundo.

—¿En dónde la viste?

—En el andador Constitución. —Volteó la cara a la derecha para exhalar el humo y le regaló su perfil de nariz de gancho y frente bulbosa—. Fui a comprar unos esquites para Cinthia.

Las fosas nasales de él se dilataron; apretó los puños, pero no dijo nada. Si la enana ya sabía que le disgustaba que saliera sin su permiso dejando sola a la niña, ¿por qué lo desobedecía? Ella pareció leerle la mente y agregó:

—Tenía mucho que me los estaba pidiendo la pobre. —Dejó la vista clavada sobre la mesa mientras seguía—. No creí que le hiciera daño a nadie si iba rápido y le traía uno.

—¿Y te vio?

—No, claro que no. —Tomó la cajetilla para sacarle la funda de celofán e intentó ponerla de vuelta en su lugar—. Estaba tomando un café con otras dos mujeres.

—¿Cómo se veía?

—Muy flaca. —Entornó los ojos como recordando la escena—. Despeinada, con ojeras.

Él dejó salir un suspiro. La mamá de Normita también había pasado de vestir como una prostituta callejera a las fachas de una señora con muchos años de matrimonio. ¿Podía confiar en que Aimeé no había hablado con aquella mujer? Tamborileó la mesa con los dedos. El berrido de un camión de bomberos invadió el ruido normal de la calle, alto y agudo hasta perderse en la distancia. No. Si hubiera tenido contacto con la mamá de la niña, ni siquiera habría mencionado que la vio.

—Ya tengo hambre. —Raymundo se resbaló en la silla, con la mirada perdida en el periódico. De reojo vio que el duende que tenía por novia se bajó de la silla, sacó del refrigerador el paquete de tocino, trajo las tortillas y dispuso todo junto a la estufa. La forma en la que se contoneaba al caminar le causaba mucha gracia a Raymundo. Siempre se había considerado un buen mimo: el otro día había hecho una imitación tal vez un poco cruel, pero muy divertida, de la enana mientras estaba con Cinthia. Se puso de rodillas para emular las piernas cortas de Aimeé y avanzó bamboleándose torpemente de un lado a otro, como un pollo de cuerda, con movimientos erráticos y ojos bizcos. Raymundo se había reído hasta que los músculos de su estómago le dolieron, pero a la niña no le pareció gracioso. Se quedó mirándolo con los ojos llenos de lágrimas y los dientes de conejito mordiendo el labio inferior. Aguafiestas.

Aimeé regresó a la mesa para servirle café y decirle que en un momento estaría listo su desayuno. Le dio la espalda, fue a sacar seis huevos de una gallina de alambre y empujó el banco para alcanzar las hornillas y la sartén. Rompió el primer cascarón. Se mordió los labios, como si quisiera decir algo y se reprimiera. Terminó de vaciar los seis huevos y tiró a la basura la pila de cascarones embonados uno dentro de otro. A él no le gustaba ver basura o cosas fuera de lugar, mucho menos en la cocina. Parecía que iba aprendiendo. Bien.

Raymundo la miró con interés. ¿Estaría escondiendo algo? Ella tomó una espátula y mezcló las yemas y claras; el tocino se freía salpicando gotas de grasa sobre la estufa. Sin dejar de mover su bracito ridículo, ella se volvió discretamente a verlo. Nada. No iba a sorprenderlo jamás. Él se puso los anteojos y fingió leer las noticias al mismo tiempo que acercaba la taza de café a sus labios. Apenas se giró la enana, él volvió a mirarla. Quería que se sintiera observada y exhibiera por sí misma las señales de culpa. Cuando ella le trajo el plato con su desayuno, él sonrió como sonríen los buenos esposos en las películas. Le acarició la mejilla y ella bajó la mirada.

Raymundo se concentró en comer, ignorándola por completo. Ella se excusó diciendo que iba a ver si la niña necesitaba algo. En cuanto estuvo solo, cerró los ojos e imaginó el cuerpo desnudo de Cinthia. En el momento en que él quisiera podría poseerla: ella abajo, disponible para él. Ninguna opción más que estar allí. Sólo había

que bajar al sótano y listo. Se tocó el miembro, tenso debajo de su pantalón. Quizá le pediría a Aimeé que fuera a conseguir algunas cosas al supermercado y entonces él visitaría a su tesoro. Terminó de comer, empujó el plato frente a él y cruzó los brazos detrás de su cabeza. Eso era la felicidad.

28 de septiembre, 2014

Nunca pensé en la maternidad porque las mujeres como yo sólo podemos aspirar a criar gatos hasta la muerte. Siempre imaginé mi futuro como una de esas ancianas que cuando mueren, algún vecino, guiado por el mal olor, descubre su cuerpo carcomido por las mordidas de los gatos que siguen esperando su lata de atún. Si eso era deprimente, me alentaba pensar que al menos no me había tocado vivir en la época donde la única opción para un enano era el circo, o en la antigua Grecia en donde tiraban a los deformes por un barranco. Todavía hay personas con acondroplasia que trabajan como bufones en los espectáculos de lucha, en el circo o como payasos para fiestas infantiles, pero ya no son las únicas posibilidades. Ahí estaba ese actor de *Juego de tronos*, tan guapo y tan famoso. Yo misma era recepcionista en la escuela de natación; un trabajo mediocre y completamente normal. A pesar de todo, me quedaba claro que ser madre no era para mí. Y como nunca me había planteado la posibilidad de serlo, al recibir las pruebas positivas de mi embarazo no supe cómo reaccionar.

Supongo que a las mujeres normales las educan desde niñas para esperar un futuro de boda, marido e hijos. Yo no recuerdo haber tenido muñecas con forma de bebé. ¿Será que mi propia madre no quiso alentarme para desear algo que nunca iba a tener? Y ahora los resultados de laboratorio aseguraban que yo tenía poco más de dieciséis semanas de embarazo. Sensaciones que no conocía recorrieron mi cuerpo. No sabía si eran sentimientos, ideas, o algo físico. Estaba alerta y, al mismo tiempo, a un paso de desmayarme. Contenta y con el llanto asomándose a mis ojos.

¿Qué me estaba pasando? Me sentía otra persona. Seguía siendo una enana, pero mi interior se volvió diferente y no sólo porque había un cuerpo minúsculo allí dentro. Era como si alguien hubiera cambiado de lugar las piezas de un reloj y se alteraran todas las funciones. Me toqué el vientre y percibí un movimiento interior. Yo no sé si para esa etapa del embarazo fuera posible sentir ya las pataditas del feto. Realidad o una jugada de mi imaginación, algo vivo empujaba por debajo de mi piel y movía mi mano. Si tuviera que señalar el instante en que sospeché que Raymundo y yo no estábamos predestinados a estar juntos hasta el fin de nuestros días, sería ese.

El amor de mi vida, sí. Me pregunté si era mi alma gemela en verdad, o sólo el único hombre que se había fijado en mí. Suena estúpido pensar en eso desde el lugar en donde estoy ahora, pero en ese momento me lo cuestioné por primera vez. No es que hubiera dejado de amarlo. Fue sólo que aquellas dudas vinieron a mi cabeza

como no lo habían hecho antes. Me avergüenza admitir que estoy segura de que todo mundo ya había pensado esto al enterarse de mi relación con él, o cuando comenzamos a vivir juntos, excepto yo. Hay preguntas incómodas que no nos atrevemos a hacernos porque intuimos que la respuesta no nos gustará.

Yo lo amaba y no me importaban las causas que lo habían movido para acercarse a mí. Incluso lo seguía queriendo tras enterarme de esa otra parte de él, aterradora y enferma. Es verdad que tras varios meses de tenerla en casa ya no me creía la historia, si es que alguna vez me la creí de veras, de que Cinthia estaba allí porque él quería ayudarla. Con todo y eso, lo lógico, lo correcto, hubiera sido que yo dejara de quererlo, pero mis sentimientos seguían siendo los mismos. ¿En qué me convertía eso? Fue mi embarazo lo que me puso en un dilema. Ay, de veras que soy un monstruo.

Me di cuenta de que a pesar de estar enamorada de él, también lo sentía por mi bebé. Ahora sé que es algo totalmente distinto, querer a un hombre y querer a un hijo. Siempre se habla del amor de pareja y del amor de madre como algo muy diferente. Aunque en la práctica se experimenta de una manera muy parecida. Yo pasaba días y noches pensando en esa criatura que tenía dentro, fantaseaba con escenarios que se parecían a la publicidad de la televisión: yo y mi hijo abrazados sobre la cama; yo alimentándolo con papilla; yo cambiando pañales, poniendo su tina para el baño, mirándolo dormir. A veces mis fantasías se volvían pesadillas e imaginaba su muerte. La sola idea me hacía llorar, inconsolable. Sí, era igual que estar enamorada. Yo no tenía la experiencia, pero pensaba que así se sentían las mujeres que aman a más de un hombre, culpables y sin dudar sobre lo que pasa dentro de su corazón. Estoy segura que, en el fondo, todas deben de tener su favorito. Yo lo tenía.

Recuerdo que me acosté bocabajo muy despacio para no lastimar al bebé, hundí la cabeza en la almohada y lloré durante un buen rato, sin miedo a que él me descubriera porque no había regresado del trabajo aún. Si al menos tuviera una amiga a quien contarle, o pudiera tenerle la confianza a mi mamá... En mi mente se mezclaban todas las posibilidades, miedos, suposiciones, dudas. Incluso lo que no me atrevía a preguntarme porque no quería saber la verdad. ¿Lo de él y la niña era una enfermedad, un gusto pasajero, qué? ¿Algún día él podría ser un papá normal para mi hija?

Un dolor de cabeza comenzó a atosigarme con fuerza, como si un insecto agujoneara mis ojos desde adentro. Me quedé dormida por no sé cuánto tiempo. Desperté hambrienta y con una resolución muy clara sobre qué hacer. Ya sé que mi pensamiento no era lógico ni mucho menos, pero en ese momento para mí tenía sentido. Decidí que no haría nada hasta tener alguna certeza, alguna señal. Desde que tengo memoria, he creído en las señales.

Tres lecciones de vida:

Nadie te verá.

Nadie dirá nada.

Nadie te salvará.

Elizabeth Scott, Niña muerta viva

El jardín que separaba la casa de Raymundo de los únicos vecinos a la izquierda se había vuelto un campo de paja. En el terreno baldío del otro lado, las malezas habían crecido exorbitantes. La casa tenía un aspecto de abandono de meses. Basura de toda la calle se acumulaba cerca de la banqueta, como capas geológicas en las que podían verse las envolturas de la comida chatarra de cada temporada. Alguien tenía que ocuparse, pero lo que sucedía dentro de la casa tenía prioridad y Aimeé apenas podía con el cuidado de la niña, limpiar, lavar ropa, trastes, y preparar la comida para todos. De la noche a la mañana se había transformado en un ama de casa, sin previo aviso, entrenamiento o experiencia. Eso es lo que hacían las madres. En ese instante vino a su mente la expresión de tristeza absoluta que deformaba el rostro de la mamá de Cinthia el día que se la topó en la calle. Parecía una enferma terminal de cáncer. Su imagen la había afectado durante horas. Pensar que ella tenía la información para terminar con el sufrimiento de aquella mujer y también de la niña. Porque sufría. Y mucho. Cerró los ojos.

Otoño ya: abejas y colibríes ausentes por la falta de flores, cielo despejado. A pesar de los rayos del sol hacía un viento fresco. Varios dientes de león se habían quedado calvos y las siluetas a contraluz parecían alfileres gigantes. Aimeé trató de aferrarse a sí misma y sus brazos cortos apenas se tocaron sobre su pecho. El olor fermentado de las guayabas del árbol del vecino que caían de ese lado de la barda se elevó hasta su nariz. La higuera ya había perdido casi todas sus hojas; varios higos sobrevivían en las ramas desnudas. Su fruta favorita. Tuvo el impulso de trepar a cortarlos, pero sabía que su cuerpo no estaba hecho para eso. Igual, los pocos que quedaban estarían ya picados por los pájaros, o secos y enjutos.

El otro día en el desayuno se le había salido decirle a Raymundo sobre ese encuentro. ¿Por qué fue tan estúpida? Por supuesto que no le dijo que al ver a la mamá de Cinthia en aquel estado tan deplorable se le había removido algo por dentro. No, su estupidez no era tanta. Sin embargo, un impulso la obligó a decir parte de la verdad, como si estuviera ante un sacerdote. Una verdad a medias o muy aderezada era mejor que una mentira frontal o una negación absoluta de los hechos. Pero Raymundo no era un hombre de la iglesia ni ella era una niña en misa temerosa del padre. ¿Por qué había sentido esa compulsión de hablar, como si el otro pudiera leerle la mente? Por momentos estaba segura de que si la miraba de frente a los ojos él podría adivinar lo que escondía. No había hecho nada, es verdad, pero estuvo demasiado cerca.

Sentada en uno de los escalones que daban a la puerta principal, Aimeé encendió

el tercer cigarro del día. Junto a ella, un gnomo de jardín de cerámica brillante parecía mirarla con desaprobarción. Sus bracitos convergían en una cintura gruesa que se desbordaba por encima del cinturón pintado de color café, imitando el cuero. La barba, marco blanco para la cara rosada y nariz roja, le recordaba a alguien. No debería fumar; sin embargo, en ese momento de su vida el «no debería» podría aplicarse a tantas cosas más que dejó de ser importante. Pensó en la niña abajo en el sótano. ¿Cuántos meses sin ver el sol? Trató de hacer cuentas. ¿Ocho, nueve? Arrancó un puñado de pasto. Ocho meses sin que sus pies pisaran un jardín o sin que su piel sintiera una brisa fría como la que ahora llegaba hasta ella. Los ojos se le anegaron. ¿Por qué se había vuelto una llorona? Antes no era así. Continuó fumando con la vista fija en el cielo.

La madre continuaba buscando a Cinthia, pero ¿cuánto tiempo más lo haría? Aimeé había estado a punto de hablarle, de decirle algo para confortarla. Si no era posible que le entregara a su hija, al menos podía darle la tranquilidad de que seguía viva. ¿Qué era peor para una madre? ¿Saber que está viva y sufriendo, o que ya murió y descansa en paz? El pensamiento que la golpeó en ese instante fue que en realidad sí estaba en sus manos devolverle a su hija. Si quisiera en verdad. Si no fuera una maldita cobarde. Bajó la vista: una hilera de hormigas arrieras cruzaba por el espacio entre sus talones y el escalón. ¿Le convenía a la mujer conservar la esperanza? Cada hormiga llevaba un pedazo de hoja. El corte era nítido, como si un pequeño serrucho hubiera cercenado la planta.

Exhaló humo y sintió que con él se le fue todo el ánimo. ¿Qué pasaría si ella contactara a la madre y Raymundo se enterara? Sin evidencia para afirmarlo, un fuerte presentimiento le advirtió que la mataría sin pensarlo dos veces. Y Aimeé había estado a un paso de delatarlo. Ese día en el andador Constitución, había sacado de su bolsa un pedazo de papel en el que apuntó las palabras «Cinthia está viva, no pierdas la fe». Iba a dárselo, junto con un billete de cien pesos, a una indígena que vendía dulces a un costado de Catedral para que se lo entregara a la madre. De pronto, algo hizo click en su mente: la mamá de Cinthia cuestionaría a la pobre otomí y esta admitiría que una enana le había pedido entregar ese papel. Aunque corriera con todas sus fuerzas, sus piernas cortas no tardarían en hacer que la alcanzaran. Cualquiera a quien le preguntara diría: la enana se fue por allá. Todos recordarían a una enana corriendo. Ante esa secuencia de imágenes, Aimeé se había paralizado por el miedo: apretó el papel dentro de su puño y se alejó de allí. Ya lejos, lo dejó caer en una coladera llena de basura.

La tarde sería linda si no supiera que a unos metros de allí una niña hacía el papel de esclava sexual, encerrada como un animal de zoológico. Aimeé se sintió observada y miró tras de sí. Le pareció percibir un movimiento en la cortina de una de las ventanas de la sala. Se volvió al jardín frente a ella. Que la espiera todo lo que quisiera: al menos no estaba allí abajo con Cinthia. Se puso de pie, arrancó un diente de león que crecía junto al gnomo y volvió a su lugar en el escalón. Llevó la flor

hasta su cara y aspiró: no tenía olor. ¿Raymundo permitiría que la niña volviera a su casa algún día? El riesgo que corría al liberarla era muy alto. Cinthia tenía el vocabulario y la inteligencia capaz de describirlo a la policía. Sopló con todas sus fuerzas, pero varias estrellitas blancas quedaron pendientes del centro redondo y velludo. Aimeé sintió un ligero mareo. Tiró el tallo: había olvidado pedir un deseo.

Volvió a tomar el cigarro y acercó la punta encendida hasta una de las hormigas. Se escuchó un tronido. Si no la liberaba, tampoco podía quedarse con ella por siempre, ¿o sí? Se mordió el labio inferior. Las otras hormigas daban la vuelta alrededor del cadáver chamuscado de su compañera. No habría otra solución para él más que matarla. Aimeé inhaló cinco veces más antes de quemar otra hormiga. Era terrible que pensara así, pero de un tiempo a la fecha su mente se volvió demasiado pragmática. El insecto produjo un tronido similar al anterior. Esta vez la fila se difuminó entre la tierra y las vainas de pasto seco. ¿Por qué había hecho eso? ¿En qué se había convertido? Lágrimas gordas rodaron por sus mejillas gordas. Movi6 la cara para dejarlas caer allí donde yacían las hormigas muertas y su carga de hojas. ¿Era la 6nica soluci6n de verdad?

Carta

5 de octubre, 2014

Raymundo,

Hace mucho que no escribo. Quién sabe si tú lo notes; espero que sí. No recibo nada de tu parte, pero hay una especie de pesadumbre que me llega hasta esta celda y sé que viene de ti. Malas vibras. Puedo sentirlo; no sé si eso quiere decir que estoy perdiendo la razón. Te imagino en un cuarto frío, peor que este, porque supongo que te tienen separado de todos los demás. Te visualizo durmiendo sobre el catre duro, o sentado en el suelo de espaldas a la pared, leyendo mis cartas una y otra vez. ¿Qué más puedes hacer que no sea repasar estas líneas y rumiarlas? Te pondrás enojado, tenso, me insultarás y harás una bola con el papel antes de lanzarlo lejos de ti. Imagino que tras unos minutos quizá te levantes y vayas a recogerlo y lo extiendas aplanándolo con tu manota para borrar las arrugas y lo leerás de nuevo, buscando cosas entre líneas.

Ya sé que no me quieres. Me queda bien claro ahora. Tu silencio durante estos meses, la forma en la que me miraste cuando vinieron por ti y comprendiste que yo tuve que ver con tu captura. Todavía me estremezco al pensar en tus ojos sobre mí. ¿Cómo podrías no odiarme después de eso? Dirás que soy estúpida (yo lo pienso todo el tiempo, no eres el único): no importa, así que lo diré: me queda la duda de si alguna vez me quisiste. En ese lapso entre el día en que nos conocimos en la escuela de natación y en el que te llevaron esposado a la patrulla, ¿habría algún momento en que hayas pensado en mí con amor? Ya no importa, lo sé, pero estas ganas de saber me joden. Aunque no cambia nada la historia en general, en lo particular sí hace diferencia. Al menos para mí. Te redimiría un poco, ¿sabes? Pensar que me quisiste aunque sea un poquito te vuelve menos monstruoso. A mí me deja en un nivel mayor de estupidez, en cambio a ti... Ya no sé.

Las horas no avanzan, los días se alargan, no importa cuántas cruces marque en el calendario que tenemos en la celda. Dicen que la gente en prisión no cambia, que sólo finge cambiar porque así le conviene. Yo soy de las que cree que sí, uno se vuelve otra persona. Al menos yo sí. Ha sucedido muy poco a poco. No podría decir cuándo inició esta transformación, pero ya no soy la misma que entró aquí, deformada por el embarazo, llena de culpas y vergüenzas, con el corazón destrozado. No sólo es que haya bajado mucho de peso, quién lo dijera. Debe ser por amamantar a la beba y el tipo de comida que dan acá. He cambiado también en mi interior. Esto no se lo he contado a nadie, ni a la psicóloga. La verdad me da pena lo que pueda pensar de mí.

Tengo miedo de que lo pudiera usar en mi contra, aunque me ha prometido que todo lo que hablamos es confidencial, parte de mi terapia. De todos modos, prefiero no decir nada. No creo que pueda entenderme. Pienso que de todas las personas en el mundo, a ti te sería más fácil hacerlo. Al menos eso creo.

Te cuento: desde que llegué a este lugar me habitué a dormirme con tu voz, esa voz gruesa, un poco golpeada, pero con acentos de ternura que tienes. Es difícil describirla y ni hace falta para ti: se supone que uno mismo nunca puede escuchar su propia voz tal cual. En fin. Era cosa de taparme con la cobija, cerrar los ojos e imaginarte diciéndome que me deseabas, que me querías allí contigo. Es raro porque no recuerdo que me hayas dicho eso específicamente alguna vez. Así que más que un recuerdo era una fantasía. Un sonido en la oscuridad y sin cuerpo, que sabía era tuyo.

No sé si esto sea algo común: me resulta más fácil acordarme del tono de tu voz que de las facciones de tu cara. Sé que tenías poca barba, ojos grises y pequeños, piel más bien blanca, y que estabas engordando (se te notaba en los cachetes) y quedándote calvo. Había un hueco en la parte de atrás de tu cabeza, como los frailes. Sé que te preocupaban las entradas de tu frente. Tenías algunos huecos por la varicela. A pesar de que puedo detallarte de esa manera, si intento ver tu cara como un todo en mi mente, no puedo. Desde que me encerraron acá la parte de la memoria donde guardo tu cara se borró. Quizá por eso al principio me acurrucaba con tu voz y así me quedaba dormida.

El otro día platicaba con una compañera de aquí. No te digo el nombre porque no la conoces ni la conocerás nunca. Ella ya se había abierto a contarme su historia, una cosa bastante triste: robó dinero de la empresa donde era empleada y ni siquiera lo gastó en ella. Se lo dio todo al hombre con el que andaba. Un tipo casado al que le gustaba vestirse con ropa buena, botas de víbora, sombreros finos, relojes de oro. Cuando la descubrieron, él desapareció y ella vino a parar aquí. En otro momento de mi vida la hubiera juzgado como una tarada, pero estando las cosas como están, sólo puedo decir que la entiendo bien. Demasiado bien. Así que le conté esto de la voz y tu cara que no puedo recordar más que como un borrón. De todas formas, ella sabe todo sobre mí, al menos lo que ha salido en las noticias y los chismes que corren entre las celdas. ¿Y sabes qué me dijo? Que era porque yo no necesitaba verte ya. Ella dice que los hombres merman la vida de una mujer, que escarban, le roban todo hasta que llega un día en que no hay nada, sólo un hueco en donde ese hombre estaba. Con el tiempo se vuelve un agujero insignificante, como una espina chiquitita que se clava en el dedo y un día desaparece.

Por eso digo que he cambiado. Porque ahora tampoco puedo recordar tu voz.

Aimeé

Nosotros no violamos como los buenos soldados violan. Somos caballeros infelices, tranquilos y de ojos perrunos, lo suficientemente integrados como para controlar nuestra urgencia cuando estamos con adultos, pero listos para dar años y años de nuestras vidas a cambio de tener la oportunidad de tocar a una ninfeta.

Vladimir Nabokov, Lolita

La enana estaba fumando afuera, sentada en el escalón. Raymundo cerró la cortina de la sala. Trataría de arreglar el jardín más tarde. Las plantas y árboles pedían a gritos una buena poda: las malezas le ganaban claramente la batalla al pasto, que languidecía de seco. Urgía regarlo. En otras circunstancias le pediría a alguno de sus trabajadores que se hiciera cargo, pero mientras menos personas se acercaran a la casa, mejor. Desde que había despedido a la señora Licha el aseo estaba en manos de Aimeé. Sería un abuso pedirle que sumado a eso se ocupara del jardín. Hizo una nota mental y se prometió atender el asunto antes del próximo fin de semana. La vista de la casa hacía desmerecer la belleza del gnomo, regalo de su madre de aquel viaje a Europa y que ahora custodiaba la entrada.

Se dirigió al pequeño cuarto junto a las escaleras que hacía de su estudio. Metió la llave en la cerradura y empujó la puerta. En cuanto entró, el olor a naftalina le invadió los pulmones. En cada estante de los tres libreros había esferas blancas: a pesar de que tenían puertas corredizas, los vapores se habían extendido por toda la habitación. Era un mal necesario: había tenido una plaga de pescaditos de plata y él no les iba a permitir que devoraran todos sus libros. La naftalina tenía también efecto en las polillas que lograban infiltrarse en la casa y, al mismo tiempo, hacía que su estudio fuera menos invitante para otras personas. Tampoco es que recibiera muchas visitas.

Cerró la puerta tras de sí y fue hasta la ventana para abrirla y ventilar. Tomó un plumero y sacudió el archivero en donde guardaba todo lo referente a la constructora: planos, proyectos, clientes, facturas, recibos de gastos. La clave con el polvo era no dejar que se acumulara para que el proceso de limpieza se volviera un deprimente círculo vicioso. Había que eliminarlo apenas se manifestara en forma de minúsculas motas. Después sacudió el escritorio: todo estaba nítidamente acomodado. A su derecha, sobre un mueble de madera rústica relleno de botellas de vodka y de su whisky favorito, descansaba una caja fuerte heredada de su abuelo. En ella había dinero para gastos imposibles de pagar con cheque o tarjeta, decenas de cajas de Altoids de canela que había comprado en su último viaje a Estados Unidos (una broma para los hipotéticos ladrones que se atrevieran a profanar su caja), un par de plumas fuente que nunca usaba, pero que sabía eran valiosas, y una libreta Moleskine. En el fondo, era un anticuado de corazón: no le gustaba escribir en las aplicaciones del teléfono celular. Ni siquiera en la computadora. Prefería garabatear una hoja de rayas, sentir la pluma deslizarse sobre el papel, comentar las citas que le llamaban la atención de los libros que leía, anotar ideas espontáneas, esbozar planes.

Sonrió al volverse hacia un cuadro que colgaba de la pared a su derecha. Una verdadera joya, no tanto porque fuera un original, que no lo era, sino por lo difícil que había sido hacerse de una reproducción de Graham Ovenden. Se llamaba *Peter and Juliette Blake*: sentado en un banco, un hombre más bien calvo y de barba abraza a una nena de cabello dorado que, de pie, entre las piernas del hombre y descalza, parece sonreír. Lleva un vestido rojo con puntos que apenas tapa sus muslos blancos e infantiles. Parece tener la misma edad de Cinthia. No, no había sido fácil hacerse de ese cuadro, sobre todo porque el pintor fue acusado de indecencia y abuso de menores en Inglaterra.

En la pared perpendicular colgaba la otra reproducción, la que más cautivaba a Raymundo. Llevaba por título simplemente *Portrait of a girl* y mostraba la imagen de una niña con cabello color de paja y tintes rojizos que miraba de frente al espectador. Su cabello partido en dos trenzas anudadas por listones rosas; un fleco que enmarcaba sus cejas, la cara perfecta, y los ojos tan profundos, retadores, que él se estremecía si la miraba por demasiado tiempo. Aquella boca descansaba en una pose de insolencia o coquetería que era demasiado, casi tanto como el hecho de que la cubría una bata abierta y holgada: a pesar de que una de las trenzas alcanzaba a tapar el pezón infantil del lado izquierdo, el otro se mostraba oscuro e insolente sobre la piel blanca.

Raymundo pasó el plumero por encima de los cuadros. Aunque no podía conseguirlo siempre, a veces le sucedía algo mágico con el trabajo de Ovenden. Primero tenía que observar fijamente alguna de las imágenes por un largo rato, hasta que sus ojos se secaran por no parpadear. Mirar, mirar, mirar y meterse en la pintura misma hasta que la distancia entre él y el cuadro pareciera desvanecerse. Apenas una milésima de segundo y, al volver a enfocar, era la imagen la que era real y no él. Podría tocar a esa niña si quisiera, si se animara a mover la mano y alcanzarla. Pero esa criatura no era suya: le pertenecía al pintor.

Siguió sacudiendo los marcos: ¿no era maravilloso que aquel genio de la pintura compartiera sus mismos gustos? Eso sólo probaba que él no era un ser anormal; más bien alguien que tenía que lidiar con una sociedad reprimida y obtusa. A Graham Ovenden lo habían encerrado en la cárcel porque las niñas de las que pintó cuadros en las décadas de los setenta y ochenta lo acusaron de haber abusado de ellas. Ingratas. Una jueza había mandado destruir sus pinturas. ¡Qué sacrilegio! Por fortuna existían reproducciones en el mercado negro y gracias a la internet todo se podía conseguir. Suspiró.

El día anterior había colocado una repisa de madera pintada de color naranja junto a la ventana. Muy llamativa y alegre. Hacía juego perfecto con el cabello de la niña de las trenzas. Limpió la superficie y acomodó una gallina de plástico que sacó de su bolsillo. Era un medidor de tiempo para cocina, de esos que se usan para contar los minutos de un pay en el horno o hacer huevos tibios. Le había pertenecido a Norma. Cuando llegó, el sótano no estaba acondicionado con juguetes y mobiliario infantil como ahora. Un día Raymundo trajo la gallineta porque ella le había pedido un reloj

para saber el tiempo. Sólo sirve para saber cuánto tiempo te queda, no para saber la hora del día, le había dicho sin mala intención al entregársela. Quizá por la forma de la gallina, blanca, con ojillos negros y redondos, pico y cresta rojos, o por ser el único juguete a su disposición, Normita llegó a apegarse mucho a ese pedazo de plástico. Al disponer de su cuerpo, él no había sido capaz de deshacerse de aquel medidor de tiempo también. Ahora simbolizaba el recuerdo de esa niña, con todo lo que había significado para él.

Sería genial si pudiera conseguir la sirena con la que Julie jugaba en la bañera, pero las cosas de su niñez y juventud se habían quedado en casa de mamá. Cuando ella murió todo desapareció, ya fuera vendido, regalado o saqueado por otros parientes. Quizá Raymundo podría encontrar una muñeca similar en alguna tienda o en línea. Sería un símbolo de un símbolo. Representaría a la sirena que su hermanita sostenía aquella primera vez. ¿No estaba la vida llena de símbolos? Uno sólo tenía que darles el significado que mejor conviniera.

Reacomodó la gallina girándola varias veces hasta dejarla casi de perfil. Como era el único objeto por el momento, tendría que ponerlo en medio del estante. ¿En qué souvenir se convertiría Cinthia?

11 de noviembre, 2014

Los pensamientos se apilan en la cabeza durante toda la vida. Así, una torre muy alta, como el juego de Jenga con el que Cinthia y yo pasábamos el tiempo algunas mañanas. La pila se vuelve más alta y endeble. A veces basta una idea, un soplido para que todo caiga. Y nunca puede reacomodarse de la misma forma.

Un día Raymundo me pidió que lo acompañara al centro comercial. Quería que lo ayudara a comprarle ropa a Cinthia, que se había dado un estirón y de pronto ya no cabía en sus pocas prendas. Yo tenía que comentar con la dependienta que era regalo para una sobrina y sonreír mucho. Decía que aunque yo fuera una enana era menos sospechosa que un hombre que no lleva niños comprando ropa en una boutique infantil. Para mí no tenía sentido, pero eran las precauciones que él tomaba y a mí sólo me quedaba obedecer. Me dio varios billetes para pagar en efectivo y me esperó dando vueltas por los pasillos. Todo era hermoso en esa tienda. Encantador. Quizá Cinthia nunca tuvo ropa igual de bonita cuando vivía con sus padres. Escogí un par de vestidos, unos leggins y un nuevo camisón estampado con Peppa Pig. La señorita de la caja me preguntó si no quería agregar a mi compra un perfume con olor a fresa que estaba en promoción. Asentí y mientras ella terminaba de empacar, descansé las manos sobre mi vientre. Ella rodeó el área de caja para entregarme las cosas y recibir el dinero. Hubiera sido imposible que yo pagara como cualquier persona, de frente a frente sobre el mostrador.

Yo esperaba el total de la compra, pero en su lugar ella me preguntó cuántos meses tenía de embarazo. Creo que me puse pálida: me quedé sin palabras y por instinto me volví hacia afuera de la tienda, para cerciorarme de que Raymundo no hubiera escuchado. No lo vi y respiré aliviada. Le pregunté cómo sabía que yo estaba embarazada. Según yo, con la gordura no se me notaba. La mujer se puso en cuclillas para quedar a mi altura. Era increíble cómo podía sostenerse así, con tacones y las rodillas juntas bajo la falda. El olor de su perfume era delicioso. A las embarazadas les brillan los ojos y tienen la mejor piel del mundo, dijo. Pasó los dedos sobre mi mejilla: mira qué lozanía, muñeca. Me quedé callada. ¿Eso era algo que todo el mundo sabía? ¿Las personas en ese centro comercial me veían y sabían mi estado? Además, dijo poniéndose de pie, sólo alguien encinta pone las manos así sobre la panza. Es un acto inconsciente de las madres para proteger al bebé.

No dije nada: pagué, tomé la bolsa y me integré al flujo de gente que caminaba por los pasillos. Esperaba que Raymundo me viera desde su altura normal. En mi

campo de visión se concentraban las caderas y los torsos de los demás. Al cabo de un rato, lo vi haciendo fila en un café. Me detuve a unos metros: la gente me esquivaba mirándome de reojo. Embarazada o no, seguía siendo un fenómeno de circo. Raymundo estaba platicando con una mujer de la fila. Yo no podía escuchar la conversación, pero sí podía verla a ella sonreír y gesticular animada. Él parecía tan normal. Aquello era un intercambio inocente entre dos ciudadanos que pagan sus impuestos y tiran el vaso de café en el bote de basura cuando terminan.

Algo que no había sentido nunca me recorrió el cuerpo. Una mezcla de frío y dolor. Una señora me empujó y no pidió disculpas. No reaccioné. Estaba ante una revelación: Raymundo era un hombre común y corriente. Esa chica con la que hablaba no tenía idea de lo que sucedía en el sótano de su casa. Yo tampoco imaginaba lo que en verdad era cuando lo conocí en la escuela de natación. Lo vi recibir dos vasos de café y agradecerle a la empleada de un modo encantador. Pensé en cómo repartía cumplidos entre la gente, como biscuits para perros, mitad recompensa, mitad soborno. Decía sin falta lo que otros esperaban escuchar.

Me divisó y caminó hacia mí, como si le diera gusto verme. Lo increíble era que aquel gesto parecía genuino. ¿Cómo saber qué era cierto y qué era fabricado? Nos sentamos en una banca y me entregó un mocachino endulzado tal y como me gusta. Me pidió que le contara sobre la experiencia de comprar la ropa para Cinthia. Lo hice sin mirarlo a los ojos. Me esforcé por mantener las manos alrededor de mi vaso, lejos de mi vientre. Sabía que no podría seguir escondiéndolo por más tiempo. Necesitaba tomar una decisión. Pronto.

Volví a mirarlo. Él era un camaleón con la capacidad de parecer un hombre normal a los ojos del mundo, pero yo comenzaría a parecer una mujer embarazada en cualquier momento. Aquello me mantuvo despierta por muchas noches. Una de esas ideas capaces de derrumbar la torre de mis pensamientos.

Él dijo que yo era un niño sucio, susurró Lockie. Yo era un niño sucio y por eso es que él me hacía cosas, porque yo era sucio. Era mi culpa.

Nicole Trope, El niño debajo de la mesa

Lo primero era establecer si su hija seguía con vida, porque si no era así, ¿qué sentido tendría que Susana misma continuara respirando? Las oficinas de la médium estaban en un lugar llamado El Patio de las Ánimas, una especie de plaza comercial adaptada a partir de una casa antigua, con una puerta doble de madera gruesa y labrada, con aldabones de cara demoniaca. Adentro había un patio interior con una palmera y una fuente de cantera al centro y un pasillo de baldosas antiguas que formaba un cuadrado alrededor. Madame Zita tenía varios vecinos: el consultorio de un oculista, un estudio en donde se impartían clases de pintura, una librería minúscula, el despacho de un contador, un salón de belleza, un lugar donde se vendían dulces de almendra y el local de un anticuario.

Susana caminó por el pasillo: el eco de sus pasos resonó en el silencio del lugar. La frescura de la cantera de los pilares y arcos le hizo desear haber traído un suéter. Era la hora de comida y a excepción del anticuario y la médium, el resto de los locales estaban cerrados. Se detuvo frente a la tienda de antigüedades: su mirada se posó en una máquina de coser sobre una base de madera con fierros bellamente encorvados y un pedal que parecía hecho de mandalas metálicos. Decidió entrar allí primero y se topó de frente con un espejo de marco de color oro que le devolvió su reflejo un poco distorsionado: parecía un alma en pena en una pintura del Bosco. Dio unos pasos hasta una silla redondeada con asiento y respaldo de mimbre. ¿Podría sostenerla si se sentaba? Decidió no comprobarlo y llevó su mano hasta una lámpara de pie con una pantalla con barbas que terminaban en una pequeña mota esponjada de color lila. ¿Qué tipo de foco utilizaría? Una máquina de escribir con teclas redondas sobre un escritorio de cortina le hizo sentir ganas de volverse una escritora. Si su hija aparecía algún día, ella podría contar su historia. Su vida ya no sería una de esas vidas comunes y corrientes, sin mayor trascendencia, olvidables. Había bajado hasta el infierno sin morir.

En la penumbra del local, Susana olió una combinación de humedad, polvo y madera. La recorrió un escalofrío y metió los brazos a los bolsillos de su sudadera gris. Se acercó a varias fotografías colgadas en la pared. Una voz entre afeminada y erudita le explicó que eran fotos de muertos, de finales del siglo XIX. Susana se sobresaltó: no había visto a nadie al entrar. Volvió la mirada hacia donde había salido la voz justo a tiempo para ver materializarse a un hombre gordo y calvo, excepto por dos lunetas de cabello blanco a los costados del cráneo, y ojos saltones que le daban un aire de Diego Rivera.

—Perdón, no quise asustarla; estaba tras el biombo. —Se limpió la frente con un pañuelo de orillas bordadas. Vestía un traje que daba la impresión de ser muy antiguo, como el de la foto de boda del abuelo—. Tomar fotografías de los muertos era una práctica común de la época.

El anticuario sacó una lupa dorada del bolsillo de su camisa, descolgó una de las fotografías y acercó ambos objetos a Susana: un hombre de edad indefinida, enfundado en un traje oscuro veía hacia la cámara con una expresión ambigua y ausente.

—Mire aquí. —Susana se acercó a él. De sus mejillas rosadas y enormes brotaba olor a loción de afeitar—. Si se fija bien, los pies están clavados. —Un dedo regordete señaló la parte inferior de la imagen—. El cuerpo está sostenido por un soporte de madera.

Susana se estremeció.

—Fíjese también en la cara. —La voz del anticuario se hizo un poco más grave, como si compartiera un secreto—. Muy maquillada para disimular los estragos de la muerte.

Susana dio un par de pasos atrás.

—¿Y eso?

—Ah, el reloj de cadena que sostiene el difunto marca la hora en que falleció. —El anticuario volvió a colgar el cuadro en la pared—. Aunque no lo sostiene en realidad: está sobrepuesto.

La cara de Susana se contrajo en un gesto casi grotesco, su boca un molusco en fuga. Todas las palabras relacionadas con la muerte la herían de una forma ilógica, indescriptible. El hombre la observó con interés. Buscó en uno de los cajones del escritorio y sacó una llave enorme, del tamaño de su mano, con un mango de trébol y lo que parecían dos dientes en el extremo opuesto.

—Usted va con madame Zita, ¿no? —Ella tragó saliva y tensó la cara. Toda la piel le ardía. Qué diablos le importaba—. A veces sus clientes pasan aquí antes o después de su consulta, y se llevan un recuerdito. —Susana guardó silencio—. Ya sé quién es usted. Es la mamá de la niña perdida. —Antes de que ella pudiera decir algo, el hombre le entregó una llave—. Es de buena suerte. Póngala en su casa para alejar la energía negativa y traer de vuelta a su ser querido. —Ella sintió el metal frío en su mano—. Sigue viva. Madame Zita se lo va a confirmar, pero a mí me lo acaban de decir los espíritus.

Susana se forzó a sonreír y, sin pensar, se acercó la llave a la nariz. Olía a sangre vieja. Salió de la tienda sin decir gracias. Su condición de madre-de-la-niña-perdida la eximía de los buenos modales. ¿Qué estaría pensando Cinthia ahora? ¿En qué momento se habría dado cuenta de que no volvería a casa? ¿Habría llorado mucho, habría experimentado dolor? El corazón de Susana se detuvo por varios segundos. ¿Habría gritado llamándola a ella, su madre? ¿Pensaría que la había abandonado?

Una mujer de cabello corto maltratado como estropajo y teñido de rubio se asomó

al pasillo. Vestía como una señorita solterona, incluida la cara de amargura y aspecto rígido, anorgásmico. Su boca poseía labios delgados, casi inexistentes, volteados hacia abajo, como haciendo una letra ene minúscula.

—Estoy lista para recibirla.

Susana miró las piernas de la mujer, cubiertas por pantimedias gruesas de color cucaracha y aquellos zapatos de goma, estilo monja o enfermera. ¿No tendría que vestir de manera mística, como una gitana, al menos? No importaba. Era demencial acudir a una médium para encontrar a una persona perdida. Había hecho la cita a escondidas de sus hermanas y de su exmarido. Si lo supieran dirían que había perdido la cordura. Aspiró profundamente, echando la cabeza hacia atrás. Las vigas de madera que sostenían el techo parecían rieles del ferrocarril. Pensó en el último viaje que hizo con Cinthia a la sierra, a Navíos. Hacía mucho frío y ambas llevaban un gorrito y bufandas de color rosa con morado tejidas por ella misma. Cinthia había caminado sobre los rieles de la vía del tren y después había brincado de durmiente en durmiente. Reía y gritaba de felicidad.

Aún estaba a tiempo de entrar en razón y regresar. Pero pensó en su casa. A veces la ausencia de su hija era palpable, algo físico, como una niebla que entra por la ventana y se expande por todas las habitaciones. Una espesura que sofoca y se posa sobre la cabeza y los hombros de Susana, aplastándola, como un bloque de cemento. No, no quería volver a ese lugar sabiendo lo mismo que ya sabía: nada. Ya estaba allí. ¿Qué podía perder? En la televisión había programas en los que gente desaparecida era encontrada gracias a personas como madame Zita.

No pudo evitar pensar que si Cinthia ya estaba muerta, ella no tendría ni siquiera el privilegio de tomarle una foto como la que le había mostrado el anticuario. No es que quisiera, pero... Siguió el contorno de la llave con su dedo. Finalmente entró en el santuario de la médium dispuesta a pagar por un poco de esperanza.

21 de diciembre, 2014

Diciembre otra vez. ¿Por qué pesa más estar aquí en estas fechas? No debería. Es un día como cualquier otro. Uno más sumado a los que han pasado ya. Y sin embargo, algo hay en las tradiciones, en las memorias que se forjan durante la niñez y que resurgen en este tiempo. Uno se acuerda de las buenas navidades, la comida, los abuelos, los regalos. Cuando me desespero por estar encerrada me recuerdo a mí misma que no estoy tan mal. Mis papás me visitan, hay un patio en el que las reclusas podemos practicar deportes o simplemente caminar. Nos da el aire, el sol, vamos de un lado al otro: a los talleres, al comedor, a los baños. La verdad no está tan mal si lo comparo con el sótano...

Yo no sé si el embarazo da superpoderes; en ese tiempo me sentía distinta y no sólo por las razones obvias. Sí, tuve todos los síntomas, pero había algo más, un sexto sentido, como le dicen. Poco después de que me dieran los resultados de la prueba de sangre, bajé al sótano y tuve una sensación física de historia. ¿Cómo explicarlo? Tuve la certeza de que algo había sucedido allí mismo. Cinthia estaba metida bajo las cobijas de su cama, como siempre. Pobre. ¿De verdad creería que podía volverse invisible? No había lugar. Era un bicho en un frasco transparente, en un salón de clases, rodeado de niños sádicos. Imposible huir o esconderse. Al entrar yo la llamaba por su nombre, y en cuanto escuchaba mi voz, ella bajaba en seguida. A veces incluso parecía feliz de verme. Eso me partía el corazón de verdad. Supongo que los momentos conmigo significaban que no estaba con él y eso le bastaba para sonreír.

Recuerdo que ese día pusimos la película de Blancanieves. Al menos Cinthia tenía la decencia de no decir nada sobre los siete enanos y mi condición. A Raymundo le gustaba que ella viera «los clásicos»; sé que Cinthia hubiera preferido las películas nuevas, las que recién proyectaban en el cine. Claro, ella hubiera preferido no estar allí en primer lugar. Qué tonta. Yo la miraba comer su desayuno frente a la pantalla y fue cuando experimenté esa sensación del túnel del tiempo. Sentí que allí, en ese mismo espacio, había estado ya otra niña. Esto tampoco se lo digo a nadie. Pensarían que estoy loca o que lo he inventado para incriminarlo a él.

¿Por qué me da tanto miedo que me crean loca? Uno no puede ser enana y loca. Sería demasiado. Pude ver a otra nena, no tanto ver, sino percibirla. Algo. Me cubrí la panza con mis manos y cerré los ojos. Sí, otra niña de la misma edad que Cinthia, que también se había agazapado contra la misma pared, temblando de miedo, antes de que él... ¿Pero había alguien en el mismo papel que yo? No. No lo creí. Eran sólo

ellos dos. Pensé en las notas de los periódicos de hace unos años. Sí, desaparecida.

La voz de Cinthia diciendo mi nombre me sacó de ese trance. Me preguntó si me pasaba algo. ¿Te duele la pancita? Intenté sonreír. Se acercó a mí. Había crecido en los últimos meses y su carita ya sobrepasaba la mía. Tuvo que agacharse un poco. Me habló al oído: creía que había una cámara para observarla. Bien podría ser. Él cuidaba celosamente su estudio. Cada vez que entraba o salía ponía el seguro y no se separaba ni un instante de su llavero. Quizás allí tenía una pantalla desde la cual la vigilaba. Sentí su aliento tibio en mi oreja. Por favor, sácame de aquí. De cerca, olía a cabello mal lavado, miedo y un toque ligero a orines. La había estado dejando que se bañara sola. Error. Tú me puedes ayudar, dijo. Bajé la mirada. En esta misma habitación había vivido otra como ella, pero sin una oportunidad realmente. En cambio nosotras...

Me estaba mareando. Me sobrecogieron las ganas de escapar, de morirme, de no tener que decidir nada. Shhh, nos puede oír, le dije y ella cerró la boca, asustada. Abrí la llave del agua caliente y la bañé yo misma. Aquella, claro, fue otra noche sin dormir.

El niño debe tocarse como un instrumento musical. A veces con gentileza, y a veces no tan gentilmente. Porque Daddy Love siempre está en control.

Joyce Carol Oates, Daddy Love

En los años siguientes, Cinthia recordaría muy poco, casi nada en realidad. Lo haría en automático, como un cangrejo ermitaño que se esconde dentro de una lata de cerveza. Esos días bajo tierra se volverían apenas unas imágenes deslavadas, dibujos hechos a lápiz.

Ella, despojada de toda su ropa, la piel desnuda, pero sintiendo como si le hubieran arrancado los músculos hasta dejarla en los huesos. Siempre tenía tanto frío...

Ella, tratando de respirar bajo aquel peso para no morir, decidiendo concentrarse en el dolor de la asfixia y no en el que la desgarraba entre las piernas.

El aliento de él sobre el oído de Cinthia, el olor de su sudor, la voz ronca, sus palabras sucias. Lo peor del mundo eran esas cosas. ¿Qué había hecho para que la castigaran así?

La piel enrojecida, los moretones, la garganta cerrada de tanto llorar, de gritar hacia dentro, el deshacerse como si estuviera hecha de arena cada vez que la puerta se abría y era él.

Aquel aroma a canela que le provocaba vomitar. Ese puño cerrándose sobre su cabello y azotando la cara de Cinthia contra el suelo. A menos que lo dijera. Dime que me amas. Di que quieres estar conmigo. Dime gracias por cuidarme.

6 de enero, 2015

Raymundo,

Día de Reyes por segunda vez. ¿Les llevaron rosca de Reyes a ustedes? A las reclusas de acá sí. Hay una asociación de señoras que hacen caridad en las cárceles y repartieron rebanadas de rosca a todas. También chocolate caliente. Fue bonito. Mis papás trajeron dulces y regalos para mi chiquita. Ella se despertó esta mañana dando grititos de felicidad. Ayer cuando se durmió acomodé a los pies de su cuna la muñeca, un bote de Legos para su edad y unos chocolates. ¿Sabes?, lloré al verla tan feliz. Y tan sana. No te había contado, pero hace dos semanas se puso muy grave de neumonía. Se la tuvieron que llevar al hospital con mis papás y estuvo en terapia intensiva por tres días. Al salir pasó un tiempo con mi familia; al regresar, la pobrecita se veía más delgada y muy pálida.

Todo el tiempo que estuve aquí sola sin ella me quise morir. Fue mi culpa. Yo no me di cuenta de que esa fiebre había subido demasiado, que no estaba comiendo ni bebiendo casi nada. Es decir, sí lo noté, pero no creí que fuera tan grave. Pensé que era una gripa como tantas que ha tenido aquí. Por eso mientras ella estaba en el hospital yo le repetía a quien se me cruzara delante que había sido mi culpa. Como si confesar mi responsabilidad fuera a curarla. Por primera vez en todos estos meses me sentí realmente encerrada. No hacía más que caminar de un lado a otro de la celda. Es mi culpa, es mi culpa, me repetía al ritmo de mis pasos sobre el cemento. Quería que Dios dejara de castigar a mi bebita y mejor la tomara en contra de su mala madre.

Tuve mucho miedo. La imaginaba en el hospital, buscándome con los ojos, con suero, débil. ¿Creería que yo la había abandonado? Ese pensamiento me volvía loca. Mi sistema digestivo está conectado a mi corazón, así que esos días sufrí de cólicos, diarrea y un vacío doloroso que me estrangulaba por dentro. No pude sino preguntarme si así sentía la mamá de Cinthia al no poder encontrarla. Yo sé que era peor, que no tenía derecho de compararnos, porque al menos mi beba estaba con sus abuelos y en manos de doctores que querían curarla. En cambio ella... No sabes cómo me deprime esa idea. Me aplasta. La culpa es una forma de pagar por los pecados. Aunque no tenga lógica, el incidente de la neumonía de mi beba me hizo sentir con más intensidad lo que estuvo sucediendo en tu casa. Ahora sé más cosas. Entiendo mucho más.

Al fin mi nenita volvió y se ha mejorado mucho aquí conmigo. Ya come bien, sus cachetitos están rosados otra vez y, como te conté al principio de esta carta, está feliz

con sus juguetes. Nunca le falta con quién jugar. Todas las compañeras se derriten por ella. Es una ternura. Muy linda.

Será el último día de Reyes que pase en cautiverio, ¿sabes? De hecho, el punto de escribirte estas líneas era contarte que el abogado ya me dijo que saldremos pronto. Mi condena como cómplice, gracias a mi cooperación y a mi buena conducta, ha concluido. Sólo es cosa de papeleo, algunos días más, unas semanas máximo. ¿Esto te causa algo, Raymundo? Daría lo que fuera por saber.

Aimeé

*¿Por cuánto tiempo me vas a tener aquí?, pregunté.
Encogiste los hombros.
Para siempre, claro.*

*Lucy Christopher, Robada: una carta
para mi carcelero*

Cuando vivía en casa con mamá no quería bañarse; ahora lo hacía casi con gusto: le ayudaba a pasar las horas y era la única forma de borrar el olor de él impregnado en su cuerpo. Una corriente de aire entró al cuarto; Cinthia escuchó el ruido de la puerta al abrirse, una especie de bufido frío y pesado. Los poros de su piel se erizaron en miles de bolitas. Se quedó inmóvil y ciega: la espuma del champú en su cabeza bajó hasta sus lagrimales. Se tragó un grito que pasó cortando su garganta y quiso abrir los ojos: el ardor se lo impidió. Trató de enjuagarse, pero sus brazos no le pertenecían: era un títere de cuyos hilos alguien tiraba con la misma saña que los hombres que levantaban las piñatas en las fiestas de cumpleaños. Cuando parecía que iba a poder llevar sus manos a su cara y limpiar sus ojos bajo el agua, sus extremidades se torcían con espasmos. Sus músculos reaccionaban al terror de esa manera. Sintió aquella mirada sobre su cuerpo, como una sustancia líquida y espesa. Las gotas que brotaban de la regadera se helaron sobre su piel. Tras buscar a tientas la llave, logró cerrar al fin el flujo del agua. Se atrevió a abrir los ojos. Aunque dolía mucho, necesitaba ver. El instinto de supervivencia. Apretó los dientes y un chorro de lágrimas escurrió por sus mejillas. ¿Era por el champú o por el monstruo que la observaba tras el vidrio translúcido?

Cinthia se acuclilló en el piso de la regadera y abrazó sus piernas. Las gotas que bajaban de su cabello por la curva de su espalda la helaban, pero eso era mejor que afuera. Apretó los párpados y pidió con todas sus fuerzas estar en cualquier otra parte menos allí. O muerta. No estar allí bastaría. A los personajes de las películas se les concedían sus deseos si los pedían con fuerza. O llegaba alguien a salvarlos en el último instante. El cancel chirrió al abrirse y la uretra de Cinthia sucumbió al miedo. El calor de su orina le envolvió los pies al recovequear para perderse en la coladera. Era casi reconfortante. El olor concentrado subió a su nariz. Volvió a vibrar por el miedo. Él le extendió una toalla y fingió no darse cuenta del percance. Era el gemelo bueno.

—Sécate —le dijo antes de darse la vuelta y hojear un cuaderno que traía en las manos.

Cinthia se apresuró a sacar la ropa de la cajonera rosa y se vistió, aliviada pero temblorosa aún. Él preguntó si ya estaba lista. Ella tragó saliva y se obligó a que un «sí» saliera de su garganta. Sintió que sus entrañas se habían vuelto de piedra: su cuerpo pesaba demasiado y las piernas ya no le servían.

Raymundo tomó asiento con las piernas cruzadas sobre la alfombra y le indicó con la mano que hiciera lo mismo. Atisbar la tela en tensión de sus pantalones sobre

aquella parte asquerosa de él que le causaba pavor impidió que Cinthia se moviera por unos segundos, pero obedeció. Era mejor obedecer. Se dejó caer lo más apartada que el espacio reducido le permitió. Puso frente a sí un cuaderno tamaño profesional. Sin poder evitarlo, ella lo miró, pasmada: una rana con gorro de cocinero y un ojo guiñado, dentro de un corazón rosa pastel y rodeada por donas con todo tipo de cubiertas. Satisfecho, él empujó el cuaderno hacia la niña. Dejó que pasaran unos segundos para que ella asimilara el primer objeto y después sacó del bolsillo de su camisa un bolígrafo rosa. Tenía plumas sintéticas en el extremo opuesto a la punta, simulando ser un flamingo. Cuando los ojos de Cinthia estuvieron atentos, él movió sus manos y transformó el ave en un bastón como los que su mamá colgaba en el pino de Navidad.

—Mira, también se dobla.

Ella no dijo nada, pero sus ojos codiciaron aquella libreta y ese bolígrafo. Hubiera estirado la mano para tomar ambas cosas si no estuviera petrificada por el pánico. Normalmente esa reacción solía molestarlo cantidad y lo obligaba a ser aún más brutal que lo necesario. El miedo de Cinthia lo ofendía. En cambio, si era el gemelo bueno, la sonrisa y la calma prevalecían.

—Imagino que querrás escribirle a tu familia. —Su voz era casual, casi inocente. Los labios de la niña temblaron y él observó cómo reunía fortaleza para hablar.

—Pero no sé escribir.

—¡No me digas! —Raymundo casi perdió la compostura y estuvo a punto soltarse a reír al ver la cara que puso Cinthia—. Yo pensé que sí. —Sus manos se posaron sobre la rana de la portada y atrajeron hacia sí la libreta—. Qué lástima, de verdad. No podrás usar esto...

—Es que tengo cinco años...

Guardó silencio. Iba a decir que en la escuela apenas estaban enseñándole las letras y las sílabas, pero una idea le oscureció la mente. Había transcurrido mucho tiempo desde que llegó a este lugar. ¿Habría pasado su cumpleaños? Tal vez ya tenía seis años. Las niñas de esa edad saben escribir. Ahora estaba detrás de todas sus compañeras. Si regresara a clases sería la tonta del salón. Volvió a llorar. Él levantó las comisuras de los labios ligeramente, el inicio de un gesto de Guasón, suprimiendo una sonrisa. Todo estaba saliendo perfecto, como si lo hubiera ensayado.

—Pero se me ocurre algo que podemos hacer... —Ella levantó la mirada. ¿Qué era eso allí dentro de sus ojitos? ¿Esperanza? Al parecer a esa edad los seres humanos perdonan y olvidan, como los perros golpeados a los que se les vuelve a ganar con un trozo de carne. Un adulto se quiebra por dentro, se llena de rencor, o se deja morir, pero esa criatura reaccionaba con un brillo en los ojos que delataba la ilusión que la carta le producía—. ¿Sabes al menos escribir tu nombre?

Cinthia movió la cabeza como un pájaro carpintero. Él pudo imaginarla participando ávida de complacer a su profesora en el colegio.

—Sí. Me enseñó mi mamá.

—Entonces haremos lo siguiente —dijo él abriendo una carpeta amarilla que había permanecido oculta tras el cuaderno—. Tú escribes tu nombre aquí. —Señaló con el dedo la parte inferior de una hoja en blanco—. Y yo voy a llamar a Aimeé para que tú le digas lo que quieras que vaya en la carta. —Hizo una pausa y, cuando los ojos de ella se fijaron en su cara, sonrió.

La boquita de Cinthia se abrió, incrédula. ¿De verdad podría decirle lo que quisiera a mamá? Él tragó saliva y cerró los ojos por un instante para suprimir el deseo que tenía de meter su miembro en aquel orificio rodeado de dientitos de leche.

—Ella lo va a anotar todo en esta libreta que ahora es tuya. —Respiró varias veces y trató de visualizar a una mujer mórbidamente obesa que la noche anterior había visto de reojo mientras la enana miraba la televisión—. Cuando termine lo vamos a pasar a la computadora y lo imprimimos en esta hoja que ya tendrá tu nombre. Así ella sabrá que de veras la escribiste tú. —Por fortuna su imaginación era muy vívida y el deseo se desvaneció a niveles manejables.

Le extendió a Cinthia el bolígrafo rosado. Ella lo tomó y palpó la pluma con delicadeza. Se sentiría muy bien pasarla por su cara.

—¿Es mía también?

Él sonrió.

—Claro que sí. Pero escribe tu nombre para ir a llamar a Aimeé.

Ella se concentró, apretó el bolígrafo y, reclinándose hacia el frente, escribió su nombre con todo el cuidado del mundo. Su cabello aún húmedo cayó hacia el frente, casi tocando la hoja blanca. Su columna vertebral marcaba la playera color durazno con un camino de protuberancias. La deseaba otra vez. No, no.

—Ya terminé.

Raymundo cogió el papel, se puso de pie y antes de salir le mesó el cabello y le dio un paquete de ositos de goma. Ella se estremeció de asco y miedo ante el contacto, pero se concentró en abrir la bolsa de celofán.

2 de febrero, 2015

Si en esos meses estaba convencida de que el embarazo me había activado un sexto sentido, también tenía la sospecha de que él podía leerme la mente. Para alguien que lo viera desde fuera sería muy claro que mi comportamiento había cambiado y eso ponía en alerta a Raymundo, pero yo no podía ver las cosas así. Cuando él me ordenó, porque todo lo que pedía eran en realidad órdenes, que bajara al sótano para que la niña me dictara lo que quería decirle a su mamá, yo me puse lívida. Hoy estoy de buenas y pensé que una cartita no le haría daño a nadie, me dijo él sin que yo le hubiera pedido una explicación. ¿Era una trampa? ¿Me estaba poniendo a prueba? Hacía apenas unas semanas que Cinthia me había insistido en hacer justo eso. Recordé también el instante de debilidad en el que estuve a punto de hacerle llegar a la madre una nota. De hecho, la idea de mandar un mensaje, lo que fuera, rondaba mi cabeza todo el tiempo. Él leería la carta antes de enviarla, así que no podíamos decir nada en su contra ni mucho menos delatarlo. ¿Qué hacer? La pura paranoia: no sé si eran las hormonas o el impulso que ya traían mis pensamientos desde que me supe embarazada. Sentí que todo a mi alrededor se volvía endeble. Tuve miedo. Sabía que algo iba a pasar muy pronto, con mi intervención o sin ella.

Obedecí y bajé al sótano. Ella sonreía, contenta. No la había visto nunca así. No tiene caso recordar las cosas que me dictó para la carta. Se me apretuja el corazón. Porque le entregué las hojas y él las rompió en pedazos antes de echarlas al escusado. Jaló la palanca mientras sonreía. Las palabras, la esperanza de esa criatura y la mía, tengo que admitirlo, se fueron a la mierda dando vueltas en un remolino de agua. Lo miré por lo que me pareció un largo rato. Él me sostuvo la mirada, retándome a que le dijera algo. Me quedé callada, inmovilizada por la rabia. Fue allí que todo se vino abajo entre nosotros. O terminó de caer, más bien. Antes mi insumisión sucedía en la privacidad de mi mente; en el exterior me movía por inercia, aparentando que mi vida seguía normal. Pero eso que hizo con la carta... ¿Por qué la crueldad? Para entonces yo todavía no sabía nada del contrato.

Seguro que para él las cosas también cambiaron ese mismo día. Ya no intentó hablarme bonito, besarme o llevarme a la cama como antes cuando quería tenerme contenta. Si lo hubiera hecho, yo lo habría abofeteado. O al menos me gusta pensar que así hubiera sido. No dijo nada, sólo salió del baño y dijo que necesitaba ir a la construcción.

Me subí a la cama, levanté mi vestido y me miré al espejo. Mi panza ya parecía

de embarazada, pero aún podía cubrirla con ropa holgada. Un mareo me hizo recostarme. Mi mundo perdía equilibrio. Lloré por tantas cosas que ya no sabía por qué lloraba en realidad. Tenía que hacer algo, pero me sentía incapaz, cobarde, traidora...

Todos queremos cosas que no podemos tener. Aceptar eso significa ser una persona decente.

John Fowles, El coleccionista

Fue el gemelo malo quien trajo el contrato días después de que su hermano le propusiera a Cinthia escribir su nombre en una hoja en blanco. Como correspondía a ese rol, no le llevó dulces ni sonrisas. Tampoco iba a permitirle quedarse vestida. La técnica en aquellos días con Normita había sido muy rudimentaria. No tenía un plan claramente designado y de allí los resultados. Pero con esta niña ya era distinto. Y con la siguiente sería aún mejor.

Ella se replegó contra la pared en cuanto lo vio. Raymundo arrugó la nariz: otra vez ese olorcillo a sudor infantil y orines en el cuarto. ¿La enana estaba descuidando el aseo? Tendría que hablar con ella. Un gemido. Cinthia. Los ojos redondos y agrandados por el miedo. Él no veía la hora en la que superara esa etapa tan incómoda. Tenía que dejar de temerle. Quizás el contrato ayudara a que ella se fuera haciendo a la idea de que amarlo era la única solución. Inhaló y trató de relajarse. No quería que el mal olor lo molestara ni que las ganas de poseerla alteraran sus planes.

Tomó asiento en la silla del escritorio y le ordenó a Cinthia subir a sus piernas. La miró titubear y debatirse internamente. No es que tuviera muchas opciones. El diagrama sería simple de dibujar: obedecer sin castigo, o ser castigada. Pero el resto era el mismo guion que había que seguir cuando el hermano malo bajaba al sótano.

No la subestimó: era lista. Se acercó, despacio, tratando de estirar los segundos hasta llegar a él. Parecía uno de esos ciervos recién paridos que apenas logran sostenerse de pie. A Raymundo le hubiera gustado poder ver el mundo a través de aquellos ojos infantiles. No recordaba haber sido así de joven alguna vez. Quizás existían memorias que su cerebro había censurado, pero se inclinaba más a pensar que hasta que apareció su hermanita en escena no había mucho en su vida que valiera la pena recordar.

Recorrió el pecho de Cinthia con su mano. Podía abarcarlo casi todo. Arrastró su palma pesadamente, como si quisiera apretar y pulir su carne al mismo tiempo. Sus costillas subían y bajaban con la respiración agitada: el corazoncillo iba a mil por hora. Ella se estremeció con lo que a él le pareció asco. Muy bien, mocosa: ahora verás.

—¿Sabes leer bien?

La expresión confusa de Cinthia, como si no entendiera las palabras. Meneó la cabeza admitiendo que no, no leía bien. Raymundo le mostró una hoja de papel y la puso frente a su carita.

—Intenta leer esto.

Las sílabas se atoraban y se repetían en la boca de Cinthia. Tartamudeaba. La

palabra «contrato» le resultó imposible. Impaciente, él la leyó por ella antes de preguntarle si sabía el significado; ella negó con la cabeza. Por un segundo, él tuvo ganas de tomar ese cuello delgado y apretar hasta que aprendiera. Se obligó a cerrar los ojos, y al abrirlos, le pudo explicar que un contrato obligaba a hacer algo. Si alguien firmaba uno de esos no había otro remedio más que cumplir lo que dijera el papel. Puso un par de ejemplos, pero Cinthia lo miraba sin saber qué tenía que ver eso con ella.

Él sonrió contra su voluntad. A veces sus labios lo traicionaban de esa manera. Sus pensamientos poseían demasiada fuerza de evocación. En ese instante vino a su mente el caso de Cameron Hooker, que mantuvo a Colleen Stan con él por más de ocho años bajo la amenaza de una red de traficantes sexuales a la cual él pertenecía. La convenció de tal forma que, con el paso de los años, incluso pudo sacarla de la caja de madera en donde la guardaba la mayor parte del tiempo y darle libertad de salir a la casa a limpiar, y más adelante, a trabajar en el pueblo.

El miedo, una correa invisible. La chica había firmado un contrato de esclavitud sexual. Se lo había creído siendo una adulta de inteligencia media. ¿Qué maravillas podría esperar él con una niña de casi seis años? Tal vez pudieran salir en un futuro no tan lejano. A él le gustaría ir con Cinthia de la mano a la farmacia, al súper, la ferretería, como cualquier padre orgulloso de su retoño. Claro, para evitar que alguien la relacionara con la niña perdida hace meses en la ciudad podría cortar y pintarle el cabello de otro color. Aún no confiaba en ella; quizá más adelante. La creía capaz de zafarse de su mano y correr gritando por los pasillos que había sido secuestrada. Por supuesto que también podría disciplinarla con los métodos de Pavlov, pero temía excederse con los golpes y que terminara como Normita.

Raymundo la bajó de sus piernas. Ella permaneció allí parada junto a él, esperando alguna orden. Habría que admitir que a veces la sensación de correr un riesgo le era difícil de contener. Por ejemplo, cuando se encontraba en un lugar público le gustaba entablar conversación con la madre de alguna niña de la misma edad que Cinthia. Él gozaba al decir que tenía en casa una nena muy parecida a la suya y se la describía tal cual era, como la mostraban los pósters que la buscaban por toda la ciudad. La mujer podría hacer la conexión con el caso de la chiquilla perdida en el parque Guadiana y dar aviso a la policía; la adrenalina recorría las venas de Raymundo. Nunca ninguna lo había hecho, claro; pero no podía arriesgarse de esa manera saliendo públicamente con la criatura en sí. Sería su perdición.

La miró y le preguntó si quería quitarse la ropa ella misma o si prefería que lo hiciera él. Casi de inmediato, Cinthia se despojó de sus mallas rosas y del vestido blanco con corazones de colores. Sus movimientos eran torpes; al fin se presentó desnuda frente a él. La alternativa hubiera consistido en que él jalara de sus prendas hasta romperlas. No sólo dolía, sino que habría tenido que usar el mismo cambio de ropa por una semana entera como castigo para comprender lo que costaban las cosas.

Raymundo tendió a Cinthia sobre el suelo. Ella giró la cara para poder respirar y

la mano de él se posó con fuerza sobre su cuello. Podría romperlo si quisiera, o si ella lo obligaba. No tenía que ponerle palabras a esta idea: estaba seguro de que ella también lo entendía así. La sangre fluyendo por la aorta infantil palpitaba contra sus dedos. La tibieza de la vida. Literalmente en sus manos.

Con la otra mano movió las piernas desnudas de Cinthia hasta dejarlas en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Notó cómo los vellitos de su espalda se erguían. El miedo se parece tanto a la excitación. Para fines prácticos es lo mismo, pensó antes de untar lubricante entre los pliegues de la vulva y penetrarla despacio. No quería desgarrarla. Eso sería terrible. Contraproducente, sobre todo.

Una vez dentro se quedó quieto. Sentir el cuerpo de ella abrazando el suyo lo excitaba como nada. Hasta entonces se había limitado a penetrarla con los dedos, para irla acondicionando, y a masturbarse al mismo tiempo; o bien, a obligarla a que le hiciera una felación. Era la primera vez que introducía su verga en aquel cuerpecito. Había valido la pena esperar: era la mejor sensación del mundo. Extendió la hoja de papel sobre aquella piel que le permitía visualizar los huesos de la columna vertebral.

—Yo voy a leer el contrato y tú vas a repetir lo que yo diga. —Ella permaneció en silencio y él embistió con su cadera hasta que su glande topó con la pared interna. La niña lanzó un chillido y un «sí» cubierto de lágrimas—. Nos entendemos, muy bien, muy bien. —Carraspeó y se acomodó los lentes tratando de ignorar el ligero calambre en las piernas.

—Yo, Cinthia López Garnica...

Movimiento de cadera.

Sollozo.

—Yo, Cinthia López Garnica...

—... esclava sexual de Raymundo Betancourt...

Dedos envolviendo el cuello.

Boqueos de pez fuera del agua.

—... esclava sexual de Raymundo Betancourt...

—... me obligo a obedecerlo en todo momento...

Un puñado de cabellos sueltos en su mano.

Grito.

—... me obligo a obedecerlo en todo momento...

—... de la manera en que me sea comandado hacerlo.

Movimiento de cadera. Más fuerza.

Llanto. Gemido. Grito.

—... de la manera en que me sea comandado hacerlo.

La voz de Cinthia era apenas audible. Un juguete con la batería baja. El dolor físico producía un sonido en frecuencias que sólo alguien como él podía detectar. La certeza de que él causaba el suplicio más grande que hubiera experimentado en su corta vida le provocó eyacular. Su puño se contrajo sobre la hoja de papel. Hubiera querido seguir con la lectura. Cinthia era una muñeca de trapo. Salió de ella. El

miembro flácido brillaba con destellos rojizos.

—Voy a terminar de leer el contrato. —Le apretó la mejilla, juguetón, como si fuera una tía abuela—. Ya no tienes que repetir. Sólo escucha.

Ella permaneció inmóvil, respirando penosamente. Su caja torácica se levantaba con lentitud.

—Es mi deber complacer a mi amo siempre. Lo que yo quiero, lo que yo siento, no tiene importancia alguna porque la razón de mi existencia es darle placer a mi señor. En caso de incurrir en algún acto de desobediencia, estoy consciente de que el castigo podría ser la muerte, no sin antes ser sometida a la tortura que mi amo considere meritoria según mis acciones...

Raymundo leía, pero su mano también acariciaba el pene, húmedo y pegajoso; perdió el renglón por unos segundos.

—¿Dónde estaba? Ah sí... Hago constar que estoy enterada de que la red de esclavistas operantes en esta ciudad, así como en el resto del mundo, me vigila en todo momento, de modo de que si yo cometiera la imprudencia de escapar, ellos me encontrarían y me entregarían a mi amo, quien no tendría otra opción que dar por terminado este documento. Confirmando que estoy al tanto de que la terminación del contrato supone el fin de mi vida del modo en que mi señor juzgue más doloroso y conveniente, así como la de mi familia, ya que la red tiene pleno conocimiento de dónde encontrarlos en determinado caso.

Una vez que él guardó silencio, Cinthia se movió despacio. Abrió los ojos.

—¿Quedó claro?

Ella jaló aire con dificultad. Produjo un sonido animal en lugar de palabras. Él explicó de todas formas:

—Básicamente, aquí dice que puedo matarte si escapas... o si te portas mal. —Se puso de pie, cerró el zíper del pantalón y se fajó la camisa—. Y a tu familia también.

Levantó las piernas para no pisarla, como si caminara entre un basurero, y puso el papel frente a la cara de Cinthia.

—Tú firmaste el contrato. —Allí estaba su nombre escrito de su puño y letra—. Báñate —le dijo antes de salir.

Marzo 26, 2015

Transparente, viscoso y frío, el gel cayó sobre mi vientre como la baba del extraterrestre en la película de *Alien*. Supongo que el cuerpo de una enana embarazada es casi tan impactante como una criatura de otro planeta, pero el ginecólogo tuvo la prudencia de no hacer ningún comentario. Las preguntas se centraron en mi historial clínico sexual, ingesta de vitaminas, consumo de drogas o alcohol, fecha de la última menstruación. El escáner se deslizó sobre el balón de piel llena de estrías que era yo. En la pantalla se sucedían imágenes en blanco y negro que yo no podía entender. Borrones, como la superficie de Júpiter. En cierto momento, el médico se detuvo y concentró el movimiento del aparato sobre un área más reducida.

Equis equis, dijo tras unos segundos. ¿Qué? Yo no sabía de qué me hablaba. Una nenita muy sana y bien formada, me explicó. Le pregunté si estaba seguro de que era una niña. Me miró con un aire de ofensa y su tono de voz cambió. Por supuesto que estoy seguro. Llevo más de treinta años haciendo esto. Me hizo una receta para vitaminas prenatales y me ordenó volver en un mes. Me dejó a solas para que me pusiera la ropa, se despidió sin darme la mano y salió.

Ya vestida, la asistente del médico me entregó un sobre manila con varias impresiones de la sesión de ultrasonido. La circunferencia del cráneo, la extensión del fémur, una vista de la columna vertebral y otra del sexo. Me quedé un rato apretando el sobre contra mi pecho. A pesar de las imágenes y de los cambios en mi cuerpo todavía me costaba creer que estuviera embarazada.

A mi regreso, la casa estaba en silencio. Abrí la puerta despacio y caminé de puntas, evitando hacer ruido. No tenía razón para hacerlo, pero algo me decía que así era mejor. No sé si las escaleras registraron mis pasos: yo ya estaba muy pesada en ese punto del embarazo. Lo encontré acostado sobre la cama, respirando profundo, como si durmiera. Había un olor en el ambiente que no supe distinguir en ese momento. Ahora sé que era el residuo ferroso de la sangre.

Permanecí en la puerta, inmóvil, callada. Él cambió su posición ligeramente. El movimiento parecía casual, muy natural, una de esas veces en que el cuerpo se reposiciona involuntariamente para estar más cómodo. Y sin embargo, algo me alertó que aquello no era genuino. Estaba fingiendo para mí.

No pensé, sólo actué. Ya no me importó hacer ruido y bajé las escaleras lo más rápido que pude. Al entrar al sótano, agitada por el esfuerzo, vi a Cinthia tirada en el suelo. Las piernas manchadas de sangre y un olor terrible en el cuarto. Me acerqué y

toqué su cabello húmedo de sudor. Estaba hirviendo de calentura y no me reconocía a pesar de que la llamé por su nombre varias veces.

La contemplé por un rato, fijándome en todos los detalles de su carita perfecta. Ella era la hija de alguien. De una mujer a quien yo había visto en persona. Su mamá alguna vez había estado con el ginecólogo y, al igual que yo, había visto el cuerpo diminuto de Cinthia en la pantalla del ultrasonido. Pensé en la mamá sonriendo al escuchar que su hijita estaba perfectamente formada. Quizá su doctor también la habría llamado una equis equis.

Yo había imaginado ese momento, el momento de actuar, desde muchos meses atrás. Por más que intentaba racionalizar las cosas, ignorarlas, o acallar mi conciencia con la excusa que fuera, sabía que tendría que llegar. Uno de esos dilemas de película: brincar al vacío porque el monstruo viene detrás, o enfrentarse a él. Ninguna otra salida. No era posible seguir con eso. ¿Qué iba a pasar si él descubría mi embarazo, si mi beba tenía que nacer en esa casa?

Me di cuenta de que yo también estaba sudando. Toqué la piel de mi panza por debajo de la blusa: helada. La cabeza me comenzó a palpar como si un animal viviera dentro de mi cráneo y quisiera salir. El instante en que yo estaba obligada había llegado al fin. Pensé que iba a ser mucho más difícil decidirme a actuar, pero era como si algo más grande que yo me empujara.

Sentí ganas de vomitar y me temblaron las piernas. Estaba aterrada. Con todo y ese terror, salí del sótano y subí las escaleras dejando la puerta abierta tras de mí. Busqué a Raymundo por toda la casa: se había ido. Cobarde. ¿Pensaría que iba a pelear con él por el estado en que la dejó? Ni siquiera titubeé al tomar el teléfono para llamar a la policía. Les dije que iban a necesitar también una ambulancia. Yo era otra persona; actuaba en automático, como si todo fuera algo ajeno a mí. Me preparé un té de manzanilla y me senté a esperar.

No soy nada que puedas atrapar ahora. Soy polvo negro, estoy chamuscada, soy la bomba que estalla la noche.

A. M. Homes, El fin de Alicia

No tuvieron que tumbar la puerta ni usar la fuerza para entrar a la casa del secuestrador. Aimeé ya los esperaba en la puerta principal. Su obesidad le dificultaba caminar. Tanto los agentes de la policía como los paramédicos tardarían unos segundos en darse cuenta de que se trataba de una enana embarazada. Ella los condujo hasta la cocina, en donde los envolvió un olor a grasa frita, y luego hacia una puerta camuflajeada como pared, tras un estante.

Al abrirla, el hedor a moho los recibió en plena cara. Unas escaleras oscuras y angostas los hicieron descender hasta que se encontraron con otra puerta, metálica, de apariencia pesada, que la enana abrió con una llave. Se metió el puño a la boca para ahogar el llanto y se hizo a un lado para dejarlos pasar. Hubo un silencio que pareció larguísimo: Aimeé imaginó a los hombres pasmados ante la escena que tenían enfrente. Alcanzó a escuchar un gemido muy débil.

Isidro ladraba extrañamente, casi dolido, mientras seguía a los paramédicos que subieron el cuerpo roto de Cinthia a la ambulancia. Aimeé se acercó para tranquilizarlo, pero un oficial la esposó y la llevó hasta un automóvil que no parecía ser de la policía. Ella los había llamado y conducido hasta la niña secuestrada hacía meses en el parque Guadiana y ahora la trataban como a una criminal. Tal vez lo era. ¿Y qué iba a pasar con el perro?

Intentó contestar todas las preguntas que le hacían sin atragantarse con sus propias lágrimas. Los vecinos atisbaban la escena desde el frente de su casa, como polillas atraídas por la luz de las torretas; un par de carros se habían detenido al ver a las patrullas y la ambulancia. Los policías se referían a ella como «la cómplice» y la presionaban para que les dijera el paradero de su pareja. Ella admitió no saber en dónde se encontraba exactamente la construcción en la que trabajaba en esos días, pero les dijo que por lo regular llegaba a las tres de la tarde para comer en casa.

Aimeé guardó silencio y pensó en él. Que viniera a alimentarse cada día con lo que ella preparaba era algo que le resultaba conmovedor, a pesar de que últimamente le deseara a Raymundo una muerte rápida e indolora. Eso le habría ahorrado todo este proceso; igual, le parecía romántico saber que acudía a ella, al menos para comer.

Cuando arrancó el vehículo en donde llevaron a Aimeé a declarar al Ministerio Público, la ambulancia que transportaba a Cinthia tenía varios minutos de haber partido. El aullido de la sirena se quedó flotando en los oídos de la enana durante un largo tiempo, como una de esas moscas verdes de panteón que tanto le disgustaban. Pensó en los gritos que emitía la niña cuando él la violaba, pero que en realidad ella nunca escuchó. Era peor imaginarlos. Tocó su vientre redondo y se obligó a no pensar

en lo que pasaría cuando Raymundo regresara. No iba a volverlo a ver nunca más, estaba segura. El bebé dentro de ella pateó.

Carta

Mayo 18, 2015

Raymundo,

No sé si tu abogado te lo contó o quizá te enteraste por los medios. No fue noticia de primera plana, aunque sí apareció en varios periódicos, la televisión y redes sociales. Mis papás están en todo; por eso lo sé. Encabezados sensacionalistas y ofensivos para mi persona. No importa. Estoy fuera. Sí, voy a cumplir ya casi tres semanas de libertad. No sé a ti cómo te haya caído la noticia. ¿Me odias? Si pudieras verme ahora, sabrías que no estoy tan feliz como todo mundo supone que debería estar.

Sé que parece mentira; aunque me moría por salir, al mismo tiempo caí en una depresión los primeros días. Supongo que es un poco normal: mal que bien había hecho mi vida tras las rejas y de pronto me encontré fuera y no supe acomodarme al mundo. Me sentía una extraña en casa de mis padres después de todo ese tiempo lejos de ellos, primero viviendo contigo, luego en el reclusorio.

Mi beba, nuestra, Raymundo, ya camina a la perfección y no sólo dice palabras sueltas, sino que ya comienza a pegar sustantivos con verbos. Es muy inteligente y apenas cumplió los dos años. Yo creo que es así porque tanto yo como las otras mujeres encerradas conmigo le dábamos nuestra atención por completo. Si una no estaba cantándole, otra le enseñaba algo, o jugaba con ella, o leía cuentos para ella. Mis papás están locos por su nieta. Y mira lo que son las cosas: aunque el principio de su vida lo pasó en la prisión, a Palomita le ha resultado más fácil adaptarse. Ahora ya sabes que le puse Paloma. No había querido decirte. La verdad no sé bien por qué. Como si eso fuera a protegerla de ti. Ya no tengo miedo. Todos me dicen que no vas a salir nunca. No sólo porque cambiaron los castigos para secuestradores. Mi abogado me dijo que te están acusando del asesinato de esa otra niña. Que te lo van a probar y eso te va a hundir. No creas que me alegra, pero me da cierto alivio.

Mientras escribo esto me pongo de pie y me asomo por la ventana de mi cuarto. Todo lo que veo es lindo. Paloma duerme en la cama. Huele a talco de bebé. Afuera el mundo sigue viviendo, como siempre, como cuando Cinthia languidecía en el sótano o yo en la cárcel. Los zanates picotean los aguacates del árbol como si nada. Sus plumas negras relucen por el sol. Me pregunto cuántas atrocidades están sucediendo en este mismo instante en que mi pluma recorre el papel. Es para helar la sangre, todo lo que pasa pero desconocemos. El mundo es al mismo tiempo el infierno de unos y el paraíso de otros. Vuelvo a sentarme frente al escritorio que usé

de estudiante. Es infantil, como todos los muebles de esta habitación. Paloma los usará en unos años. Y estoy en casa. Todo va a estar bien.

¿Sabes?, no sabría explicar mi estado de ánimo, la verdad. Feliz pero culpable. Algo positivo y negativo al mismo tiempo. ¿Será posible que a pesar de todo queden residuos de lo que sentí por ti? ¿En el fondo sí fue una traición? No. No, yo sé que hice lo correcto. Y no necesito que un psicoanalista, un abogado, un sacerdote o mi familia me lo diga. Lo hice por esa pobre criatura, por mi beba, por mí misma también. Por todas esas otras niñas que iban a sufrir si tú seguías libre. Y sin embargo...

Ayer fui al súper, por ejemplo. En el área de vinos y licores vi una botella de whisky de la misma marca que te gustaba tomar. En la farmacia pasé por donde están las cosas de rasurar y el solo hecho de ver tu crema de afeitar sobre el estante hizo que se me llenaran los ojos de lágrimas. Si alguien mastica un chicle de canela cerca de mí, siento que mi corazón se contrae de repente. ¿Estoy mal? ¿Soy una mujer enferma? Creo que necesito toda la vida para superarlo. Por eso esta será mi última carta.

Aimeé

Yo te pregunto: ¿qué harías si pudieras borrar un mal recuerdo de tu mente y conservar al mismo tiempo todo lo que es hermoso en tu vida? ¿No moverías cielo, mar y tierra para tener eso?

Noorilhuda, Catharsis

A lo largo de toda su vida, Raymundo rara vez había sucumbido al pánico; sin embargo, desde que era dueño de Cinthia con frecuencia experimentaba pequeñas descargas de miedo, como quien toca un enchufe eléctrico por error. Sobresalto, sí, y al mismo tiempo algo placentero. El hecho de que cada día pudiera estar a punto de ser descubierto suponía una emoción agrisada que, en cuanto caía la noche y era claro que se había salido con la suya una vez más, se convertía en un bálsamo que le permitía dormir en paz. A la mañana siguiente la excitación, el miedo, la expectativa se volvían adrenalina que le recorría las venas de una forma deliciosa. La niña era suya y él se burlaba en la cara del mundo, de todos los demás que la buscaban aún.

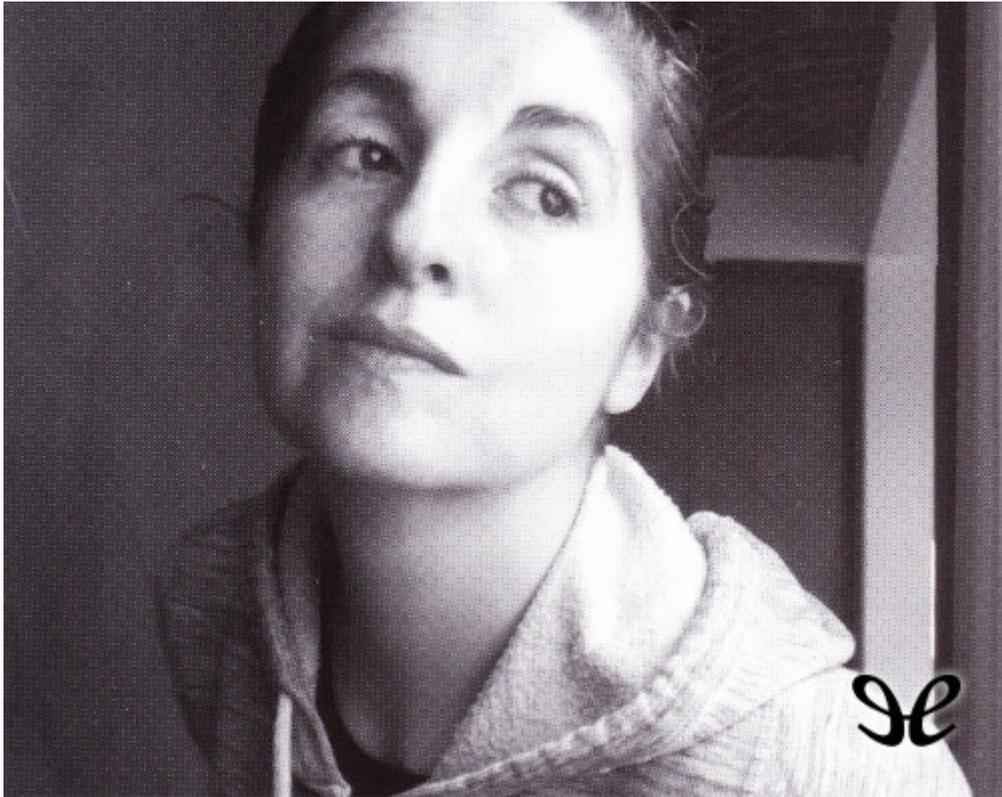
Aquella tarde la sensación de hambre lo convirtió en un hombre común y corriente que sólo anhelaba llegar a casa con su mujer y sentarse a la mesa para que le sirvieran comida casera. Ni siquiera pensaba en Cinthia, que seguiría indisputada tras la lectura del contrato que hicieron aquella madrugada. Se bajó de la camioneta. El cielo duranguense, desnudo de nubes, le permitía al sol entibiar la ciudad, pero el aire soplaba fresco. Fue hasta que estuvo frente a la puerta que se dio cuenta de que algo fuera de lo normal sucedía. El gnomo de jardín que custodiaba la entrada yacía de lado sobre la cama de margaritas moradas. Se detuvo y miró alrededor, como un cazador en la sierra. Percibió un ligero movimiento tras los arbustos; la certeza de una respiración acallada; una pierna que cambia su peso a la otra sobre una cama de hojarasca.

Raymundo enderezó la espalda, se tocó la gorra y contuvo las ganas de reacomodarse los testículos. ¿Venían por él? En unos segundos su emoción aumentó de cero a mil. La sangre, lava caliente, inundó el hueco de su bajo vientre y de allí bajó a su entrepierna. Una erección pétrea. ¿Así se sentían los altos capos del narcotráfico cuando los capturaban? Excitación, descanso... Todas las historias tenían que llegar a su fin. Ahora vendría la fama; también el castigo. Cerró los ojos y respiró profundamente: le llegó el olor distante de maleza quemada y el de la tierra húmeda por la lluvia de anoche.

Lo golpearon como si hubiera opuesto resistencia. No escuchó los insultos, sólo el ruido de su nariz rota y luego el sabor de su propia sangre resbalando por la garganta. No hizo el esfuerzo de entender la cadena de sucesos que lo llevaron a encontrarse atado de manos y piernas, bocabajo en el metal frío de un vehículo blindado de la policía al que llamaban «el Rinoceronte». ¿Tanto miedo le tenían?

Sería la última vez que miraría su casa, aquel jardín, la ciudad abierta con sus olores, sonidos y paisajes. En aquellos instantes ni siquiera pensó en Cinthia o en

Aimeé. Una sola idea bullía dentro de su cabeza, ahora bajo la bota de uno de los policías que se lo llevaban: ¿qué pensaría su hermana Julie cuando se enterara?



LILIANA BLUM (Durango, 1974) es autora de la novela *Pandora* (Tusquets Editores, 2015), de la novela breve *Residuos de espanto* (2013) y de los libros de cuentos *No me pases de largo* (2013), *Yo sé cuando expira la leche* (2011), *El libro perdido de Heinrich Böll* (2008), *The curse of Eve and other stories* (2008), *Vidas de catálogo* (2007), *¿En qué se nos fue la mañana?* (2007) y *La maldición de Eva* (2002).